



Museo Marc

**La Colección Wagner
en el Museo Marc**
Estudios críticos y catálogo

Laura Catelli y Fausto Battaglia
[Editores]

La Colección Wagner en el Museo Marc

Estudios críticos y catálogo

Laura **Catelli** y Fausto **Battaglia**
[Editores]

La colección Wagner en el Museo Marc: estudios críticos y catálogo / Laura Catelli;
Fausto Battaggia ... [et al.]; Editado por Laura Catelli; Fausto Battaggia. - 1a ed. - Rosario:
Humanidades y Artes Ediciones - H. y A. Ediciones, 2024.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-3638-79-4
1. Museología. 2. Museos. 3. Arqueología. I. Catelli, Laura.
II. Battaggia, Fausto.
CDD o6o

Autoridades Ministerio de Cultura

**Ministra de Cultura de
la Provincia de Santa Fe**
Susana Rueda

Secretario de Gestión Cultural
Sebastián Luis Cáceres

**Subsecretario de Identidad
y Territorio**
Luciano David Rey Zapata

Director Provincial de Museos
Carlos Tellechea

Equipo Editorial

**Edición de textos críticos y
curaduría de imágenes del catálogo**
Laura Catelli
Fausto Battaggia

Fotografías y digitalización
Damián Monti Falicoff
Paulina Scheitlin
Laura Catelli
Fausto Battaggia

Maquetación y diseño
Joaquina Parma

Coordinación editorial
Vicente Tuset Mayoral

Consejo Editorial del IECH

Elsa Caula
Regina Cellino
María Elena Lucero
Cristian Molina

Directora del IECH
Sandra Contreras

Director del Museo Marc
Pablo Montini

Imagen de Tapa

Nro. 426 - Puco de Averías del Bracho pintado con motivos escalonados en rojo y negro sobre fondo blanco. Este último color muy delicado ha dejado rastros de una tonalidad ocre en algunas partes de la pieza y en otras ha desaparecido por completo dejando ver el color rojiso (sic) de la alfarería.
Vista del trabajo de remontado realizado por los Wagner, la pintura es original.

CONICET



I E C H

Museo Marc

**La Colección Wagner
en el Museo Marc**
Estudios críticos y catálogo

Laura **Catelli** y Fausto **Battaggia**
[Editores]

<u>9</u>	Introducción Laura Catelli y Fausto Battaggia
<u>15</u>	Estudios críticos
<u>17</u>	Aportes de la obra Wagner a la arqueología, la historia y el imaginario en Santiago del Estero (1920-1950) Alberto Tasso
<u>53</u>	La adquisición de la colección chaco-santiagueña de los Wagner y la inauguración del Museo Histórico. Trama y redes euríndicas entre Rosario y Santiago del Estero Laura Catelli
<u>85</u>	Ojos de barro. Arqueología escópica y mirada sobreviviente Carlos Masotta
<u>117</u>	Ni extinto Imperio de las Llanuras, ni “tribus errantes de indios”: las sociedades indígenas de la llanura santiagueña en el momento de la conquista hispana entre la historia y la arqueología Judith Farberman

<u>143</u>	Urnas, tinajas, tiestos y tejitas. ¿Cerámicas indígenas, hispano-indígenas, criollas y/o indígena-campesinas? Diego Catriel Leon
<u>161</u>	Objetos y lugares transitados por los hermanos Wagner en Santiago del Estero y la colección del Museo Marc de Rosario Constanza Taboada
<u>193</u>	El Imperio de las Llanuras arribó a las costas del Paraná. Un análisis de la colección arqueológica “Wagner” del Museo Marc Fausto Battaggia
<u>215</u>	Catálogo Colección Wagner
<u>263</u>	Sobre los autores

Este catálogo es el fruto de una cadena virtuosa de colaboraciones que se produjo a lo largo de unos cinco años, la cual no hubiera comenzado sin los puentes que generosamente nos tendió Fabián Letieri, Jefe del área de Arqueología del Museo Marc hasta 2023. Fue Letieri quien organizó la primera reunión para que pudieran entrar en conversación dos líneas de investigación incipientes de las que él era común interlocutor: la de Fausto Battaggia, trabajador del área de Arqueología del museo, que empezaba a estudiar la colección Wagner con el objetivo general de contribuir al análisis del contexto histórico, social y cultural en el que se conformó la colección fundacional del Marc desde una perspectiva antropológica, y la de Laura Catelli, investigadora del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, quien se interesó por el proceso y motivos de la adquisición de esta colección en particular y se propuso explorarlos a través del trabajo en distintos archivos, en Rosario y en Santiago del Estero. Antes de la pandemia, conformamos un equipo que llegó a realizar reuniones de trabajo. Participamos Letieri y Nancy Genovés, quienes habían hecho las investigaciones iniciales acerca de la colección Wagner, y Battaggia y Catelli, quienes continuamos las investigaciones en los últimos años.

En la primera etapa de este proceso resultó crucial dar lugar a un pacto interdisciplinar –algo que solo puede sostenerse con un diálogo permanente entre las partes implicadas– y que se fue configurando a partir de una serie de interrogantes que surgieron, justamente, gracias al intercambio constante. Uno de los acuerdos alcanzados fue el de cómo denominar la colección. Al

optar por referirnos a las piezas como Colección Wagner lo hicimos bajo la premisa de contener la pluralidad de perspectivas desde las cuales se construyó este catálogo. Es interesante destacar que, si bien nuestros abordajes para acercarnos a los objetos que conforman la Colección Wagner se despliegan desde dimensiones disciplinares diferentes, estos abordajes se han encontrado en el objetivo común de dar a conocer la existencia de la colección en Rosario, su procedencia, los motivos de su adquisición y los sentidos de su presencia y su devenir en el Museo Marc. ¿En qué estado de preservación se encontraba la colección? ¿Qué tan representativa podría considerarse con relación a la colección principal en Santiago del Estero? ¿Quiénes, cómo y por qué habían gestionado su adquisición? ¿Cómo se interpretaba el hecho de la adquisición en el contexto de los debates en el campo arqueológico y antropológico de la época? ¿Y en el contexto de la definición de los objetivos y carácter del Museo Histórico Provincial? ¿Qué podían decirnos los dispersos documentos presentes en el Museo Marc acerca de la colección? ¿Qué tramas discursivas se habían desplegado en torno a la colección del Marc, tanto en Rosario como en el ida y vuelta con Santiago del Estero? ¿Cómo podían pensarse de manera integral las piezas arqueológicas, los escritos y obras visuales, y la gestión institucional, sin imponer divisiones disciplinares ajenas a la extensa labor de los Hermanos Wagner? ¿Qué sentido podría tener esta colección en la trama vital de las comunidades campesinas y en los pueblos indígenas de Santiago del Estero, y qué hacer con el hecho de que esta trama se activa, a través de las piezas de la colección, en la ciudad de Rosario? Estas preguntas fueron los puntos de partida para nuestras investigaciones y para el proceso que culmina, provisoriamente, con la publicación de este catálogo.

En el caso de Battaggia, el interés se encontró en enmarcar la adquisición de la colección en el clima de época en el cual se desarrolló la arqueología argentina durante las primeras décadas del siglo XX. De este modo, se analizó la biografía cultural de la colección procurando reconstruir las redes de investigadores e intelectuales de Rosario y Santiago del Estero. Al mismo tiempo, se desarrollaron tareas tendientes a optimizar la gestión de la colección (mejoras en el marcaje de las piezas y en los sistemas de guarda y conservación),

facilitando su accesibilidad. Para ello fue fundamental el empleo de documentación vinculada con la colección, realizando un ejercicio de recontextualización de elementos (piezas y documentos) e información dispersa.

Para Catelli, la inquietud principal se enfocó en entender, en primer lugar, quiénes habían sido las personas que habían participado en la gestión para la adquisición y de qué formas, tanto en Rosario como en Santiago del Estero. Por otro lado, desde el punto de vista del proyecto del Museo Histórico, interesaba indagar los criterios que habían llevado a Marc a concretar la adquisición de *esta* colección en particular. La documentación disponible en el Museo ofrecía algunas pistas, pero no parecían suficientes como para fijar una hipótesis contundente.

Por ese motivo, Catelli realizó una estadía de investigación en el INDES (UNSE-CONICET) de Santiago del Estero, a los fines de constatar vínculos, rastrear nuevas fuentes documentales, y comprender en mayor profundidad los alcances de una consolidada línea de estudios interdisciplinares dedicada a los Wagner, su historia, su obra, su entorno, así como a la arqueología santiagueña. En este viaje entabló distintas conversaciones con un grupo de especialistas en el tema. Ana Teresa Martínez y Catriel León en el INDES no solamente escucharon las preguntas, conversaron con amplitud desde sus extensas trayectorias en los temas centrales de la investigación y generosamente facilitaron recursos, vínculos e información, sin los cuales este catálogo difícilmente hubiera podido materializarse. Analía Sbattella, Coordinadora del Área de Arqueología de la Dirección de Cultura y Patrimonio de Santiago del Estero, donde está alojada la mayor parte de las miles de piezas de la colección excavada por los Wagner, fue uno de esos vínculos y una interlocutora fundamental con la que fue posible compartir y ampliar preguntas, revisar juntas archivos, palpar aspectos materiales, estéticos, sociales y culturales de los objetos bajo guarda y comprender aspectos de la historia de la gestión patrimonial en relación a la colección. Si bien Sbattella no figura en la lista de autores de este catálogo, su trabajo está presente en mucho de lo que aquí compartimos. Catriel León impulsó dos reuniones claves para construir la trama interdisciplinar y colectiva de voces

y perspectivas que se recrea en este catálogo. La primera fue con Alberto Tasso, una larga charla entre el humo de sus tabacos y sus libros de poesía, que pasó por temas como el mestizaje, la historia de los Wagner (materia del capítulo que publica en este volumen), la noticia de la colección en Rosario, hasta la historia campesina santiagueña y su relación con la cerámica indígena. El ensayo de Catriel León en este catálogo recoge y amplía algo de lo conversado aquel día, en que pudimos encontrarnos en la pregunta por el hilo a veces invisible del pasado/presente. El segundo encuentro reunió a León, Martínez, Taboada y Catelli. Allí Martínez y Taboada confirmaron que la existencia de la venta/adquisición de la colección a Julio Marc era un hecho desconocido en Santiago. Taboada esbozó sugerentes preguntas acerca de la colección que ahora se comparten y exploran con detenimiento y en detalle en su capítulo en esta publicación. No fue posible entonces hablar personalmente con Judith Farberman, pero sus trabajos sobre la historia colonial de Santiago del Estero y sus colaboraciones interdisciplinarias con Taboada son representativas del tipo de diálogo en colaboración al que este volumen aspira a dar amplitud y continuidad. Su capítulo en la trama del catálogo cumple con la necesaria tarea de visibilizar la situación colonial en Santiago del Estero como contexto de muchas de las piezas que los Wagner atribuyeron en su momento a lo que caracterizaron como una civilización desaparecida y casi mítica; por ende, cumple con situarlas en una línea histórica que reconecta las piezas con las historias de los pueblos y el territorio indígena santiagueño. Más recientemente se sumó Carlos Masotta a la conversación acerca de la colección Wagner en Rosario. Su capítulo abre una perspectiva de estudio que da cuenta de la crucial relevancia de la mirada y la arqueología escópica en la obra de Emilio Wagner, Duncan Wagner y Olimpia Righetti. Esta dimensión nos interesa especialmente dado que, al incluir un catálogo fotográfico de las piezas, hemos discutido extensamente acerca de los efectos que nuestras miradas como investigadores imprimen en los nuevos sentidos que una re-presentación (interdisciplinar) de estos objetos indefectiblemente pone en marcha. Esa re-presentación se abre a nuevas miradas académicas que tal vez evaluarán y comentarán el trabajo

hecho y los criterios utilizados; sobre todo, somos conscientes de que nuestro trabajo ofrece las vidas de estas piezas a la mirada de cualquier persona que se acerque a ellas a través de estas páginas.

A lo largo de estas conversaciones, Battaglia y Catelli avanzaron en el ordenamiento y en la producción de un registro visual de la colección, en el que trabajaron a lo largo de extensas jornadas Damián Monti Falicoff y Vicente Tuset del IECH y Paulina Scheitlin del Museo Marc. Este proceso de trabajo con la colección en sí no solo constituyó una dimensión crucial de nuestras investigaciones, también en esta instancia fue que comenzó a materializarse el proyecto de producción de un volumen de textos críticos y del primer catálogo fotográfico de la colección Wagner en Rosario.

En el proceso de fotografiar las piezas para el registro interno del Museo, fuimos advirtiendo distintos aspectos en ellas, algunos en conversación con los estudios y procesos de trabajo de los Hermanos Wagner, como las reconstrucciones y los retoques de pigmentos, y otros que ellos no habían contemplado, como la expresividad de los diseños, la relación de esos diseños con los usos y las materialidades, y determinados tipos de marcas producidas por los usos, improntas de otras materialidades, o huellas materiales en sí, que para nosotros se hizo necesario destacar a los fines de traer el mundo y la vida de las piezas, y los pueblos que las hicieron y usaron, a una dimensión más sensible y también más tangible, incluso más cercana. Las piezas seleccionadas para el catálogo fueron fotografiadas con la intención de transmitir todas estas dimensiones que fuimos advirtiendo en nuestro contacto cercano y nuestras reflexiones sobre los múltiples procesos que esos objetos, fragmentos de mundo, han atravesado, y las complejas tramas de sentido que portan y se nos presentan cuando los contemplamos. No es nuestra intención ofrecer perspectivas totalizantes sobre estas piezas, por lo contrario, este catálogo es representativo de los aprendizajes de un proceso atravesado por múltiples perspectivas. Es nuestro deseo que ese proceso continúe abierto, y que este catálogo sirva como un disparador para más preguntas, conversaciones y conocimientos sobre pasados (y presentes) demasiado ignorados y desconocidos.

Aportes de la obra Wagner
a la arqueología, la historia
y el imaginario en Santiago
del Estero (1920-1950)

Alberto Tasso

Introducción

Esta contribución al Museo Julio Marc intenta una reseña de las circunstancias en que se produjo el nacimiento de la arqueología moderna en Santiago del Estero. Para ello fue necesario un registro de acontecimientos y personas que participaron, clasificados en cinco períodos, desde los primeros hallazgos hasta el presente, resumidos en el siguiente cuadro.

Períodos de desarrollo de la arqueología en Santiago del Estero

Años	1860-1890	1890-1920	1920-1950	1950-1980	1980-2020
Períodos	Hallazgos	Coleccionismo	Investigación	Aislamiento	Resurgimiento
Personas	Viajeros	Gancedo A.(h) Delgado R. Gauna H.	Wagner E. Wagner D. Reichlen H. Righetti O. Hauenschild J.V.	Righetti O. Lorandi A.M. Gómez R.	Gramajo A. Togo J. Taboada C. Angiorama C.
Museos	-	Arcaico	Arqueológico		Ciencias Naturales E. y D. Wagner
Leyes	-	-	-	1978. Patrimonio	2005. Idem

Aunque limitado al caso provincial, cada período debe ser ubicado en el contexto nacional y su circunstancia socio-política, mereciendo especial atención el proceso de formación de la disciplina en el país y las influencias de escuelas principalmente europeas.

En este caso me referiré al período 1920-1950, en el que es central la investigación de Emilio Wagner y la publicación y difusión con la colaboración de su hermano Duncan. Esbozo los rasgos de su teoría sobre la “Civilización Chaco-Santiagoña” y analizo la recepción que tuvo en los círculos ilustrados de la provincia y la nación.

He tratado de seguir una secuencia cronológica de los acontecimientos, que complemento con los perfiles biográficos de sus protagonistas, tomados de las fuentes que conocía y datos de mi propio archivo. El texto tiene un carácter de crónica antes que de ensayo, y solo pretende una aproximación general a un caso histórico singular que aun presenta interrogantes.

1894-1920. Primeros años de Emilio Wagner en Santiago del Estero

El pionero fue el francés Emilio Roger Wagner (1868-1949), que en 1894, teniendo 26 años, hizo su primer viaje a la costa del río Salado como naturalista. Dado que fue el principal protagonista de la historia arqueológica que vino a continuación, es necesario revisar tanto su biografía como sus aportes fundadores. Aquí haré una apretada síntesis de sus primeros años en Santiago del Estero.

Emilio Roger Wagner

Emilio hizo su primer viaje a Santiago del Estero en 1894 como naturalista recolector, identificando especies vegetales e insectos que enviaba al Museo Etnográfico de París. Visitó Fortín Escolta, Real Sayana y Bracho, al Norte de Icaño. En 1899 volvió a Icaño y acampó varias veces en las márgenes de

las grandes lagunas que, en esta época, rodeaban el río Salado de Bracho a Navicha.

Aprovechando su conocimiento de la zona, empezó a excavar montículos, acompañado por hábiles paleadores a quienes enseñó la práctica del arqueólogo. Dos años después disponía de centenares de ceramios que incluían piezas completas de pequeño y mediano tamaño, y una cantidad imprecisable de huesos animales y humanos.

En 1901 hizo una tercera estadía en el río Salado como “Encargado de Misión” por el Museo de Historia Natural de París. Al año siguiente fue nombrado “Representante frente al cuerpo de científicos de Brasil, de Paraguay y de la Argentina” por el gobierno francés. Al volver a Santiago se instaló en su propiedad de Mistol Paso, sobre el río Salado, punto de partida de numerosos viajes realizados al Brasil, a Paraguay, a Misiones, donde completó incansablemente sus colecciones de historia natural. En 1904 realiza el primer envío de material arqueológico al Museo de París. Luego explotó con éxito los túmulos de Averías, Puntano, Laguna Tipera, Mancapa, Pampa Pozo. Lejos de las riberas del río Salado, en la región desértica comprendida entre ese río y el Dulce, descubre el sitio arqueológico de Turugun y, mucho más al Norte, en dirección de la ciudad de Santiago del Estero, el de Beltrán.

En 1912 viajó a Francia y vendió al Museo de Etnografía del Trocadero una importante colección de más de 1.000 piezas. En la sesión del 13 de enero de 1913 expuso ante la Sociedad de Americanistas de París una comunicación sobre sus descubrimientos arqueológicos en el río Salado.

Al iniciarse la Primera Guerra Mundial Wagner se alistó en el ejército francés, y cumplió servicios desde 1914 a 1916 cuando halló condiciones propicias para el retorno. Volvió perturbado por la noticia que había recibido por telégrafo y cartas: un incendio había destruido su casa de Mistol Paso, dañando también su colección de huesos y cerámica. Además le habían robado su rodeo de vacas y caballos de raza, que había dejado encargado a un abogado de su confianza que residía en la Capital.

1917. Alejandro Gancedo (h) y el Museo Arcaico

Los hallazgos de Emilio Wagner tuvieron repercusión en Santiago del Estero, y varios intelectuales iniciaron excavaciones por su cuenta y comenzaron a reunir colecciones valiosas que más tarde exhibirían en sus domicilios.¹ Uno de ellos fue Alejandro Gancedo, abogado graduado en la UBA que más tarde se desempeñó como diplomático, funcionario, historiador, paleontólogo y escritor.

Hacia 1915 disponía de una importante colección de piezas recogidas en sus viajes a Corrientes, Misiones y al Territorio Nacional del Chaco, donde se desarrollaba esos años una de las sucesivas campañas militares en paralelo con la Campaña del Desierto. Entre las piezas había ornamentos de capillas jesuíticas, armas (lanzas, puntas de proyectil, etc.), atuendos (coraza de guerrero tejida en chaguar, túnica corta de mujer, collares, etc.) de pueblos originarios de la región nordeste.

En 1917 fue nombrado intendente de la capital santiagueña, período durante el cual logró la pavimentación de algunas cuadras de la ciudad e inauguró el Teatro 25 de Mayo y la Escuela del Centenario, además de iniciar las obras de la Escuela de Educación Técnica “Santiago Maradona” y los museos Arcaico y de Arte Religioso de la capital.

Gancedo donó a la provincia una colección de aproximadamente 3.000 piezas para la formación del Museo Arcaico de Santiago del Estero, cuyo proyecto había redactado. Unos años después, siendo diputado nacional, logró su aprobación en la Cámara de Diputados de la Nación en la sesión del 26 de julio de 1925.

1925. Los Wagner en el Museo Arqueológico

Esta etapa se caracteriza porque en las búsquedas aparece una intención científica explícita, que la diferencia del coleccionismo predominante en la

¹ Helman Gauna y Rafael Delgado entre otros.

anterior. Además, también se da un importante paso hacia la institucionalización de la labor arqueológica, en la que el Estado provincial asume responsabilidad ante ella.

La edición especial del 25º aniversario del diario *El Liberal* aparecida en noviembre de 1923 incluía una nota con el llamativo título “De las sombras del pasado emerge una civilización desconocida”. Una fotografía muestra a Emilio Wagner –en ese momento de 57 años de edad– con sombrero de corcho, borceguíes y polainas, y un rifle en la mano, trasuntando la imagen de un cazador antes que de un hombre de ciencia. Pero la nota presentaba a un científico, concretamente a un explorador del pasado que había desplazado su atención de los coleópteros a los ceramios. Unos años después de la publicación de esa nota, Emilio fue designado Director del Museo Arcaico, sostenido con recursos provinciales.

En lo sucesivo incorporó a esta institución las piezas provenientes de la región de Icaño, echando así las bases del nuevo Museo Arqueológico provincial fundado formalmente unos años más tarde. Con este reconocimiento, Emilio reanudó sus excavaciones en el río Salado, buscando crear en la capital de la provincia un movimiento en favor de las investigaciones arqueológicas que permitiera trabajar en mayor escala.

Creemos que Emilio tenía un horizonte claro de la tarea por hacer y de lo que podía encontrar, valiéndole como muestra lo ya hecho en terreno. Esa tarea era grande y necesitaba otro tipo de ayuda además de medios económicos. Así, le escribió a su hermano Duncan proponiéndole venir a Santiago. Era tres años mayor que Emilio, más delgado y de mayor estatura. Tenían pareja formación y talento, y se entendían bien. Por entonces, a los 64 años, Duncan residía en Brasil, y había formado una empresa en la que no le fue bien; aceptó de buen grado y al año siguiente llegó con su esposa, también francesa.

En 1927 Duncan Wagner fue designado Vicedirector del Museo Arcaico. El temperamento artístico regía sus intereses; tenía amplias lecturas, escribía y se expresaba muy bien, con oratoria rica y amena. Además, era diestro dibujante, pintor y poeta. Duncan se convirtió en la mano derecha de Emilio,

y lo acompañó en todas sus etapas de trabajo posterior. En 1929 comenzó a viajar a Buenos Aires visitando museos y bibliotecas, recopilando información e ilustraciones que apoyarían las investigaciones. Aunque solía ir a los sitios donde Emilio y su equipo cavaban en los montículos, prefería quedar en casa dibujando cada pieza a escala, a tinta, acuarela o témpera. No menos de trescientos de estos cuadros ilustran la obra que publicó con su hermano.

1927. La ocarina, la Misión Arqueológica y su recepción en Santiago

Un descubrimiento casual estimuló la primera gran campaña de exploración. Los peones de un obraje encontraron a flor de tierra numerosos fragmentos de cerámica pintados de “vivos colores” y una ocarina de barro cocido. El hallazgo se produjo en un paraje llamado Las Represas de los Indios, a 25 km al norte del Desvío 511, departamento Figueroa, dentro de la Estancia San Vicente, propiedad de Manuel Loys Vega. Este hombre desempeñó un importante papel en esta historia y vale la pena presentarlo. Era español, comerciante, empresario e intelectual. Además de su almacén y el obraje, era encargado del Telégrafo, de donde despachaba periódicas colaboraciones a El Liberal y otros diarios. Cuando sus peones le llevaron las piezas, advirtió su valor y de inmediato las puso en un cajón y las envió al Museo de Historia Natural de Buenos Aires, solicitando su intervención para evaluar si se trataba de un cementerio indio, como él suponía. Acto seguido escribió un artículo sobre el hallazgo y su propia gestión, que fue publicado en *El Liberal* el 23 de abril de 1927.

Los integrantes del grupo La Brasa consultaron a Emilio Wagner sobre el tema, quien como director del Museo opinó: “No hace falta consultar a los colegas de la Capital puesto que hay en la provincia personas capacitadas para explorarlo” (Wagner y Wagner 1934). Luego asume la importancia del descubrimiento y la necesidad de investigarlo, ya que confirmaba sus argumentos de muchos años. Con estas frases Emilio afirma su competencia para investigar, la paridad con sus colegas de Buenos Aires, al tiempo que

coloca una valla provinciana a su intervención. Para ellos, fue un desaire que más tarde le cobrarían caro.

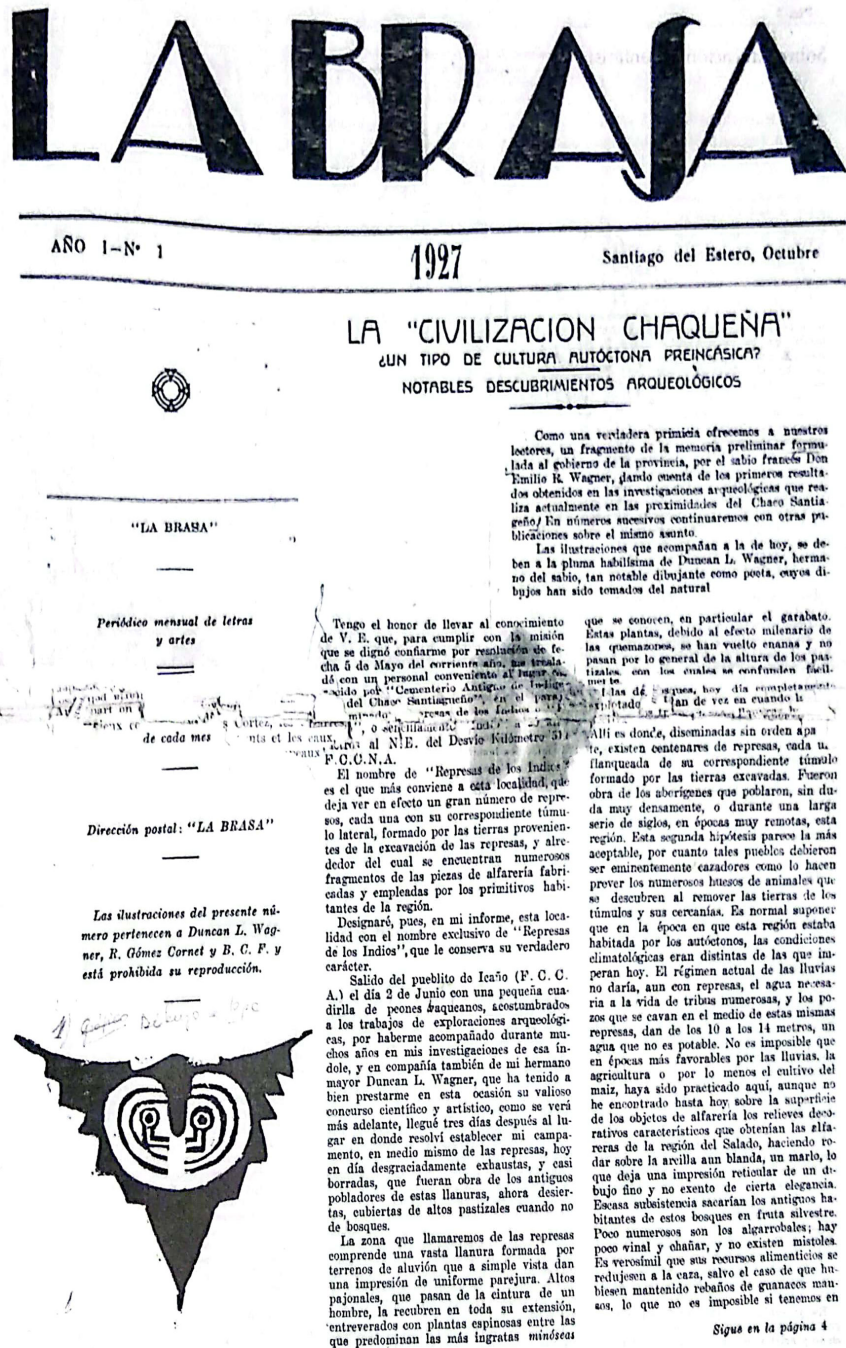
El 28 de julio Wagner presenta su informe sobre la primera excavación en ese sitio. “He dado aquí con los restos de una civilización precolombina y muy probablemente preincaica, que permitirá al Museo Arqueológico de Santiago del Estero la formación de una hermosa colección que de muy lejos se vendrá a mirar” (Wagner y Wagner 1934).

Tanto los hallazgos como la teoría tuvieron gran repercusión en los círculos intelectuales de la provincia, el principal de los cuales era la Asociación La Brasa (fig. 1), constituida en 1927 con la inspiración y dirección de Bernardo Canal Feijóo, que en ese momento tenía 30 años y lideraba el pensamiento de una nueva generación que miraba la provincia desde una perspectiva crítica, si cabe revisionista, que cuestionaba la explotación del obraje, la apropiación de la tierra por la ley del poderoso, y la subalternidad del espacio provinciano a la que lo relegaba Buenos Aires.

Para los santiagueños fue un manifiesto autonómico entre líneas, que muchos compartían, entre ellos Canal Feijóo, que apoyó decididamente la presentación del caso ante el gobierno de la provincia para solicitar apoyo económico. La propuesta fue bien recibida, y el 5 de mayo el gobernador radical Domingo Medina otorgó un subsidio de mil pesos que permitieron la campaña que Emilio llamó “Misión Arqueológica”, expresión en la que cabe un sentido apostólico tanto como científico.

Dada la importancia de este núcleo de pensamiento que se expresaba en clave política, histórica, literaria y sociológica, fue decisivo el aval que dio a la obra de Wagner, como lo muestra el primero de los 8 números que publicó la revista *La Brasa* al dedicarle la nota de tapa.

Figura 1. *La Brasa*, página 1.



1927-1928. Cartas desde el campamento

El trabajo de campo lo inicia a partir de 1927, luego del descubrimiento del cementerio conocido como desvío 511, al emprender excavaciones en los yacimientos que posteriormente serían designados como Represas de los Indios y Llajta Mauca. De estos dos sitios provienen las principales piezas que ilustran la obra de 1934. (Togo 2008, p. 13)

Wagner se puso enseguida en campaña, acompañado por Duncan y el equipo de peones de pala que lo había acompañado antes. Con ellos iba un niño de 8 años nacido en el lugar, de apellido Carrizo, que poco tiempo después sería jefe de cuadrilla (Wagner de Costas 2008). La pequeña expedición partió de Mistol Paso y remontó el curso del río Salado para internarse en el monte, veinticinco kilómetros al norte del Desvío 511, lugar del descubrimiento. Hicieron un primer campamento durante dos meses en Las Represas de los Indios, y otro, durante los seis meses siguientes, a 2 km. de allí, en el lugar llamado Llajta Mauca. Desde el comienzo del trabajo de excavación Wagner se dio cuenta de la importancia de esos dos sitios arqueológicos, tanto por su extensión como por la calidad y la abundancia del material, especialmente de la cerámica que presenta similitudes extraordinarias con la exhumada precedentemente de los túmulos de Tulip Loman, Cañitas o Turugun, a una centena de kilómetros al sur. El 28 de julio de 1927 Emilio Wagner dirige un informe al gobierno de la provincia donde da cuenta de los primeros resultados obtenidos. Ese informe, así como varias notas redactadas en la misma época en Llajta Mauca, fueron publicados en la revista *La Brasa* y poco después en la *Revista del Archivo de Santiago del Estero*.

Desde sus campamentos (fig. 2) Emilio escribió numerosas cartas, el principal medio de comunicación de la época. Luego de una larga búsqueda de materiales sobre este tema, en octubre de 2013 logré obtener un material de gran importancia proveniente del archivo familiar de Lilian Loys. Se trata de siete cartas que Emilio escribió a Manuel Loys Vega durante el tiempo

Figura 2. Wagner, 1928.



que permaneció en Las Represas de los Indios y El Indio y están fechadas en 1927 y 1928. En ellas le cuenta sobre los hallazgos y su teoría, y le recuerda la necesidad de algunos abastos, que Loys le enviará en carro tirado por mulas: 10 litros de kerosén, 8 plumas de metal para escribir, 12 kilos de carne vacuna por semana a razón de \$ 0,50 el kg.

Además hay telegramas de Canal Feijóo a Emilio avisándole que la Provincia ha depositado fondos y puede pasar a cobrarlos en Icaño. Con ellos se pagaban las mercaderías que necesitaba la cuadrilla. Acampaban en carpas de lona. De allí escribió Emilio esta carta, un día de lluvia:

Con respecto a la visita de sus amigos (del Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires) lo he conversado con los amigos de La Brasa, y creemos que sería mejor postergarla hasta que concluyamos esta etapa de nuestro trabajo, quizá en agosto que será el clima más propicio. Usted comprenderá que es mejor que dos equipos no trabajen en el mismo campo... (Wagner, E. R., Cartas desde el campamento..., 1927-1928)

Nuevos apoyos

Impulsado por los exitosos resultados obtenidos desde los primeros meses en Las Represas de los Indios y gracias a una nueva intervención de Bernardo Canal Feijóo, se reciben cuatro importantes nuevos aportes: el Dr. Antenor Ferreira, presidente del Consejo de Educación de la Provincia, acuerda otro subsidio para permitir continuar las excavaciones en Llajta Mauca; el diputado provincial Dr. José Cerrón Celis obtuvo de la Legislatura de la Provincia de Santiago del Estero una subvención de cinco mil pesos; la Universidad Nacional de Tucumán aportó su contribución a los gastos de los trabajos de excavaciones emprendidos en el Chaco de Santiago del Estero mediante una partida de cinco mil pesos, a propuesta del Dr. Juan B. Terán, rector de la Universidad, y del Dr. Ernesto Padilla; el Ing. Antonio Medici, Presidente del Consejo General de Educación de la provincia, dona trescientos pesos mensuales de su sueldo para proseguir la campaña en Llajta Mauca y Las Represas de los Indios.

Además de los aportes del gobierno provincial, las distintas etapas de la misión recibieron ayuda de muchas instituciones y particulares, que daban muestra del interés que los hallazgos suscitaban y el apoyo a su prosecución. En pocos años la colección del Museo triplicó el número de piezas.

1934. El libro

La publicación de *La Civilización Chaco-Santiagoueña y sus correlaciones con las del antiguo y nuevo mundo* (Wagner y Wagner 1934) representa el apogeo de la teoría de los hermanos Wagner. Fue editado en Compañía Impresora Argentina, Alsina 2049, Buenos Aires. El prólogo está firmado por Bernardo Canal Feijóo y Mariano Paz. Este último era también abogado y amante de la cultura, al que le gustaba viajar a los pueblos y participar en las fiestas populares; él llevó a Bernardo a conocer lugares y personajes que luego aparecerán en su obra. Esta edición lujosa es monumental como la “civilización” que

describía, no tiene parangón en Argentina y ha sido considerada “única en Sudamérica”. Es la obra más importante editada por el gobierno provincial en toda su historia.

Wagner consideraba que los pueblos que habían habitado las llanuras de Santiago del Estero –en un tiempo muy remoto que no podían fechar– pertenecían a una civilización de los orígenes de la humanidad. Provenían de las Islas Lemúridas, un continente desaparecido bajo las aguas del Pacífico, desde las que se propagaron hacia Asia, África y América. La prueba de este común origen era la afinidad de la simbología contenida en las cerámicas del Salado con la de Troya, Micenas y Hissarlick.

Creían en una divinidad compuesta por representaciones del rostro humano junto a las de un pájaro y una serpiente, que Emilio Wagner llamó trinaria: antrope-ornito-ofídica. Buena parte de las conclusiones de Wagner provienen del análisis de las representaciones incisas o pintadas en la cerámica. Los diseños revelaban el arte de la composición, de base geométrica y abstracta, así como elaboradas técnicas de pintura tricolor (fig. 3). Las piezas en barro cocido eran variadas; vasos, platos, jarras, denotaban un uso utilitario (fig. 4). En los bordes de los montículos se encontraban urnas que se utilizaban para el entierro de los huesos en los montículos –que por esta razón fueron llamados “túmulos” por Wagner–. Estas piezas llevaban un diseño y decoración característicos que a menudo incluía figuras zoomorfas en las asas, representando jaguares, águilas y otros animales (fig. 5), que también aparecían en pequeñas figuras. Wagner dedujo que se trataba de representaciones de tótems, animales que identifican un clan, o conjunto de familias que provienen del mismo ancestro. Las figuras pequeñas habrían sido utilizadas como talismanes en el ámbito familiar.

Habitaban sobre montículos de tierra que habían construido en las cercanías del curso del río, junto a represas en las que almacenaban agua en el período de creciente. En los montículos hallaron huesos de mamíferos (llama, guanaco, vizcacha, perro), peces, pájaros y caracoles. Además de informar sobre la paleofauna y las pautas de alimentación, estos objetos fueron pulidos y tallados; de hueso se hacían puntas de proyectil, agujas, prendedores,

quenas y tubos, que hablaban de caza y defensa, costura, atuendo, música y probablemente inhalación de alucinógenos. La textilería se demostraba por fragmentos de tejido muy fino hallados excepcionalmente dentro de las urnas, por las huellas de trama tejida sobre la que se apoyó la base, y por el elevado número de torteros (o fusaiolas) de cerámica y piedra (fig. 6).

Diversos objetos exóticos denotaban redes de intercambio regional, pues no se los encuentra en la llanura, tales como instrumentos de piedra o rocas de aplicación –sílex, lapolázuli, etc.–, o conchas de la costa del Pacífico y del Atlántico. En varios sitios se hallaron piezas de metal –topus, mazas, pectorales y numerosos útiles– que sin duda provenían de otras regiones. Aunque Wagner halló varias de estas piezas no les dio gran importancia, pues creía que eran de fecha muy posterior a la cerámica, en la que había centrado su análisis.

1939. La crítica a la teoría Wagner en el campo arqueológico

En 1939 la Sociedad Argentina de Antropología convocó a una semana sobre “Los Aborígenes en Santiago del Estero”, con el claro propósito de someter a juicio sus resonantes descubrimientos y comunicaciones. Emilio Wagner no concurrió a esa reunión, en la que participaron especialistas como Joaquín Frenguelli, Ricardo Caillet-Bois, Enrique Palavecino, Francisco De Aparicio, José Imbelloni, Salvador Canals Frau, Eduardo Casanova, Fernando Márquez Miranda y Antonio Serrano. Las fuertes críticas recibidas en esa Semana debieron afectar duramente a Emilio, pues entrañaba el comienzo de un intercambio con sus colegas argentinos, más jóvenes y con una formación técnico-profesional de la que el veterano sabio carecía.

Tanto el origen como el final de esa “civilización” eran desconocidos. Aunque pudo disponer de elementos para fecharla, Wagner insistió varias veces en su gran antigüedad, muy anterior a la conquista española, con la que no habría tenido ningún contacto. Pero entre sus hallazgos había cuentas de vidrio venecianas, lo que se considera una prueba de la presencia



Figura 3 / Nro. 438 - Plato grande pintado en el interior con dibujos rojos y negros sobre fondo blanco. Proviene de Averías del Bracho.



Pág. 324: **Figura 4** / Nro. 410 - Pipa de barro cocida. Proviene de Guayana.
Figura 5 / Nro. 132 - Animal despegado de los flancos de una urna funeraria. Proviene de Rumi.





Figura 6 / Nro. 18 - Tortero cruciforme con cuatro caras estilizadas antro-po-ornito-ofídicas.

española (otros coleccionistas también las habían hallado junto al río Dulce, pero Wagner las relacionó con ocupaciones posteriores).

Esta interpretación constituyó uno de los varios puntos débiles de la teoría. Investigaciones recientes consideran que Wagner expuso sus hallazgos de modo que corroborasen su tesis de una alta antigüedad, anterior a la edad del Hierro. Su “fósil guía” era la cerámica, porque con su simbología podía ayudarlo a reconstruir el orden social a través del culto. Prestó menos atención a la notable industria del hueso y el tejido, y desestimó algunas piezas de metal por considerarlas posteriores (Martínez, Taboada y Auat 2003).

Estas son algunas de las objeciones que se le formularon en 1939: una excesiva difusión mediática que no se condice con la exposición del hecho científico (De Aparicio); las semejanzas de algunos símbolos de culturas distantes no constituye una prueba de contactos; falta de encuadre temporal: cronología y correlaciones con culturas de la región (Serrano); ignorar los testimonios de los cronistas que muestran pueblos sedentarios agricultores, tejedores y alfareros al momento de la conquista (Serrano); falta de información y método acerca del relevamiento de los sitios; los montículos no son artificiales sino producidos por las aguas de los ríos en sus periódicas crecientes (Frenguelli); la “antigua civilización fuera del tiempo” es una cultura reciente que aún estaba viva al momento de la conquista española (Caillet-Bois).

Es interesante la opinión del geógrafo Francisco De Aparicio porque plantea el conflicto entre el secreto y la difusión del conocimiento. La opinión del naturalista Frenguelli acerca de los montículos hoy ya no se sostiene de modo absoluto, dado que Reichlen (1940), Hauenschild y Lorandi exploraron su estructura y mostraron que algunos montículos fueron construidos. Por su parte, las críticas del arqueólogo Antonio Serrano y el historiador Caillet-Bois resultaban incontestables, y con ellas cayó la legitimidad de la teoría de los Wagner en el campo académico argentino.

1943-1944. Aplicaciones al diseño textil y utilería

En contraste con la recepción problemática de sus teorías en el campo científico, el trabajo de los Wagner tuvo una recepción positiva en el circuito de las artes y el diseño, como lo muestran los siguientes casos.

En su tarea de análisis de las piezas del Museo, Reichlen contó con la colaboración de Julio E. Renard –a quien nombra “Jules”–, que se desempeñaba como ayudante técnico del Museo desde 1930. Nacido en Argentina de padre francés, hablaba bien el idioma, lo que facilitó el contacto con Emilio y Duncan. En una fotografía lo vemos en el Museo en la tarea de restauración de una urna de gran tamaño. En otra aparece su esposa Pilar Casanova junto a sus dos pequeños hijos (la mujer es Nancy), frente a una vasija cerámica de tamaño mediano. Están en el patio de su casa, ubicada en un barrio de La Banda. El fondo de árboles muestra un paisaje suburbano.

A través de una entrevista a su hija Nancy Renard pude acceder al archivo fotográfico y de recortes de prensa que describen su labor durante los años 40. El dossier periodístico muestra su intensa labor en la difusión de los hallazgos de Wagner, que él proseguía desde un enfoque artístico, no científico, como aclaraba en sus disertaciones. Su trabajo, hasta ahora poco conocido, debe ser valorado como una de las numerosas vertientes que surgieron de esta etapa.

Renard pensó que los diseños contenidos en la cerámica y la textilería podrían tener una amplia utilización en el diseño de objetos utilitarios. Según consta en el dossier, participó al menos en cuatro exposiciones en los que difundió su concepto del arte aplicado.

El 25 de julio de 1943 se realizó la Exposición Provincial en conmemoración del 390° aniversario de la fundación de Santiago del Estero. En el Salón de Artes Decorativas fueron premiados Delia López de López, telera de Suncho Corral por sus tejidos de colchas y alfombras; Luis Vignali, plástico, por su xilografía floral; Olimpia Righetti, por sus obras en cerámica; Julio E. Renard, plástico, por su plato de cristal pintado.

El stand del Museo Arqueológico titulaba su muestra “La civilización Chaco-Santiagoueña: fuente de arte”. La prensa lo presentó como un “arte

legítimamente argentino”. Allí se exhibieron: joyería en plata y esmalte, maquetas de columnas para el futuro edificio del Museo, guardas y modelos para monogramas, y tapices realizados por Olimpia Righetti. Se expusieron también los siguientes objetos que totalizaban un centenar: álbum de arte y trabajos de tapicería, realizado por Mercedes Righetti en telar vertical inventado en colaboración con su hermana Olimpia; cerámica y cristal decorado, realizados por Julio E. Renard; casacas, sombreros, pendientes, juego de cartera y cinta pirograbada, realizados por Guillermina de Rosenstein; sábana y carpeta con aplicaciones, realizados por María de Balzaretti; juego de mesa y seis sillas realizados con maderas santiagueñas, realizado por Rafael Delgado; camino de mesa, realizado por Carolina de Balzaretti; almohadones, realizados por Pilar Casanova de Renard y Timotea Delgado; modelos para tapices y alfombras, realizados según dibujos de Duncan Wagner.

Como cierre de la exposición, Olimpia Righetti leyó una importante conferencia de la que es autor Emilio Wagner. La nota destaca a este investigador como “el alma de la orientación hacia un nuevo arte” (*El Liberal*).

Creemos que uno de los fundamentos del enfoque de Renard es el auge del diseño que acompaña a la industrialización del período de sustitución de importaciones. Otro es, probablemente, el clima de ideas nacionalistas y criollistas que se advierte esos años. El aprovechamiento de los recursos propios va en paralelo con la vigencia de un arte auténticamente argentino.

La colaboración de Olimpia Righetti

Olimpia Righetti fue una gran colaboradora de Emilio en esta etapa. A la muerte de Duncan, lo sucedió como Vicedirectora del Museo. Se había formado bajo la dirección de los hermanos Wagner en las tareas propias del oficio y sentía al Museo como una criatura propia. Prosiguió la labor de Duncan representando las piezas mediante la pintura. Además había iniciado tareas de investigación en terreno, haciendo descubrimientos de cerámica negra en el sitio Las Mercedes, en la sierra de Tacanas, Sumampa. Dedicó mucho

tiempo a la difusión de los hallazgos y el dictado de conferencias: en 1945 disertó en Buenos Aires, sobre “El rol de las mujeres en la civilización chaco-santiagoueña”, tema que ya había sido abordado por Duncan en 1932.

En 1946 Emilio Wagner y Olimpia Righetti publican *Arqueología Comparada* editado en Buenos Aires por Peuser S.A. En tamaño carta (20 cm x 28 cm) el libro de 104 páginas incluye 40 ilustraciones y sendas fotografías de los autores: Emilio, con guardapolvo blanco, restaurando una urna; Olimpia ante un atril donde pinta una urna, mirando a la cámara. En lo sustancial el texto reitera la tesis de 1934, pero agregando otras interpretaciones sobre piezas relacionadas con el culto en las culturas de América.

Hubo dos publicaciones posteriores de Emilio: “La civilization chacosantiaguenne, étude d’archéologie comparée”, en Actas del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas, 1948; y “Lo que muestran los archivos del Museo Arqueológico”, en *El Liberal*, 1948. Estas fueron sus últimas publicaciones, por lo que sabemos. Olimpia Righetti publicó en 1948 esta nota que resume la historia del período:

El trabajo de Emilio y de Duncan Wagner es demasiado múltiple y fecundo para poder describirlo en todos sus aspectos en una reducida monografía. No haremos pues, sino señalar una parte modesta de la carrera de naturalistas y arqueólogos, cumplida en Santiago. Cuando el gobierno de la provincia llama a Emilio Wagner en 1923, para organizar el “Museo Arcaico”, para Wagner es ya un hecho el descubrimiento de la civilización Chaco-Santiagoueña. Al hacerse cargo aportó, con sus caudalosos conocimientos, su hermosa colección arqueológica y otra de coleópteros. (...) Desde entonces las excavaciones se realizan sin interrupción cada año. El museo crece aceleradamente. No había vitrinas para conservar las colecciones. A falta de ellas, don Emilio construyó mesas con cajones de embalaje, cuyo precio es reducido. Duncan escribía y dibujaba sobre ellas. Sobre ellas se realizaron las primeras exposiciones y se dictaron clases a las

escuelas. La que escribe, que ya concurría al museo, empezó sus estudios en esas mesas. El trabajo se hace amplio. Don Emilio busca en el terreno, reúne material donde se asentará la obra y lo estudia arrancándole sus secretos. Duncan investiga en el libro, escribe el resultado de los estudios, dibuja y pinta.

(...) Desde el año 1928 don Emilio Wagner ha tomado a su cargo el museo, lo ha aumentado de valor científico en la misma proporción que las colecciones han pasado de 3.000 piezas (cuando su fundación) a 75.000 que poseemos actualmente. Volviendo los ojos sobre ellas, don Emilio suele decir: “He pagado mi deuda de gratitud a este país hospitalario con haber formado este museo”. (Righetti 1948)

Consideraciones finales
Conexiones de la teoría Wagner con el pensamiento de la época

Para estimar el impacto que la teoría Wagner tuvo en su momento es necesario considerar el momento histórico, pues varios de sus puntos centrales pueden ser mejor comprendidos a través del clima cultural de la época. En medio de las profundas transformaciones producidas luego de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) el Ejército y la Iglesia Católica desplegaron su fuerza material e ideológica para convertirse en tutores del orden social. Al “despegarse” de los tiempos recientes, la teoría de civilización chaco-santiagoueña no los relacionaba con los pueblos indígenas conocidos en el país, y por tanto no había flanco de conflicto con el Ejército por el exterminio de los indios producido entre 1860 y 1920 en la región pampeana, la Patagonia y el Chaco. Como según los Wagner tales pueblos no habían tenido ningún contacto con los españoles, la cruenta conquista del siglo XVI quedaba fuera de la cuestión, sin incomodar a la historiografía hispanista y católica.

Además, los pueblos estudiados estaban compuestos por gente profundamente religiosa, y monoteístas por añadidura: creían en una Divinidad

Primordial, que llaman “trinaria”, pues está compuesta por tres elementos: hombre, pájaro, serpiente. Ese modelo era semejante al de la sociedad argentina de cuño europeo: creía en un Dios que representaba el misterio “trinitario” de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; este último representado por un pájaro. El ser alado borra las diferencias entre la lechuza y la paloma. Este aspecto era de importancia no menor, pues toda religiosidad, aún primitiva, contribuía a fortalecer el escudo de la fe, necesario para luchar contra el anarquismo, el socialismo y el ateísmo.

La idea de que fuese una “civilización” originaria de “alta cultura” no dejaría de ser grata y sorprendente para las elites refinadas de Buenos Aires. Un indio de alta cultura parecía insólito, y sonaba como un oxímoron. Pero he ahí que esos indios eran nuestros y podían ser presentados como antecesores remotos de una nacionalidad rampante que se afirmaba en las palabras de Lugones.

Los Wagner destacan ciertos rasgos “de clase”, tal como el lujo en los vestidos “adornados con piedras de lapislázuli”, el refinamiento en el tallado de los prendedores de hueso, la finísima tela de araña tejida. Junto a ellos estaban las piezas de uso ceremonial: pipas, inhaladores y cubiletes (vasos) que denotaban complejos ritos que los Wagner asociaron a los de las clases altas que conocían. Ellos atribuyeron a este pueblo la idea de una “finesse” cara a su origen. En boca de franceses cultos, estos juicios eran verdades inapelables en las salas de conferencias de Tucumán y Buenos Aires.

Se trataba de un pueblo disciplinado e industrial, como lo probaba su dominio de la cerámica y el tejido; eran “trabajadores” en el sentido que la categoría moderna había adquirido durante la revolución industrial. Pero además tenían otro rasgo distintivo: asignaban un lugar privilegiado a las mujeres. Este dato ofrecía enorme actualidad, pues los movimientos feministas estaban dando frutos luego de medio siglo de luchas, y es justamente hacia los 30 cuando se intensifica la participación femenina en diversos campos de actividad, tales como la beneficencia, la educación pública y el asociativismo religioso (por ejemplo, la Asociación de Damas Patricias de Santiago del Estero en 1930).

En las conjeturas sociológicas de los Wagner, la mujer descolla por su carácter de obrera altamente calificada, como tejedora, alfarera y pintora. Son su mano y su pincel los que decoran la urna según la instrucción recibida de su maestro, el chamán.

Las hábiles obreras que trazaron con la más rigurosa precisión los perfiles de clásica pureza de las hermosas urnas funerarias que pintaron o modelaron con perfecta simetría las efigies de la divinidad y dibujaron las elegantes volutas que se despliegan en los flancos de estas soberbias piezas, verdaderas obras maestras del arte cerámico, no habían sido iniciadas en el oficio por maestros que ignorasen los principios de las matemáticas y de la geometría. Esos mismos sacerdotes, verosímilmente encargados de la guarda y estricta aplicación de los cánones, debían también estarlo en la elección de los símbolos que en cada caso debían emplearse (Wagner y Wagner 1934, p. XLII).

Wagner nos ayuda a deducir la presencia del autor intelectual de la obra, sacerdote o chamán, o en cualquier caso alguien con conocimientos suficientes para concebir cada proyecto. Observemos el rol atribuido a la mujer. Por más que hubiese teleras, alfareras y pintoras/es especializadas, se admite que había tras ellas un “maestro”, supuesto como individuo masculino. Es obrera y artista reconocida dentro de un proceso productivo, pero está subordinada a la autoridad y el mayor conocimiento del varón. Tenemos aquí una fórmula compleja que por una parte adhiere al ideario feminista, y por otra al ideario patriarcal, ofreciendo algo así como un “feminismo tutelado”. Esta idea de la mujer trabajadora bajo la tutela masculina coincide con el modelo emergente de la revolución industrial que exigió a las mujeres el abandono de la producción doméstica y su incorporación a la fábrica. En suma, los rasgos temporales más notorios de la “sociedad fuera del tiempo” se aproximan a las sociedades occidentales de la primera mitad del siglo XX.

Síntesis

Cerramos aquí con una síntesis de las principales contribuciones del período Wagner.

Los hermanos difundieron públicamente y popularizaron la arqueología. La gran difusión de los hallazgos en la prensa creó un espacio de comunicación entre investigadores y público infrecuente en esos años. Sus trabajos dieron lugar a una importante discusión científica, ya que las osadas tesis de Wagner movilizaron a la elite académica a revisar el caso santiagueño mediante un congreso específico, de lo que no había antecedentes. Abonaron a un proceso de construcción identitaria, ya que el gobierno de la provincia, así como el grupo La Brasa, se involucraron decididamente en el proyecto Wagner, de lo que tampoco había antecedentes para un emprendimiento científico. El conocimiento del pasado remoto amplió el campo histórico y ofreció un lauro simbólico de enorme importancia en esas décadas. Finalmente, sus estudios recuperaron marcas iconográficas para el diseño. La simbología proveniente de la cerámica fue utilizada en el diseño gráfico (cfr. Ediciones de *Nivel de Historia* y *Ñan*, de Bernardo Canal Feijóo), utilitario (cfr. experiencias de Renard), y como emblema en un sentido amplio.

Fuentes

Documentos inéditos:

Wagner, E. R.: “Cartas desde el campamento El Indio y Las Represas de los Indios”. 1927-28.

Wagner, D. L.: “Ante-proyecto para la organización por capítulos del II° Volumen de la obra”. 1937.

Archivos privados:

Lilian Loys. Archivo personal de Manuel Loys Vega.

Nancy Renard. Archivo fotográfico y periodístico de Julio E. Renard.

Entrevistas:

Olimpia Righetti (1967 y 1972).

Alberto Rex González (1983).

Haydée Wagner de Costas (2008).

Nancy Renard (2014).

Lilian Loys (2015).

Bibliografía:

(Incluye solo algunas obras referenciales de los autores y autoras citados)

Arenas, P. (1990). La antropología a fines del siglo XIX y principios del XX en la Argentina. *Runa*, XIX.

Canal Feijóo, B. (1932). *Ñan*. Revista de Santiago.

Gramajo de Martínez Moreno, A. (1977). Los estudios Antropológicos y Arqueológicos de Santiago del Estero. *Serie Estudios*, 1, Museo Arqueológico E. y D. Wagner.

Hauenschild, J. von. (1943). Los Aborígenes de Santiago del Estero. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santiago del Estero*, 1(2), 116-137.

Hauenschild, J. von. (1948). La técnica de la alfarería arqueológica de Santiago del Estero. *Sociedad Argentina de Americanistas*, I.

Hauenschild, J. von. (1949). Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, XXXVI, 7-75.

Lindskoug, H. (2008). En la sombra de la arqueología argentina: Jorge von Hauenschild y la formación de la colección von Hauenschild del Museo de Antropología (Universidad Nacional de Córdoba). *Revista del Museo de Antropología de Córdoba*, 1(1), 61-70.

Lorandi, A. M. (1969). Las culturas prehispánicas en Santiago del Estero. *ETNIA*, 10, 18-22.

Lorandi, A. M. (1974). Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones*, VIII, 199-236.

Lorandi, A. M. (1977). Significación de la Fase Las Lomas en el desarrollo cultural de Santiago del Estero. *Relaciones*, XI, 69-78.

Lorandi, A. M. (1978). El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal de la Société des Américanistes*, LXV, 61-85.

Lorandi, A. M., y Carrió, N. (1975). Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, 301-322.

Lorandi, A. M., Crisci, J., Gonaldi, M. E., y Caramazana, S. (1979). El cambio cultural en Santiago del Estero: un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria. *Relaciones*, XII, 85-101.

Martínez, A. T., Taboada, C., y Auat, A. (2003). *Los hermanos Wagner entre ciencia, mito y poesía*. Ediciones UCSE.

Martínez, A. T., Taboada, C., y Auat, A. (2011). *Los hermanos Wagner entre ciencia, mito y poesía*. Universidad Nacional de Quilmes.

Museo Arqueológico Emilio y Duncan Wagner. (1967). *Cincuenta años de Cultura, 1917-1967*. Serie Monográfica, 2, Museo, Santiago del Estero.

Museo Arqueológico Emilio y Duncan Wagner. (1982). *Los hermanos Emilio y Duncan Wagner*. Serie Estudio, 3, Museo, Santiago del Estero.

Museo Arqueológico Emilio y Duncan Wagner. (1991). *La Arqueología santiagueña, marco teórico - sustentos metodológicos*. Serie Estudio, 4, Museo, Santiago del Estero.

Reichlen, H. (1940). Recherches archeologiques dans la province de Santiago del Estero (Rep. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes*, Nouvelle Serie, XXXII.

Righetti, O. (1941). Vinculaciones continentales y extracontinentales en la prehistoria Americana. *Boletín de la Unión Hispánico-Américo-Oceánica*, 1.

Righetti, O. (1942). Dos conferencias sobre el Imperio de las llanuras santiagueñas. Buenos Aires.

Righetti, O. (1942a). Correlaciones continentales y extracontinentales en la prehistoria Americana. En *Dos Conferencias pronunciadas en Buenos Aires*. Compañía Impresora Argentina.

Righetti, O. (1948). Los Wagner desentrañaron el pasado de Santiago. *El Liberal*, Edición 50° aniversario, 151-153.

Sociedad Argentina de Antropología. (1940). *Los aborígenes de Santiago del Estero*. Volumen II. Buenos Aires.

Taboada, C. (2009). Características locales, valliserranas y “santiagueñas” en el norte de la Sierra de Ancasti (Depto. Santa Rosa, Catamarca). Primera discusión sobre modos y momentos de uso del espacio prehispánico. *Estudios Atacameños*.

Taboada, C. (2010a). Arqueología de Santiago del Estero: superando límites. Procesos sociales, diversidad interior y esferas de interacción. *Cuadernos de textos y resúmenes del 10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero*, 14-25.

Taboada, C. (2010b). Arqueología de Santiago del Estero: repensando límites. Procesos sociales, diversidad interior y esferas de interacción. *Textos y Resúmenes del Encuentro de Jóvenes Investigadores*, 10, 14-25.

Taboada, C. (2010c). Metales, textiles y cerámica. Tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu. *Memoria Americana*, 18, 11-41.

Taboada, C. (2011). Repensando la arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática. *Prensa de la Sociedad Argentina de Antropología*.

Taboada, C., y Angiorama, C. I. (2005). Informe Final de las tareas de prospección realizadas en Santiago del Estero. Presentado al Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales “Emilio y Duncan Wagner”. Santiago del Estero. Ms.

Tasso, A. (2019). Breve crónica de la arqueología en Santiago del Estero 1870-2015. Barco Edita, *Encuentro de Jóvenes Investigadores* 15, Santiago del Estero.

Tasso, J.C. (2022). Territorio y enunciación. Topónimos, estrellas, conflictos. Revista Tejiendo la Pirka, *Cuadernos de trabajo del Centro Internacional de Investigación Pirka - Políticas, Culturas y Artes de Hacer*, 18/19, 53-59.

Togo, J. (2008). Recopilación bibliográfica sobre aportes al conocimiento prehispánico y colonial de Santiago del Estero. *Revista Indoamérica, Nueva Serie Científica*, 2, 9-54.

Togo, J. (1988). Panorama de la prehistoria santiagueña. *Cuadernos de Extensión Cultural*, UNSE, Santiago del Estero.

Wagner, E. R. (1906). La leyenda del Cacuy. *Journal de la Société des Américanistes*, París.

Wagner, E. R. (1909). Un velorio au bord du río Salado. *Journal de la Société des Américanistes*, París.

Wagner, E. R. (1910). La legende du Cit-Prin.

Wagner, E. R. (1912). Le río Salado. Moeurs et coutumes.

Wagner, E. R. (1984). La caza del tapir. Reeditado en *Cuadernos de Cultura*, Santiago del Estero.

Wagner, E. R. (1923). De las sombras del pasado emerge una civilización desconocida. Entrevista a Emilio Wagner. *El Liberal*, edición 25° aniversario.

Wagner, E. R. (1927). Una rara y bella prenda de adorno descubierta en las exploraciones de Llajta Mauca. *La Brasa*, Santiago del Estero.

Wagner, E. R. (1937). Aquel Santiago.... *Revista Centro*, Santiago del Estero.

Wagner, E. R. (s/f). Santiago del Estero, tierra de promisión.

Wagner, E. R. (1940). Notas arqueológicas sobre la Provincia de Santiago del Estero. *Journal de la Societé des Américanistes*, Nouvelle Serie, XXXII, París.

Wagner, E. R. (1941). La civilización Chaco Santiagueña y la llamada cultura Diaguita-Calchaquí. En *Congreso de Historia Argentina Norte y Centro*, octubre 1941, Córdoba.

Wagner, D. L. (1932). La civilización Chaco Santiagueña. Conferencia en el Centro Naval, Buenos Aires. Ed. Museo Arqueológico de Santiago del Estero. Compañía Impresora Argentina, Buenos Aires.

Wagner, D. L. (1937a). Le rol de la femme dans une civilization préhistorique de l'Argentine. Conferencia en la Biblioteca del Jockey Club, Buenos Aires.

Wagner, D. L. (1937b). La migración de los símbolos. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, CXXIV, 212-222, Buenos Aires.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del antiguo y nuevo mundo*. Ed. Gobierno de la Provincia de Santiago del Estero. Compañía Impresora Argentina, Buenos Aires.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1936). Las llanuras de Santiago del Estero. En *Historia de la Nación Argentina*, 1, El Ateneo, Buenos Aires.

Wagner, E., R. y Righetti, O. (1946). *Arqueología Comparada*. Buenos Aires.

Museo Arqueológico de Santiago del Estero.
Diario *La Prensa*, 30 de septiembre de 1945.





Fachada original del Museo Histórico Provincial.
Archivo Museo Marc.

**La adquisición de la colección
chaco-santiagueña de los Wagner y
la inauguración del Museo Histórico.
Trama y redes euríndicas entre
Rosario y Santiago del Estero**

Laura **Catelli**

En este capítulo nos preguntamos tanto por el proceso como por el sentido de la adquisición de la colección de piezas indígenas provenientes de Santiago del Estero, la colección “Wagner”, en el contexto de la planificación e inauguración del Museo Histórico, que tuvo lugar el 8 de julio de 1939. Cuando llegó a Rosario, después de dos años de gestiones y apenas una semana antes de la inauguración, la colección reunida y organizada por Emilio Wagner y su discípula y colaboradora Olimpia Righetti contaba con 462 piezas.¹ Una colección pequeña, en comparación con las más de 70.000 piezas que guardan el Museo Provincial de Ciencias Antropológicas y Naturales Emilio R. y Duncan L. Wagner de Santiago del Estero (hoy parte del complejo del Centro Cultural del Bicentenario, inaugurado en 2010) y la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Provincia.

Esta monumental empresa de los hermanos Emilio y Duncan Wagner se ha documentado y estudiado en profundidad en el contexto de Santiago del Estero, y a partir de las relaciones con redes intelectuales, de arqueólogos y antropólogos en Córdoba y Buenos Aires.² Sin embargo, hasta ahora poco

¹ El ensayo de Battaglia en este catálogo detalla aspectos específicos de la colección “Wagner”, su recepción, organización, primera exhibición y posterior catalogación, a lo largo de su permanencia en el Museo. Ver también Genovés y Letieri (2004), Battaglia (2023).

² Ver los ensayos de Tasso, Farberman y Taboada en este catálogo.

se ha escrito acerca de la colección que adquirió Marc y que arribó al Museo en 1939. De hecho, en un viaje que realicé a Santiago a mediados de 2022, constaté que el envío de la colección a Rosario era un hecho desconocido. Aún quedan por dilucidarse las particulares tramas personales, intelectuales e institucionales en las que se forjaron los contactos que eventualmente derivaron en que se concretara la adquisición, así como los pormenores y el sentido simbólico de su recepción en el museo rosarino.

En tal sentido, las investigaciones que hemos realizado hasta ahora (Catelli 2022) dejan a la vista algunas tramas discursivas y simbólicas que esta notable adquisición puso en juego. En este capítulo propongo explorar dos de ellas: la primera se relaciona con el relato museístico del Marc como *museo euríndico*, como lo ha denominado su actual Director Pablo Montini (2011), en justa referencia a las influencias de Ricardo Rojas en el pensamiento de Ángel Guido, realizador del proyecto arquitectónico del Museo y cuya dedicación y colaboración el Dr. Marc reconoce y agradece en su discurso inaugural.³ Esta trama tiene que ver con el ideario del mestizaje, o lo que Guido llamó la *fusión hispano-indígena*, y las identidades nacionales imaginadas en relación a este, instituidas por esa época en una órbita educativa estatal que incluía a los museos (Zapata y Simonetta 2011). La propuesta del Museo Histórico, influida por la concepción de Guido del mestizaje cultural (en especial en la estética y la arquitectura), desplegada en el contexto de una ciudad “sin historia”, y de algún modo sin tradición folklórica propia (Montini 2011, 2019; Welti 2019), cristalizó en una versión local de los idearios latinoamericanos modernos del mestizaje (Mailhe 2023). Esta versión gravitaría no tanto hacia la indigenidad, y menos aún hacia el negrismo, sino hacia el criollismo y el espiritual-nacionalismo, ambos asociados con un nacionalismo criollista y conservador que aunó a muchos intelectuales del periodo. La segunda trama se produce a lo largo del proceso de su

3 “Desde el primer día, yo encontré en él un colaborador incondicional, dispuesto a sacrificarme sus mejores horas... Yo pienso que Angel Guido vio, desde el principio, en este museo, algo de sus sueños del futuro, de lo pensado por él para el Rosario del porvenir” (“Con una lucida ceremonia...”, *La Capital*, 9 de julio de 1939, p.6).

adquisición, en los intercambios epistolares e institucionales entre Santiago y Rosario. Al examinarlos y analizarlos, es posible advertir cómo un contexto ideológico en particular se expresa en ciertas formas de manipular, estudiar, nombrar, marcar, representar, ordenar las piezas y fragmentos que componen la colección, y de situarlas en una red de relaciones complejas con otros tipos de objetos y sus propias representaciones, etc.

¿Cuál fue el sentido que se fue construyendo sobre las piezas de la colección a lo largo de las tratativas y la gestión de su adquisición para el Museo Histórico? Se trata de un proceso que este catálogo quiere dar a conocer y acerca del cual resulta necesario reflexionar y abrir interrogantes. Si el Museo, tal como consta en la secuencia de decretos de su creación⁴, fue concebido para que la población pudiera tener acceso al estudio de objetos del pasado con el fin de estimular el sentido del espíritu nacional, ¿qué lugar ocuparía una colección de objetos originarios en la dimensión nacional-identitaria producida por la reflexión histórica propuesta? ¿Qué ocurre, en esta re-colocación y apropiación simbólica, con las historias e identidades originarias de pueblos que también podrían construir memoria si tuvieran otro tipo de acceso a esos objetos?

Estas preguntas no deberían tomarse a la ligera, y tampoco es mi intención responderlas en un texto breve; más bien pretendo colaborar con la apertura de una conversación necesaria, dando a conocer las tramas implicadas en los procesos alrededor de las piezas de la colección excavadas por los Wagner y su tránsito desde Santiago del Estero a Rosario. Mi intención es que este recorrido permita, como ha propuesto Mario Rufer (2011), pensar estas operaciones “de manera productiva, no en tanto distorsiones o faltas a la verdad histórica, sino como elementos que permiten analizar las dimensiones políticas que subyacen en las luchas por las interpretaciones y re-evaluaciones del pasado” (p. 31), y sin perder de vista los efectos que estas producen en nuestra experiencia de un presente nacional, colectivo, en que

4 Dicha secuencia abarca entre 1936 y 1939. En esta se gestiona y confirma el cambio de nombre de “científico” a “histórico”.

las múltiples violencias ejercidas hacia los pueblos originarios lejos están de haberse resuelto y menos aún reparado.

Para ello, exploraremos una secuencia de acontecimientos e intercambios de los que dan cuenta materiales pertenecientes a distintos archivos, que emergen en un proceso de investigación que ha pendulado entre Rosario y Santiago del Estero, en distintas instituciones, desde 2018. Ambas tramas ponen en marcha ciertas construcciones imaginarias acerca de los pueblos originarios de cuyas vidas, en distintos momentos del decorrer histórico, esos objetos y fragmentos formaron parte.⁵

La inauguración del Museo Histórico Provincial en Rosario: relato y contexto fundacional

Cuando se inaugura oficialmente el Museo Histórico Provincial, hoy Museo Marc, a las 17:45 del sábado 8 de julio de 1939, la ciudad ya había dado inicio a celebraciones y actos por el Día de la Independencia. Una nota del diario *La Capital*, publicada el domingo 9 de julio, da cuenta de la magnitud del acontecimiento, que congregó al Gobernador de la Provincia, el Dr. Iriondo, a ministros provinciales como el de Instrucción Pública y Fomento, Juan Mantovani, al Intendente y al Obispo de la ciudad, así como a una “extraordinaria cantidad de público” integrada por “caballeros y damas de nuestro medio” (“Con una lucida ceremonia se realizó la inauguración del Museo Histórico Provincial”, *La Capital*, 9 de julio de 1939, p. 6). En el discurso proferido en el acto, el Profesor Juan Mantovani señalaba el sentido patriótico de la inauguración de una institución destinada a promover los orígenes para engrandecer el país,

(...) la inauguración del Museo Histórico Provincial constituía uno de los más destacados homenajes con que el gobierno

⁵ En distintos momentos históricos, como los ensayos de Farberman, Taboada y León desarrollan en este catálogo.

de Santa Fe y la ciudad de Rosario conmemoraban el aniversario de la jura de la Independencia, además de significar una reafirmación de nacionalidad y patriotismo, que dichos sentimientos son los que mueven al conocimiento del pasado para comprender los orígenes del país y apoyar sobre ellos sucesivas construcciones materiales y morales, que contribuyen a la creciente grandeza de la Nación. (*La Capital* 1939, p.6)

De hecho, en el acto inaugural del Museo Histórico se entrelazaban distintas ideas de una época en la que predominaba, como proyecto social y político, la consolidación institucional del Estado en sus distintas áreas (nacional, provincial, municipal), proyecto aludido por las palabras de Mantovani. Sin embargo, a pesar de que predominaban discursos programáticos como el de Ricardo Rojas, el sentido de la consolidación nacionalista se diseminó en numerosas y diversas acciones institucionales en todo el país.⁶ En conjunto, estas acciones conformaron, y conforman aún, un campo de disputa alrededor de preguntas por las identidades locales y regionales en tensión con la identidad nacional, por el sentido de la(s) historia(s) en el presente y en relación a una idea, también debatida, del porvenir.

El porvenir, en el caso de actores como Mantovani y Marc, parece haberse entendido no tanto como “futuro”, sino como aquello que con certeza vendría por efecto de una construcción denodada, una vehemente creencia en que la gestión institucional en educación y cultura, atendida por supuesto no solo a agendas electorales e intereses económicos sino a idearios políticos, produciría efectos concretos en la construcción del proyecto nacional.⁷ A

⁶ Zapata y Simonetta (2011) destacan este punto como hipótesis central de su artículo “Las configuraciones de sentido en el Museo Histórico Provincial de Rosario a principios del siglo XX: memorias visibilizadas, actores negados y pasados en pugna” (pp. 215-219).

⁷ En Rosario en los años 30, aunque no puede obviarse el impacto de la crisis del 29, esta creencia en el porvenir todavía se sostenía dada la actividad económica local pero, como señala Martínez (2012), en Santiago del Estero, donde los Wagner excavan la colección en cuestión, y en otras partes del país, intelectuales como Bernardo Canal Feijóo expresaban

la vez, se trataba de una construcción que solo se tornaría posible mediante el fomento en la ciudadanía de un sentido histórico, una sensibilidad por las cosas y hechos del pasado. Esta idea se expresa en el discurso del ministro Mantovani y se destaca en la nota periodística,

Después de señalar el vacío que venía a llenar el instituto que se inauguraba en esos momentos y destacar el sentido cultural manifestado en la ciudad de Rosario tras su pujante actividad de emporio comercial, el orador se refirió a la verdadera función del museo histórico ya que permite al hombre [sic] ponerse en comunicación con el pasado para que, estremecido por su fuerza emocional y su sabia experiencia, pueda acrecentar su impulso que ha de llevarlo a convertirse en creador ante el porvenir. (*La Capital* 1939, p.6).

Al revisar algunos periódicos de la época, se desprende de sus páginas la imagen de una vida social, política y cultural rosarina activa e intensa, orientada por valores *modernos*. En esos tiempos en Rosario y en otras urbes latinoamericanas, que una sociedad fuera moderna implicaba una suerte de doble movimiento, que producía un estado de sincronía y diálogo con los ritmos y tramas europeas (ya muy tensionadas y marcadas por los sucesos que culminarían en la Segunda Guerra Mundial), y que simultáneamente estaba atravesado por la necesidad de elaborar discursos e imaginarios capaces de hilvanar, de manera más o menos visible, los incómodos hilos sueltos de la

ya un sentimiento crítico ante el devenir de los movimientos de la década del Centenario, “el sentimiento de desazón que atravesó a la ensayística nacional tuvo en el caso de Canal Feijóo el doble rostro de la decepción por todo lo que no había ocurrido en el país y a la vez la urgencia de lo que hacía crisis ante sus ojos, de un modo que podía ser definitivo: la modernidad periférica que en Santiago había tenido sus expresiones económicas en la industria azucarera (que quebró estrepitosamente), la agricultura de riego (que ya mostraba sus límites en la salinización del suelo) y el obraje (con su combinación de agotamiento natural y sus consecuencias sociales) –y cuyo símbolo había sido el ferrocarril– mostraba ahora su peor perfil: la capacidad de generar verdaderos desiertos, si no se hacía nada por evitarlo” (p. 514).

dominación colonial, salvada por las gestas de Independencia, y de historias y elementos “primitivos” que los procesos coloniales habían entreverado irreversiblemente con esas finas tramas europeas.

Aquí es necesario señalar también que la idea de lo “primitivo” no se correspondía estrictamente con el pasado. Los indígenas vivos en la Argentina, en muchos casos en lucha y resistencia por sus territorios y formas de vida, eran considerados bárbaros y primitivos. Un ejemplo de esta extravagante pero persistente operación imaginaria que remite a los pueblos indígenas contemporáneos a una dimensión pre-histórica, pre-civilizatoria, aparece en una nota publicada casualmente en *La Capital* el 16 de julio, solo una semana después de la inauguración del Museo. La nota retrata textual y fotográficamente el “bárbaro ritual” en un “salvaje escenario” de un grupo de hombres y mujeres del pueblo pehuenche, a los que caracteriza como excepcionales “restos sobrevivientes”, siguiendo una idea, hoy cuestionada, de que los pueblos originarios en Argentina estarían prácticamente “extintos”⁸ (Fig. 1).

En el caso de Rosario, la visibilidad de esos elementos “primitivos” hay que buscarla entretejida en proyectos intelectuales y artísticos americanistas del Centenario que arrancan con *El Círculo* (Armando 1998; Montini 2011, p. 22) y que, siguiendo ese doble movimiento de la búsqueda de una modernidad estética propia, dialogaban con las bogas primitivistas europeas, a la vez que echaban mano de ideas estéticas provenientes de objetos y diseños indígenas e indigenistas, que podían o no ser locales.⁹ Los registros fotográficos de la fachada y las salas del Museo, publicados en la nota de *La Capital* del mismo 8 de julio (“Oficialmente será inaugurado hoy el Museo Histórico Provincial”), dan cuenta de las dimensiones simbólicas de la misión puesta en marcha por la flamante institución, dimensiones en las que

8 Para un recorrido por la idea de “extinción indígena” en relación a la Argentina, ver Grosso (1990); Escolar y Rodríguez (2019). Con relación a Santiago del Estero, Farberman (2019, pp. 21-50).

9 Con respecto a los aspectos estéticos de las apropiaciones americanistas de las formas indígenas, en particular de Ángel y Alfredo Guido en el contexto rosarino, Montini (2011) ofrece una muy clara y sucinta explicación (pp. 40-44).

Figura 1
Nota diario
La Capital,
16 de julio de 1939



se cruzan esos elementos primitivos que la conquista sometió y “fusionó”. Se trata de una fusión que se plasma como algo necesario dado que el relato patrio, paradójicamente, parece imposible sin la gesta conquistadora: no hay Independencia posible sin España, y así, no hay Patria sin conquista y colonización. En esa secuencia, que alcanza al presente, los pueblos originarios quedan fijados en una función de necesario sometimiento. Julio Marc lo expresaría con claridad en un tramo de su discurso inaugural, al puntear las tres secciones correspondientes a las fuerzas históricas en tensión y que, a la vez, logran entrar en síntesis, primero, gracias a la “fusión de razas” y, segundo, a la historia nacional y el proceso de independencia,

Acabo de rendir cuentas de mi gratitud personal y debo decir ahora las de mi misión. Yo he querido que, en lo posible, el Museo Histórico Provincial llenara las dos finalidades que he expresado¹⁰, como lo indican las leyendas y las estatuas de su frontispicio. Por eso existe en él *una sección precolombina, destinada a evocar las viejas civilizaciones de América*, cuyo grado de adelanto apenas conocemos. La sala de huacos y tejidos preincaicos, que sorprenden por su colorido y belleza, dan una idea de lo que fueron esos pueblos... Por el mismo motivo he organizado, también, *una sección representativa de la historia y del arte de la colonia y de la conquista, de la grandiosa epopeya española*. Ella se revela exactamente, con su providencial *fusión de razas, con su espíritu cristiano y místico*, con la brillantez, el ascetismo y la heroicidad de esos días de gesta, en los cuadros, en los altares y en los muebles de la sala colonial... Excuso decir, sin embargo,

10 “Así como los pueblos van tomando conciencia de su grandeza cuando aprenden a amar sus tradiciones y a cuidar los símbolos, documentos y objetos que la representan, cuando se compenetran de sus aciertos y sus errores así, su verdadera cultura, la destinada a pasar sus fronteras y a mejorar la humanidad y la vida, sale de sus institutos de investigación, de los centros que hacen una profesión del estudio mismo” (“Con una lucida ceremonia...”, *La Capital*, 9 de julio de 1939, p. 6).

que la sección más importante del museo ha sido dedicada a la historia nacional, a la evocación del proceso de nuestra independencia y de nuestra organización política, a la documentación de nuestra vida, de nuestro propio hogar... (*La Capital* 1939, p.6)

Efectivamente, las estatuas que Marc menciona en su discurso, el conjunto alegórico realizado por el italiano Troiano Troiani (1885-1963) dispuesto en tríptico, “América Indígena” a la izquierda, “América Colonial” a la derecha, e “Historia Patria” (Figs. 4-6) en el centro, en la fachada principal sobre la antigua entrada del museo (al oeste, hoy cerrada pero accesible desde el exterior), es una lograda materialización, cargada de simbolismo, del ideario del mestizaje que, como dijimos, impregnó este y otros proyectos vinculados a la construcción de imaginarios identitarios americanos modernos, concebidos en la órbita educativa estatal. Esas dimensiones se planificaron y se materializaron en distintas formas. La adquisición y exposición de la colección chaco-santiagueña de los Hermanos Wagner, cuya historia y sentido este catálogo tiene como fin explorar, forma parte de la materialización de la dimensión denominada aquí “América india”. Fue el material proveniente del territorio argentino, que se incluyó en la “sección precolombina”, aquella pre-historia que la conquista habría venido a elevar mediante la “fusión de razas”, y cuya Historia la Patria, a través del Museo, tuvo como misión simbolizar (Fig. 2).

Primera trama: el problema del mestizaje y el museo euríndico

Dos programas educativos y culturales de gran alcance social e institucional se desarrollaron sobre las bases de idearios íntimamente relacionados con el mestizaje. El de José Vasconcelos, en México, y el del tucumano/santiagueño Ricardo Rojas en Argentina.

El programa de Rojas, un poco anterior al de Vasconcelos, se desarrolla en el contexto del Centenario de 1910. Las ideas sobre nación y fusión se gestan discursivamente en *La restauración nacionalista* (1909), donde se despliega



Figura 2 / Nota diario *La Capital*, 8 de julio de 1939. Salas originales del Museo. No hemos encontrado registro fotográfico de la sala con la primera exposición de la colección Wagner.

el programa de Rojas para la enseñanza de historia en las escuelas, pero se desarrollan en más profundidad en *Blasón de plata* (1910) y en *La Argentinidad* (1916). Luego estas ideas son pensadas como teoría estética en *Eurindia* (1924). Forja los ejes de una reforma nacionalista basada en la educación, que serviría para consolidar una identidad nacional construida a partir de las propias raíces, que incluían la latinidad (y el hispanismo como influencia más cercana) y el indigenismo. La propuesta de una síntesis del “exotismo” y el “indianismo” como solución al problema de la “pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal” se expresa en ese contexto en la obra *Blasón de plata* ([1910] 1986, p. 115). En este ensayo, dicha síntesis ya recibe el nombre “Eurindia”, anticipando la doctrina que se va a desarrollar en el ensayo homónimo de 1924, “En la dialéctica de ese proceso histórico, ‘Eurindia’ es la síntesis de ambos términos” ([1910] 1986, p. 115). En respuesta a los usos científicos del siglo XIX desde el marco del nacionalismo espiritual y desde un debate que en los primeros diez años del siglo XX se expande por América Latina y es alimentado por un cuestionamiento del positivismo y las teorías de la degeneración, la “fusión” de razas, el mestizaje, son redefinidos en la *Eurindia* (1924) de Rojas y en *La raza cósmica. Misión de la raza Iberoamericana* (1925) de Vasconcelos como procesos de crucial relevancia para la formación cultural de la nación en ciernes y acechada por las influencias extranjeras, como la creciente presencia de Estados Unidos en la región norteamericana y del Caribe, y en proceso de absorber el gran flujo de inmigrantes, en el caso de la región del Río de la Plata. Es en el surgimiento de la corriente regeneracionista en los nacionalismos espiritualistas donde podemos situar las ideas de Rojas y Vasconcelos.

Eurindia, obra de Ricardo Rojas de 1924, funcionó como la base programática y estética del proyecto del Museo Histórico, fundamentalmente a través de Ángel Guido¹¹, quien hizo propias las teorías de Rojas sobre el mestizaje

11 Apunta Montini (2011): “Ángel Francisco Guido (n. en Rosario el 19 de septiembre de 1896 y f. el 29 de mayo de 1960) fue ingeniero, arquitecto, dibujante, grabador, poeta, novelista, crítico de arte y urbanista” (p. 18, n.2). Sin pretensiones de sintetizar su extensa biografía (así como su producción bibliográfica, de obras arquitectónicas y distintos tipos de gestión),

social y cultural. Rojas sostenía que “Eurindia es el nombre de un mito creado por Europa y las Indias, pero ya no es de las Indias ni de Europa, aunque está hecha de las dos”. Florencia Antequera (2020), en sus investigaciones sobre la relación y la prolífera correspondencia entre Rojas y Guido ha señalado que “Rojas intentaba –mediante esta suerte de linaje deseado– resolver la polaridad América / Europa, con una dialéctica entre lo propio y lo ajeno, lo local y lo global, donde la superación estaría dada a través de la fusión”, y luego que Guido “retoma la definición euríndica entre el legado europeo y el americano para sostener que la arquitectura –entendida como disciplina artística, como arte social que funciona como “antena de los pueblos” pero también como condensadora de los dramas de América– está llamada a sintetizar ambas culturas en un proceso fusional” (pp. 226-227).

Si bien resulta difícil sistematizar definiciones sobre el sentido de algo tan polifacético como el mestizaje, podemos decir que, en su función narrativa y ordenadora respecto del imaginario histórico, esta metáfora ha permitido sostener que la conquista fue una etapa y una condición *sine qua non* de las naciones latinoamericanas. Esa función narrativa se ve frecuentemente desplegada en discursos institucionales, como en el caso del Museo Histórico. El museo euríndico agrupó originalmente colecciones pertenecientes tanto a Julio Marc como al propio Guido, quienes “sintieron la necesidad de definir lo nacional en un marco americano apelando a la exaltación del mestizaje hispano indígena” (Montini 2011, p. 18). De manera explícita, una modulación local del relato del mestizaje euríndico puede verse materializada en el proyecto del Museo Histórico, simbolizada en el frontispicio de Troiani que ya hemos mencionado, y en el diseño de las salas que organizan y ponen

cabe señalar sus teorías estéticas americanistas y sus trabajos en historia del arte sobre arte americano, especialmente sobre arte y arquitectura colonial, su actividad como coleccionista, su desempeño como gestor en instituciones públicas, y finalmente su legado arquitectónico, también en el ámbito público, donde se destaca el Monumento Nacional a la Bandera, la residencia de Ricardo Rojas en Buenos Aires, hoy Casa Museo Ricardo Rojas, y, relevante para este ensayo, el proyecto original del Museo Histórico.

en relación a los objetos de las diversas colecciones, donde operan como un “complejo expositivo” (Bennett 1988).¹²

Ahora bien, la contracara problemática de estos relatos es que (re)producen una matriz identitaria para la nación que tiende a justificar y naturalizar, en los imaginarios sociales, una historia de violencia, dominación y despojo, que arranca con la conquista y luego continúa en la etapa nacional con el colonialismo interno (Catelli 2020, 2021). En tal sentido, es necesario revisar sus mecanismos de inscripción y estabilización en ámbitos culturales y educativos estatales con poder instituyente porque, de nuevo, casi siempre que la idea de mestizaje aparece vinculada a proyectos de gestión cultural, estos tienen como efecto ocultar las múltiples violencias de los procesos de dominación coloniales, así como sus continuidades más allá de las independencias (Rivera Cusicanqui 2010). Sin embargo, resulta complejo argumentar a contrapelo de una matriz discursiva (con una particular dimensión visual y estética) de larga duración, que (re)produce y es (re)producida en tantos ámbitos y niveles estatales y privados, desde el siglo XIX hasta la actualidad (Catelli 2023, pp. 169-184). Aún persiste la idea de que es necesaria la fusión entre grupos diferentes cuya relación histórica ha estado consistentemente atravesada por la dominación de los unos sobre los otros.

Una clave para abordar estas cuestiones sin invisibilizar la historia de dominación y despojo implícita en estos procesos, consiste en examinar las representaciones identitarias en las instancias en que ellas son configuradas e instituidas como imaginarios compartidos. Si bien la colección chaco-santiagueña ayudó a materializar el relato euríndico del Museo Histórico, esa misma materialidad también puede orientar otro tipo de construcción histórica e identitaria, que no niegue sino que dé cuenta de las existencias y

12 Según Bennett, “Las instituciones que componen el complejo expositivo, se ocuparon de transferir objetos y cuerpos de los dominios cerrados y privados en los que previamente habían sido mostrados (a un público restringido) hacia arenas progresivamente más abiertas y públicas en las que, a través de las representaciones a las que eran sometidos, formaron vehículos para inscribir y transmitir mensajes de poder [...] a la sociedad]” (p. 74, traducción mía).

continuidad de los pueblos originarios y de las distintas violencias perpetradas hacia ellos.

Segunda trama: redes de gestores e intelectuales y episodios significativos en la gestión y adquisición

Nos detendremos aquí en las redes intelectuales tendidas entre Rosario, Santa Fe y Santiago del Estero, ya que esa malla de relaciones sostuvo e impulsó el proyecto de esta adquisición fundacional. Emilio era un naturalista francés de prestigio y se movía dentro de una vasta red local e internacional de contactos personales e institucionales, así como Duncan, quien era empresario pero sobre todo escritor y artista.¹³ En esa malla de relaciones, se destaca la cercana relación con el escritor santiagueño Bernardo Canal Feijóo y con la asociación cultural La Brasa, así como el rol crucial que el hallazgo arqueológico tuvo en la configuración de un mito de identidad que los intelectuales y artistas de Santiago del Estero supieron convertir en capital simbólico (Martínez 2011, pp. 29-126; 2012).

Como ha señalado Martínez (2012), “Canal fue el principal sostén de la empresa en la búsqueda de contactos y financiamiento para las excavaciones, divulgación y publicación de resultados” de los Wagner (p. 513, n. 11). Pero además fue (junto a Mariano Paz, también miembro de La Brasa), nada menos que el traductor y prologuista del volumen *La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del viejo y nuevo mundo* (1934), el monumental libro ilustrado por Duncan Wagner en que los hermanos desarrollarían su teoría, “al exhumar una finísima cerámica indígena de un tipo hasta entonces poco conocido e inclasificado” (Martínez 2012, p. 513), acerca de la existencia de una civilización que habría existido, y desaparecido, antes de la llegada de los españoles.

13 Por cuestiones de espacio y enfoque no desarrollo aquí las nutridas biografías de los hermanos. Puede consultarse el capítulo de Tasso en este catálogo, o para algo más extenso el minucioso estudio crítico de Martínez, Taboada y Auat (2011), o el libro de Ocampo (2005).

Es relevante volver a señalar, en relación a la adquisición de la colección para el museo rosarino, que Canal recuperó por mucho tiempo las cuestionadas tesis de los Wagner (Martínez 2012, p. 513; Ocampo 2004). La relación de los Wagner con Canal Feijóo es especialmente significativa en la trama que se despliega hacia Rosario, ya que el primer contacto del que se tiene registro documental en el Museo Marc es una carta de Canal dirigida a Guido el 18 de mayo de 1937 (Fondo Documental Museo Marc 2, Archivo 3, Documento 2).¹⁴ El tono amistoso y descontracturado de la misma da cuenta de una relación de confianza entre el santiagueño y el rosarino:

Querido Guido:

De acuerdo a lo convenido, le mando el Plan ideado por los Wagner. Dígame qué otra cosa habría que hacer, y si lo hecho está en forma. Debo subrayar la necesidad de que el Museo Científico sea adoptada a la brevedad posible, pues los trabajos de exploración deberán realizarse durante los meses de invierno. En primavera y verano se vuelven sumamente engorrosos por la broza y demás inconvenientes selváticos.

Avíseme a su paso por La Banda para ir a verle.

Un gran abrazo de su amigo,

Bernardo Canal Feijóo

De la carta de Canal a Guido pueden inferirse algunas otras cuestiones e interpretar los documentos existentes en el Fondo Documental del Museo Marc¹⁵. Por ejemplo, que ya habría alguna tratativa en curso para la adquisición de la colección (“de acuerdo a lo convenido...”) y que el Museo Científico (aún no se había decretado el cambio de nombre a “Histórico”) aún debía expedirse oficialmente para poder avanzar. También resulta llamativo que el

¹⁴ De ahora en adelante, los documentos del Fondo Documental se consignarán abreviadamente.

¹⁵ Sobre el Fondo Documental, ver el artículo de Battaglia en este catálogo.

“Plan de Trabajo” que Canal dice adjuntar tiene una fecha bastante posterior a la de la carta de presentación, el 28 de julio de 1937. ¿Cuál puede haber sido el motivo de la demora en el envío de la carta de Canal con el Plan de trabajo firmado por Emilio Wagner? La respuesta creemos que puede encontrarse en un hecho decisivo para las gestiones: la publicación del Decreto Serie A No. 800 publicado el 26 de julio de 1937 y firmado por el Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero, Pío Montenegro, en que se concede autorización a Emilio, en calidad de Director del Museo Arqueológico Provincial, para “repartir con el Museo Científico de la Ciudad de Rosario, las piezas que se obtengan en las excavaciones que se realizarán en lo que resta del año en curso, como así también, para aceptar la contribución de Dos mil quinientos pesos nominal para costear los gastos de exploración y exhumación de las piezas” (Boletín Oficial de Santiago del Estero 1937, p. 3702). La existencia en el Museo Marc de una Nota del Subsecretario de Gobierno de Santiago del Estero, dirigida a Wagner el 27 de julio, notificándole acerca de la publicación del decreto en cuestión, muestra que, apenas se oficializa el permiso, Wagner prepara y fecha el “Plan de trabajo” el 29 de julio (F2A3D_5), el cual hace referencia al Decreto, y esto se envía con la carta de presentación de Canal dirigida a Guido. Posiblemente se haya remitido la copia del decreto junto a éstas o en simultáneo. Un recibo firmado por Wagner (F2A3D_6) acusa el pago de la suma acordada por parte del Dr. Julio Marc, Director del Museo Científico de Rosario, en el mes de julio de 1937, “para preparar una colección de cerámicas de la civilización chaco-santigueña, de acuerdo a la propuesta que se adjunta”. Es decir, el recibo parece haber acompañado el “Plan de Trabajo”. Así, en el transcurso de julio de 1937, se oficializa la adquisición, aunque la entrega de la colección demorará dos años más en concretarse.

En esos dos años siguientes, ocurren otros dos “episodios” relacionados con la colección, que pueden analizarse a partir de los documentos existentes en el pequeño archivo documental de la adquisición. El primero es la solicitud del cambio de nombre de Museo Científico a Museo Histórico, que se fundamenta en gran medida a partir de que “la Dirección mediante el apoyo oficial del Gobierno de Santiago del Estero, conforme al Decreto Serie A de

fecha 26 de julio del corriente año, ha obtenido la cooperación decidida y amplia del Museo Arqueológico de esa provincia, para presentar una colección de cerámicas de la civilización chaco-santiagueña.” (Nota a Pío Pandolfo, 28 de octubre de 1937, F1A1D_35). Es decir que el Decreto de 1937 que otorga el permiso para que Wagner conforme y venda la colección fue no solamente lo que destrabó y oficializó un proceso que hasta entonces era una idea, “convenida” entre Canal Feijóo y Guido, sino que dio inicio al proceso efectivo de recolección y conformación de la colección, estipulado finalmente en el Plan de trabajo,¹⁶ y que luego sirvió como fundamento discursivo para definir el concepto “histórico” del Museo.

El segundo episodio es una interesante carta dirigida a Marc, del 2 de octubre de 1938, en papel membretado del Jockey Club de Santiago del Estero, con una firma ilegible hasta el momento (F2A3D_7). Ha pasado un poco más de un año desde el decreto, el envío del “Plan de trabajo” y el pago para la realización de las tareas de excavación. El remitente comienza diciéndole a Marc que tan pronto ha llegado a Santiago se ha ocupado “del asunto referente al envío de las piezas arqueológicas para su importante museo”. De nuevo, quien aparece al frente de las comunicaciones es Canal Feijóo, y se trasluce además el conflicto con los porteños, sobre el que comentaremos a continuación: “Encontré de parte del Dr. Canal Feijóo, como así también de parte de la competente ayudante del Sr. Wagner la mejor acogida y el más firme deseo de destruir, con los hechos, la malévola intriga de esos buenos señores de Buenos Aires, que no ven con buenos ojos la obra silenciosa y desinteresada de los hermanos Wagner”. Por lo que sigue en la nota, se infiere que Marc habría estado preocupado por la falta de avances, pero el remitente

16 Sobre este punto Taboada ha abierto una serie de interrogantes, que menciona en su ensayo en este catálogo, acerca del proceso de la conformación, si realmente se realizó de acuerdo a lo que se estipulaba en el Plan de trabajo. En tal sentido, el trabajo de ordenamiento, catalogación y cruce de las piezas de la colección con los listados que acompañaron las piezas en 1939 que viene haciendo Battaggia y que vengo acompañando hacen posible delinear algunas hipótesis, sin dudas ventanas para nuevas líneas de investigación sobre la adquisición de la colección como un acontecimiento hasta ahora desconocido en un momento clave, y complejo, de la trayectoria Wagner.

le asegura que todo está en marcha y que incluso Emilio tiene intenciones de viajar a Rosario para la inauguración, algo que finalmente no sucederá. Es posible suponer que el fallecimiento de Duncan en diciembre de 1937 haya sido un suceso sumamente doloroso para Emilio, y que las demoras que preocupaban a Marc se hayan debido, en parte, a esto.

La mayor controversia en la historia de los hermanos Wagner, y lo que avivó las “malévolas intrigas de los buenos señores de Buenos Aires”, una verdadera querella que ha persistido en el campo antropológico y alrededores décadas después, tiene que ver con que sus teorías sostenían que las cerámicas y otros objetos que hallaron en Santiago del Estero pertenecían a una gran civilización desaparecida antes de las invasiones españolas. Martínez y Taboada (2011, pp. 251-362) han detallado extensamente el impacto y controversias que las excavaciones de los Wagner, y las obras escritas y visuales relacionadas con estas, específicamente el monumental volumen *La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del Nuevo y Viejo Mundo* (1934), produjeron en el ámbito antropológico y arqueológico, nucleado en torno a la Sociedad Argentina de Antropología. En un episodio ocurrido durante la Semana de Antropología dedicada a “Los aborígenes de Santiago del Estero”, entre el 26 de junio y 1 de julio de 1939, varios de los miembros de esa Sociedad refutaron la teoría y los métodos de los Wagner y, sobre todo, los cuestionaron desde el punto de vista científico.¹⁷ A pesar de este episodio, ocurrido un año y medio después de la muerte de Duncan, el 30 de diciembre de 1937, Emilio, junto a su discípula Olimpia Righetti (quien tras el fallecimiento de Emilio en 1949 continuó las excavaciones y fue Directora del Museo), siguió sosteniendo la teoría de que existió, en tiempos inmemoriales, una Gran Civilización General, que “ha debido preceder al advenimiento de las civilizaciones diferenciadas”, “un gran plasma étnico primordial” (Wagner y Wagner 1934, p. XXXV), que en Santiago del Estero se manifestó

17 Ver al respecto las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (T. II, 1940) y el estudio de Martínez, Taboada y Auat (2011, pp. 309-318). Para una lectura matizada del episodio, con una perspectiva crítica hacia el campo arqueológico de la época, ver la sección “Conceptos teóricos que obstaculizaban la mirada” de Taboada, en el mismo estudio (pp. 319-364).

en una “Civilización de las Llanuras que precedió a las de las Altas Planicies” (Wagner y Wagner, 1934, p. XXXVII). Para los Wagner, la evidencia de la extensión de dicha civilización se encontraría en la profusión de representaciones de la deidad antro-po-ornito-ofídica (hombre, pájaro, serpiente), que habría sido su objeto de culto (Arenas 2005, pp. 161-62), y que se convirtió en objeto de estudio central de los Wagner y de Righetti (1942). En los escritos de los Wagner se afirma una y otra vez el “estado de salvajismo de los indígenas encontrados por los españoles (que los hace incapaces de ser los autores de la cerámica hallada), la enorme extensión en que se encontrarían emplazados los ‘túmulos’ y el grado de complejidad social necesaria para construirlos” (Martínez y Taboada 2011, p. 315). El Imperio de las Llanuras habría dejado de existir, y habría sido reemplazado por pueblos “salvajes”.¹⁸

Me detengo en este punto porque una de las cuestiones que surgen al analizar la adquisición de la colección para el Museo Marc es que el escandaloso

18 Martínez y Taboada (2011) afirman que “Sostuvieron en 1934 la idea de un Imperio de las Llanuras levantado por constructores de túmulos de una raza civilizada desaparecida, que no habría tenido ninguna conexión genética con los indígenas allí encontrados por los conquistadores que llegaron en el siglo XVII. Se trata de una “civilización muchas veces milenaria”, aunque atemporal, inmedible, incontrastable, ubicada en una edad heroica, cuna de trascendentes sucesos. Carente de una ubicación cronológica en tiempo objetivo, se posiciona en cambio en una dimensión cronológica mítica, fuera de los parámetros de la historia” (p. 377). Tal vez esta afirmación podría matizarse ya que, como explica Arenas (2005), “los Wagner rechazan las interpretaciones basadas en fuentes etnohistóricas porque adjudican escasa profundidad temporal a las culturas del NOA (incluidas las poblaciones aborígenes de Santiago del Estero). Las enseñanzas de la etnografía y del folklore, dirán en Wagner y Wagner (1934), sólo se dedican a mostrar miserables seres humanos que no lograron nunca salir de la barbarie o que volvieron a caer en ella hace muchos siglos (Wagner y Wagner 1934, p. 48). Afirman así que no “fueron tribus bárbaras, hordas sórdidas y vagabundas condenadas a arrastrar hasta nuestros días su desnudez y miseria, ‘gente desnuda y salvaje, vestida apenas de plumas y pieles’, como escribían los cronistas de la Conquista, ‘pueblos que no habían tenido historia’ (Wagner y Wagner 1934, p. 4). Lejos de esta imagen, ciertamente útil a la sociedad criolla ilustrada, la CCHS presenta una civilización paradigmática que se destacaba por tener todas las características de un proceso civilizatorio, lo que dio a Santiago del Estero un mito de origen más importante aún que aquella certeza de que la antigua población de su territorio tuvo origen en la confluencia de grupos agricultores andinos y de cazadores recolectores de las selvas chacosantiagueñas” (pp. 163-64).

episodio de 1939 sucedió tan solo una semana antes de la inauguración. Sin embargo, este hecho, que según Taboada resulta en una “tácita expulsión” de los Wagner del campo antropológico que se consolida en Buenos Aires, parece no haber tenido grandes repercusiones en el proyecto que Marc y Guido llevaban adelante en Rosario. Es cierto que Emilio Wagner completa el envío de la colección el 29 de junio de 1939, al mismo tiempo que se desarrollan las jornadas de la Semana de Antropología, y la inauguración del Museo Histórico parece transcurrir sin el menor comentario sobre lo sucedido en Buenos Aires. Es posible que, dado que todo ocurría en simultáneo, no haya habido tiempo para que trascendiesen los efectos de esta suerte de “emboscada”, como muchos, entre ellos Canal Feijóo, parecen haber interpretado el armado y despliegue de críticas y ataques en las jornadas porteñas. Pero, como muestra la carta del remitente del Jockey Club, Marc estaba completamente al tanto de la intriga en ciernes, y Canal le habría hecho llegar, a través de este intermediario, una contundente defensa de la obra de los Wagner, que continuaría sosteniendo. Tres años luego de la muerte de Duncan, Canal Feijóo recordaría tristemente,

... hizo flamear allá atrevidamente el lábaro del gran descubrimiento. Allí se encontró con el afable desierto que siempre opone Buenos Aires a las nuevas cosas de la ciencia o del espíritu. Había cuchicheos a la sordina, o a escondidas; alguien animaba desde la sombra una lejana mano prácticamente anónima para sacar la brasa que él no se atrevía a tocar. La verdad es que durante cuatro o cinco años Duncan no encontró enemigos tangibles; podría pensarse que había profesado un polemista que se adelantaba a la polémica, que se había debatido contra molinos de viento. (Canal Feijóo 2011, p. 124)

Pero además, todo apunta a que Marc y Guido no tenían interés en el valor estrictamente “científico” de la colección de los Wagner. Este término ya había sido relativizado por los gestores del Museo, que preferían abandonar

esa denominación a favor de la de “Histórico”, ya que, según sus fundamentaciones, “el cambio de nombre no le hace perder el concepto de científico, desde el momento que la investigación del pasado en la obra cumplida por otras generaciones es la finalidad principal de estos institutos” (Nota al Ministro Pío Pandolfo, 28 de octubre de 1937, F1A1D_35). El relato mítico-histórico, fundamentado sobre los aspectos estéticos que se detallan en *La civilización chaco-santiagueña*, era perfectamente compatible con el modelo euríndico y las teorías de Guido, enfocadas en pensar en un proceso estético a partir de la idea de fusión español/indígena, que este traduce como mestizaje estético. Un modelo fomentado también por Canal Feijóo –actor central en la adquisición, consistente con su accionar como brasista y como representante de los Wagner (Martínez 2011, pp. 32-44; 2012)– y por el propio Duncan Wagner, ambos propulsores de “la fusión entre arqueólogo y artista que reiteradamente apuntan como desiderátum [...] y la aplicación del peculiar método ‘geográfico visual’ que crean y aplican los hermanos [Wagner], [y que] favorece esta mezcla de mito e historiografía que atraviesa los textos” (Martínez y Taboada 2011, pp. 377-78).

En este sentido, es posible dimensionar el peso del capital simbólico construido por las élites de Santiago y Rosario en el ámbito del arte y la cultura, donde prevalece y se potencia la visión de Guido, es decir, el relato museístico del mestizaje euríndico operó con tal fuerza que las “objeciones” que pudieran hacerse, hayan sido estas de índole científica o histórica (en especial en relación a la datación de la colección), no solo no parecen haber afectado la intención que animó originalmente a la idea de la adquisición sino que, además, produjo una gravitación de sentido alrededor de la colección hacia un imaginario histórico-mítico que quedó legitimado bajo el ímpetu del relato institucional.

A contrapelo del relato histórico

Walter Benjamin utilizó la expresión “leer la historia a contrapelo” en la Tesis VII de *Sobre el concepto de historia* (1940). Con ella quería describir un

gesto metodológico, “materialista”, de fricción crítica contra el sesgo de la “historia historicista”, la historia de los “dominadores”, instituida a través de determinadas lógicas de ordenamiento, interpretación y exhibición de los “bienes culturales” y los documentos,

Quien hasta el día de hoy haya conseguido alguna victoria, desfila con el cortejo triunfal en el que los dominadores actuales marchan sobre los que hoy yacen en tierra. Como suele ser habitual, el cortejo triunfal acompaña el botín. Se le nombra con la expresión bienes culturales. El materialista histórico tiene que considerarlos con un aire distanciado. Todos los bienes culturales que él abarca con la mirada tienen en conjunto, efectivamente, un origen que él no puede contemplar sin espanto. Deben su existencia no sólo al esfuerzo de los grandes genios que los han creado, sino a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. No hay un solo documento de cultura que no sea a la vez de barbarie. Y si el documento no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión de unas manos a otras. Por eso el materialista histórico toma sus distancias en la medida de lo posible. Considera teoría suya cepillar la historia a contrapelo. (Benjamin 2006, pp. 129-130)

Es necesario reflexionar acerca de estas colecciones, porque un proyecto de adquisición como este, así como la presencia de objetos que arriban y se alojan como “sin tiempo” en el museo euríndico, o sin otra inscripción temporal más que el tiempo inmemorial que les inscribe la sala “América India”, cuando son leídos “a contrapelo”, tendrían el poder de sacudir la matriz del relato oficial que los aloja y los ordena, un relato que se ha ido estabilizando en el Museo, desde su planificación (como parte de un programa cultural y educativo más amplio, de alcance nacional) en adelante. Esta reflexión sobre la “pequeña colección chaco santiagueña” adquirida por el Museo Histórico propone pensar y problematizar este tipo de proceso, a partir del estudio



crítico de su adquisición, cómo ella contribuye a la estabilización del relato euríndico del museo y, en particular, entender y a la vez pensar “a contrapelo” de los sentidos contruidos por esta matriz identitaria e imaginaria nacional en torno a “lo indígena” como un elemento (siempre) primitivo en la secuencia histórica, cuya única posibilidad de existencia, en un sentido amplio, y dentro de un programa que persiste a través de estos imaginarios instituidos, es *(no) ser* para la nación criolla. Estas piezas (Fig. 3), fragmentos de vidas y de distintas historias, pasadas y presentes, nos ayudan a pensar a contrapelo, para construir otras historias, otras memorias, e imaginar otro porvenir.

Bibliografía
Notas de diarios

La Capital. (1939, 8 de julio). Oficialmente será inaugurado hoy el Museo Histórico Provincial.
La Capital. (1939, 9 de julio). Con una lucida ceremonia se inauguró el Museo Histórico Provincial, pp. 6, 22.
La Capital. (1939, 16 de julio). Un rito bárbaro en plena cordillera de los Andes.

Documentos del Fondo Documental del Museo Marc

Canal Feijóo, B. Carta a Ángel Guido. Santiago del Estero, 18 de mayo de 1937. Fondo Documental Museo Marc, Archivo 3, Documento 2.
Carta manuscrita al Dr. Julio Marc, firma ilegible, Santiago del Estero 2 de octubre de 1938. Fondo Documental Museo Marc, Archivo 3, Documento 7.
Nota a Pío Pandolfo, 28 de octubre de 1937, Fondo Documental Museo Marc, Archivo 1, Documento 35.
Wagner, E. R. “Plan de Trabajo para el Museo Histórico”. 29 de julio de 1937. Fondo Documental Museo Marc, Archivo 3, Documento 5.
Wagner, E. R. “Recibo”. Julio de 1937. Fondo Documental Museo Marc, Archivo 3, Documento 6.

Figura 3 / Nro. 144 - Pequeña urna con dos apéndices en la base del cuello encorvados en forma de pico. Proviene de las excavaciones de “Laguna Muyu”.

Otros

Decreto Serie A No. 800, publicado el 26 de julio y firmado por el Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero, Pío Montenegro. Boletín Oficial de Santiago del Estero, 1937, p. 3702.

Bibliografía secundaria

Antequera, F. (2020). Eurindia o el organizador sintáctico de los fragmentos de mundo. Una aproximación al concepto de “fusión” en la obra de Ángel Guido. *Revista Maracanan*, 23, 221-247.

Arenas, P. (2005). “En la noche de los tiempos”. Emilio y Duncan Wagner en el campo de profesionalización de la arqueología. *Mundo de antes*, 4, 159-187. <https://publicaciones.csnat.unt.edu.ar/index.php/mundodeantes/article/view/128/102>

Armando, A. (1998). Entre los Andes y el Paraná: La Revista de “El Círculo” de Rosario. *Cuadernos del CIESAL*, 4(5), 79-88.

Battaglia, F. (2023). La excavación de un museo como propuesta metodológica. El caso de la Colección Wagner del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” (Argentina). Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes, XX Jornadas del Centro Argentino de Investigadores en Artes, 4 al 7 de octubre de 2023, Museo Histórico Provincial “Dr. Julio Marc”, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

Bennett, T. (1988). The exhibitionary complex. *New Formations*, 4, 73-102.

Benjamin, W. ([1940] 2006). Tesis VII de Sobre el concepto de historia. En R. M. Rupérez, *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”* (129-130). Madrid: Editorial Trotta.

Canal Feijóo, B. (1941, 1 de enero). Duncan L. Wagner. *El Liberal*. En Martínez et al. (2011), 124.

Casaús Arzú, M. (2005). De la incógnita del indio al indio como sombra: el debate de la antropología guatemalteca en torno al indio y la nación, 1921-1938. *Revista de Indias*, 65(234), 375-404.

Catelli, L. (2020). *Arqueología del mestizaje. Colonialismo y racialización*. Temuco: UFRO-CLACSO.

Catelli, L. (2021). Reflexiones desde la frontera en el Martín Fierro: colonialismo interno en la Argentina. En J. Giani (Ed.), *El mito gaucho* (85-96).

Catelli, L. (2022). El mestizaje en el museo. Un acercamiento con “inflexión subalternista” a la colección chaco-santiagueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13(22), 95-129.

Catelli, L. (2023). Mestizajes. En M. Rufer (Ed.), *La colonialidad y sus nombres* (169-184). México D.F.: Siglo XXI Editores, CLACSO.

Escolar, D., y Rodríguez, L. (Comps.). (2019). *Más allá de la extinción. Identidades indígenas en la Argentina criolla. Siglos XVIII-XX*. Buenos Aires: SB Editorial.

Farberman, J. (2019). De “naciones” a “indios” y de “indios” a “paisanos”. Sujetos y prácticas indígenas en Santiago del Estero, siglo XVI-XIX. En D. Escolar y L. Rodríguez (Comps.), *Más allá de la extinción. Identidades indígenas en la Argentina criolla. Siglos XVIII-XX* (21-50). Buenos Aires: SB Editorial.

Genovés, N., y Letieri, F. (2004). Las colecciones arqueológicas del Museo Histórico Provincial ‘Dr. Julio Marc’. En *I Jornadas de Estudios sobre Rosario y su región*. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes.

Grosso, J. L. (2008). *Indios muertos, negros invisibles: Hegemonía, identidad y añoranza*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

Martínez, A. T. (2012). Leer a Bernardo Canal Feijóo. *Trabajo y sociedad*, 19, 509-524. <http://www.scielo.org.ar/pdf/tys/n19/n19a34.pdf>

Martínez, A. T., Taboada, C., y Auat, L. A. (2011). *Los Hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero*. Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero.

Mailhe, A. (2023). *En busca de la alteridad perdida. Indigenismos y mestizajes en Argentina y América Latina entre fines del siglo XIX y la década de 1960*. Bernal: UNQ.

Montini, P. (2019). Ángel Guido entre el arte y las formas americanas. En Welti, M. E. (2019) et al. *Angel Guido. Ingeniero Civil y Urbanista* (73-106). Rosario: Colegio de Profesionales.

Montini, P. (2011). Coleccionismo e historiografía. Ángel Guido y la colección de arte colonial del Museo Histórico Provincial de Rosario. En P. Montini y G. Siracusano, *Ángel Guido* (15-76). Rosario: Anales del Museo Histórico Provincial de Rosario Dr. Julio Marc.

Ocampo, B. (2004). *La nación interior. Canal Feijóo, DiLullo y los hermanos Wagner. Discurso culturalista de estos intelectuales en la provincia de Santiago del Estero*. Buenos Aires: Antropofagia.

Pulfer, D. (2010). Presentación. Rojas. Educación y la cuestión nacional en el Bicentenario. En R. Rojas, *La restauración nacionalista* (13-44). La Plata: UNIPE Editorial Universitaria.

Righetti, O. (1942). Correlaciones continentales y extracontinentales en la prehistoria americana. En *Dos conferencias pronunciadas en Buenos Aires*. Buenos Aires.

Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La Paz: Piedra Rota.

Rojas, R. (2010) [1909]. *La restauración nacionalista*. La Plata: UNIPE Editorial Universitaria.

Rojas, R. (1986) [1910]. *Blasón de Plata*. Buenos Aires: Hyspamérica.

Rojas, R. (1980) [1924]. *Eurindia: Ensayo de estética sobre las culturas americanas* (2 vols.). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Rufer, M. (2011). *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. México D.F.: El Colegio de México.

Taboada, C., y Farberman, J. (2012). Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehistórico tardío y colonial temprano. *Runa*, 33(2), 113-132.

Vasconcelos, J. (1948). *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur* (2.ª ed.). Buenos Aires: Espasa Calpe.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus Correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* (Tomo Primero). Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

Welti, M. E. (2019). La construcción de un programa estético pedagógico americano para la ciudad de Rosario. En R. de Gregorio et al., *Angel Guido. Ingeniero Civil y Urbanista* (pp. 129-158). Rosario: Colegio de Profesionales de la Ingeniería Civil, Monumento Nacional a la Bandera. [https://www.](https://www.monumentoalabandera.gob.ar/uploadsarchivos/angel_guido_ingeniero_civil_y_urbanista.pdf)

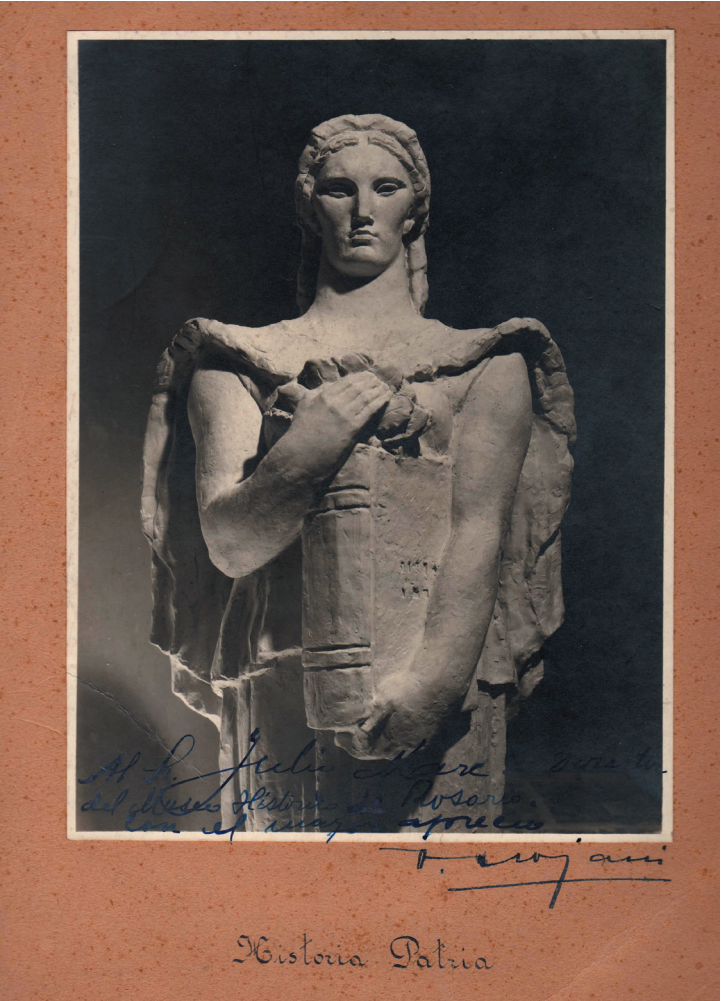
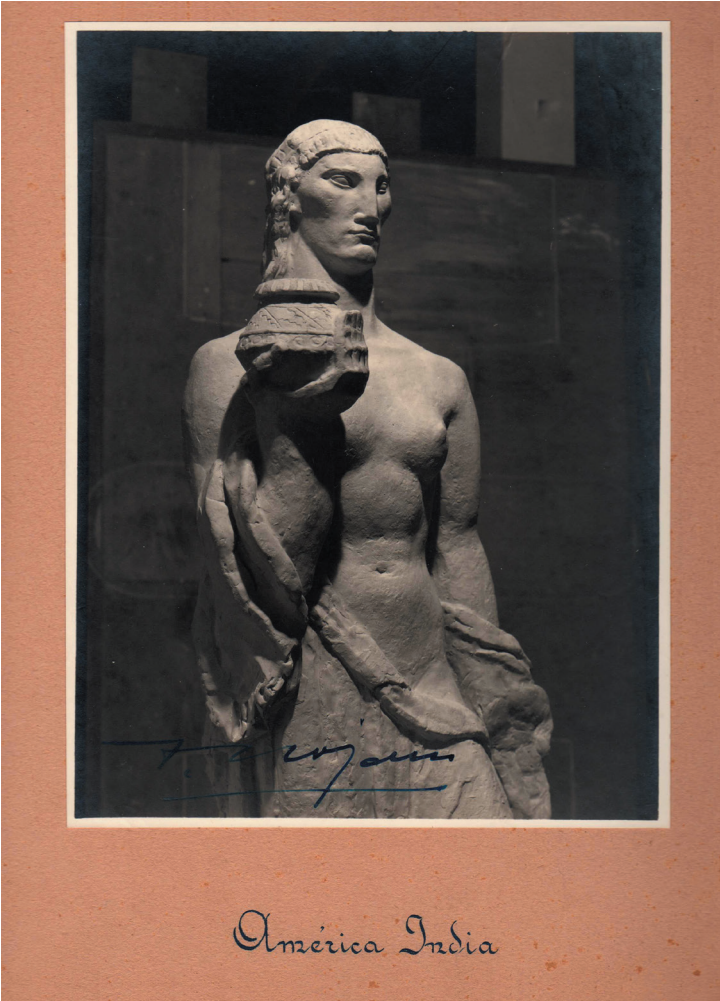
[monumentoalabandera.gob.ar/uploadsarchivos/angel_guido_ingeniero_civil_y_urbanista.pdf](https://www.monumentoalabandera.gob.ar/uploadsarchivos/angel_guido_ingeniero_civil_y_urbanista.pdf)

Zapata, H.M.H., y Simonetta, L.C. (2011). Las configuraciones de sentido en el Museo Histórico Provincial de Rosario a principios del siglo XX: memorias visibilizadas, actores negados y pasados en pugna. *Temas de historia argentina y latinoamericana*, 18, 213-251. <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/11400>

Figura 4
“América India” de Troiano Troiani,
Archivo Museo Marc.

Figura 5
“América Colonial” de Troiano Troiani,
Archivo Museo Marc.

Figura 6
“Historia Patria” de Troiano Troiani,
Archivo Museo Marc.



Ojos de barro.

Arqueología escópica y mirada sobreviviente

Carlos Masotta

“...en arqueología, los ojos son el camino del espíritu.”
D. Wagner , 1932

“...ver algo de la tierra y no siempre cosas importadas
de países extraños”
H. Greslebin, 1923

“...más que lo que ha muerto nos preocupa lo que
ha quedado”
J. C. Mariátegui, 1928

La arqueología escópica

En *Arqueología comparada: Resumen de prehistoria. Una divinidad primordial y universal* (1946), de Emilio Wagner y Olimpia Righetti, dos fotografías retratan a los autores a modo de frontispicio (fig. 1). Fue el último trabajo monográfico en torno a la “civilización Chaco-Santiagoña” que reiteró la teoría sobre su existencia y deriva mundial, a pesar de las numerosas críticas recibidas por arqueólogos y antropólogos desde la publicación en 1934 del lujoso volumen de los hermanos Emilio y Duncan Wagner titulado *La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* (Martínez y Taboada 2011). Las fotografías muestran a los autores rodeados de vasijas y urnas funerarias posando como expertos en el Museo Arqueológico de

Santiago del Estero (Director y Vicedirectora, respectivamente) y su incorporación pudo estar orientada a una contestación muda de aquellas críticas.¹

En la primera imagen Emilio Wagner se ve concentrado, con su cabeza inclinada ante una gran urna depositada sobre una mesa de trabajo cubierta de herramientas. Viste un guardapolvo blanco que lo destaca como figura central sobre los tonos negros y grises de la fotografía. Con su mano derecha toca la parte superior de la urna mientras que, en la otra, sostiene un fragmento de cerámica que observa detenidamente como interrogándolo. Debajo, la otra fotografía muestra a Olimpia Righetti a la manera de la tradicional pose de pintor frente a un caballete con su tela. Sostiene un lápiz o pincel sobre el cuadro de una vasija con diseños geométricos sobre fondo blanco. La otra mano, apoyada sobre la base del cuadro, parece fijar el papel. En contraste con el personaje de la fotografía anterior, la mujer viste de negro y con su rostro especialmente iluminado no observa ni las vasijas ni a su pintura, mira sonriente hacia el espectador.

Ambos retratos guardan algo del eco de las representaciones comunes de los naturalistas viajeros del siglo XIX (Humboldt, Bonpland) que los solían mostrar en grabados o pinturas como agentes del orden entre el caos de la exuberancia del paisaje natural y la acumulación de sus incipientes colecciones botánicas. Pero ahora, y en el interior de un museo, el desorden se ha mitigado y el fotógrafo actuó cuidadoso en establecer relaciones entre las piezas y los cuerpos de los retratados. En el primer caso el investigador fue ubicado dentro de una hilera ascendente de tres grandes urnas (la principal frente a él y dos a su espalda). Más abajo, también detrás suyo, tres urnas más chicas repiten la misma disposición escalonada. A primera vista Emilio Wagner parece un restaurador, pero su consideración especial del fragmento separado ante la gran urna, señala el ejercicio central de la *Arqueología*

¹ “Es casi superfluo mencionar que este descubrimiento nuestro, *de una civilización prehistórica avanzada en pleno Santiago del Estero*, ha suscitado muchas objeciones de parte de quienes no están dispuestos a aceptar esta opinión como la interpretación lógica de los documentos referidos; pero nada es tan difícil de destruir como la realidad que está a la vista.” (Wagner y Righetti 1946, p. 14)

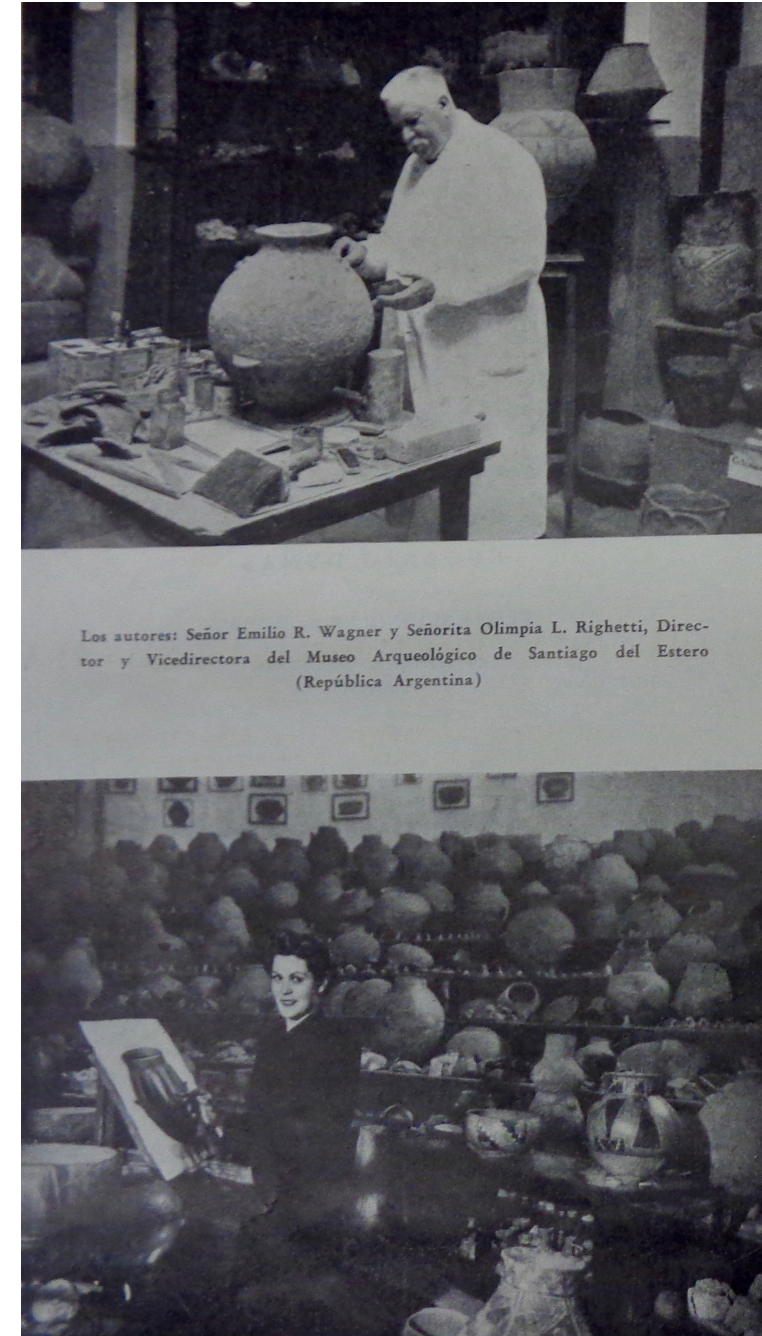


Figura 1 / Emilio Wagner y Olimpia Righetti retratados para *Arqueología comparada* (1946).

comparada: una mirada clínica que coteja. En consecuencia, su figura en relación con las piezas arqueológicas, es discontinua.

En la otra imagen esa relación es inversa. Como si fuera un telón de fondo, detrás de la mujer se despliegan infinidad de urnas y vasijas también dispuestas en forma escalonada pero esta vez a modo de un extenso anfiteatro que cubre el fondo de la imagen y avanzan hasta ella, rodeándola. Sumergida en ese mar de alfarería y dado lo oscuro de su vestimenta, su cuerpo se funde con él por los tonos negros y grises de la fotografía. Solo el rostro y la pintura nos miran con una luz nueva, casi como la del reflector que en una obra de teatro echa su haz sobre su personaje principal a punto de decir algo a su audiencia.

Que *Arqueología comparada...* se abra con tal operación de fotogenia parece comunicar algo más que una simple decoración editorial y algo más también que una legitimación de sus autores. No se trata solo de un empecinamiento autoral por sostener contra viento y marea las tesis originales. Diez años después, algo del interés público por aquella propuesta continuaba vivo: la mayoría de los textos posteriores a *La Civilización...* (Wagner y Wagner 1934) fueron en su origen conferencias públicas; aparecieron también suplementos ilustrados en periódicos (*La Prensa* 1946) e incluso en 1947, un año después de publicado, *Arqueología comparada...* el texto recibió el Premio Nacional de Cultura otorgado por el gobierno nacional a los mejores trabajos de producción regional.

El *affaire* Wagner, además de una hiperbólica teoría, apostó a una Arqueología centrada en la visión y la profusión de imágenes en sus publicaciones. Es elocuente este testimonio de Duncan Wagner:

Evitando digresiones que nos llevarían demasiado lejos, trataremos de provocar vuestro interés por medio de la visión material de las cosas, (...) en arqueología, los ojos son el camino del espíritu. Lo que se ve claramente, se concibe fácilmente y las palabras resultan, así, en cierto modo, superfluas. (Wagner 1932, p. 21)

Más que visual podría llamarse *arqueología escópica*. Es decir, no solo centrada en la visión sino, concomitante a ella, en el ejercicio de un tipo de mirada puesta en juego como lazo comunicante entre imágenes.² El difuso método de investigación bautizado por los Wagner como “geográfico y visual” (Arenas 2005; Martínez 2011b) fue, en verdad, un código de lectura y difusión fundado en la compaginación de imágenes porque su *arqueología comparada* se sostuvo en la interpretación de imágenes simbólicas antes que en la de piezas (o, en todo caso, en la lectura de piezas como imágenes simbólicas).

La arqueología escópica no fue una invención de los Wagner, sino una dimensión de la disciplina que ellos profundizaron, a la vez anacrónica y singularmente, en un momento especial de auge americanista y nacionalista. Esa arqueología que miraba presuponiendo exposición en el espacio público y dirigiéndose hacia una expectación amplificada, se materializó ejemplarmente en la multiplicación de publicaciones profusamente ilustradas, conferencias públicas con proyecciones, suplementos ilustrados en periódicos y revistas, exposiciones de arte con motivos arqueológicos y diseños arquitectónicos americanistas para edificios privados y públicos. Algo de esta arqueología ya se inscribía en las vitrinas de los museos de ciencias naturales y en deslumbrantes publicaciones del último cuarto del siglo XIX, pero con el paso al siguiente siglo el giro americanista la profundizó y revitalizó imponiendo su marca característica.

Para 1920, el campo cultural argentino podía alimentarse de la imagen arqueológica tomándola de un frondoso catálogo en expansión que la atesoraba y clasificaba. Esta pareció ser la dirección hegemónica en la porosidad entre el americanismo nacionalista y aquella ciencia. Excepto el caso Wagner, no hay otro que muestre la adopción de una dirección inversa. Solo lo pudo hacer jugando su carta principal: su método-código visual. La incorporación contundente del registro pictórico desarrollado por Olimpia Righetti en el centro de esa operación no es un dato menor, más aún cuando la fotografía ya era de uso común en las publicaciones de la disciplina.

2 La indagación de los problemas de lo visual conducida a los del campo escópico (Lacan 1964) permite la articulación de la mirada como un acto y proceso social.

Las fotografías que comentamos concentran las dos miradas de esa arqueología escópica (que son una): mientras que la arqueológica coteja fragmentos del pasado, la de la pintura nos interpela desde el campo del arte.

El método “geográfico y visual” como un código se orienta más a la producción simbólica que a la teoría. ¿Qué es, si no, ese extraordinario portal dibujado por Duncan Wagner como frontispicio de *La Civilización Chaco-Santiagoueña* (1934)?; y este fantástico libro, ¿no quiso ser un símbolo?, ¿no se repite el mismo gesto con las dos fotografías que encabezan *Arqueología Comparada...*? ¿Qué hacen Emilio Wagner y Olimpia Righetti con sus poses, sino constituirse en símbolos de su arqueología escópica?³

En aquella época la alfarería indígena fue reinventada como epítome simbólico de americanismo, y la colección Wagner, oportunamente, aportará ese material como ninguna otra. Como explica Laura Catelli (2022) la adquisición de una parte de esa colección por parte del Museo Marc de la ciudad de Rosario, en coincidencia nada casual con la inauguración de su edificio en 1939, se inscribió en la valoración de su guion museográfico. Por tratarse de piezas de alfarería, la asociación entre el ingreso de la colección y la estatua ubicada en el portal del edificio, que se muestra sosteniendo una vasija como alegoría de la “América India”, no pudo ser más directa.

3 Durante la primera mitad del siglo XX en los países del cono sur la conjunción del americanismo con la arqueología había desarrollado un proceso especialmente productivo con la invención y difusión de un universo iconográfico alimentado por la triple colaboración de los campos del arte, la ciencia y la cultura. Este universo fue adoptando la forma de un extenso catálogo del cual tomaban inspiración por igual artistas, arqueólogos y poetas a la vez que colaboraban con su crecimiento, diversificación y difusión. La dimensión lujosa y la parafernalia visual con que fue editado en 1934 el primer tomo de la *La Civilización Chaco-Santiagoueña* operaron como una extensión de la extraordinaria colección de cerámica indígena reunida por ellos junto a Riguetti en Santiago del Estero. Obras anteriores de autores argentinos como la carpeta de la *Excursión arqueológica a la provincia de Catamarca* (1877) (con registros en acuarela reproducidas en fotografías) de Liberani y Hernández, *La Cruz en América* (1901) y *Petrografías y pictografías de Calchaquí* (1931) de Adán Quiroga o la lujosa edición francesa *L'Ancienne Civilisation des Barreaux du Nord-Ouest Argentin* de Salvador Debenedetti (1932), por su especial edición de imágenes fueron importantes antecedentes para los Wagner.

“La mujer del vaso”

Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX la noción de ciencia operó en los museos argentinos un relativo desplazamiento desde una concepción universalista a otra de carácter local y nacional. Relativo, porque antes de reemplazarlas, las cotejó combinándolas de formas singulares. El cambio tuvo importantes consecuencias para la antropología y la arqueología que, al dedicarse fundamentalmente al pasado y presente de las poblaciones indígenas, pudieron vincularse estrechamente con la consolidación de discursos sobre lo nacional y lo provincial en los que esas poblaciones ocuparon un lugar cada vez más destacado como tópico.

Dicho desplazamiento puede notarse con claridad si se compara el frente del Museo de La Plata inaugurado en 1889, con su equivalente del “Museo Histórico Provincial” (hoy museo Marc) de la ciudad de Rosario inaugurado en 1939.⁴

El portal del primero fue coronado con la escultura de un hombre alado suspendido sobre un globo terráqueo que esgrime en alto una palma de la victoria. Con su otra mano realiza lo que parece ser la tarea más importante de la alegoría: levanta el manto que puede inferirse que hasta su llegada cubría al globo. La escultura, obra del italiano Víctor de Pol, ocupa el frontis del monumental edificio neoclásico sobre las grandes letras que anuncian “MUSEO DE LA PLATA”. Se trata de una alegoría reconocida como el genio de la ciencia, aunque también podría llamarse el genio del descubrimiento. Con su acción redundante en el viejo tropo del descubrimiento, tan aplicado por las ciencias y por el colonialismo a partir de 1492, que es usado hasta la actualidad como una imperceptible metáfora fosilizada, como muchos de los restos que guarda ese mismo museo.

El ángel descubre al mundo que tiene a sus pies, pero no lo mira. Su cabeza en alto solo se inclina levemente hacia abajo dirigiéndose más allá, a

4 En 1936 el gobierno provincial decretó la creación de “un Museo Científico en la ciudad, procurando que contenga secciones de historia natural, de etnología y de historia”. En 1937 cambió su denominación por Museo Histórico Provincial. Fue inaugurado formalmente el 8 de julio de 1939 (Montini 2011).

quienes se acerquen al ingreso del edificio. La escultura es emblema y marcación de su portal. Como quien corre un telón ante el público, el ángel descubre y expone a la vez que se expone a sí mismo en esa acción. Como puede notarse, en el museo más importante para la época la representación alegórica de la ciencia decimonónica en Argentina es una figura externa, masculina y de carácter universalista.

Cinco décadas después, el edificio del “Museo Histórico Provincial” de Rosario decorará su frente con tres nichos independientes ocupados por tres alegorías femeninas de pie, obras del escultor Troiano Troiani: “América india”; “Historia Patria” y “América Colonial”. Cada figura presenta y a la vez combina con sus vecinas sentidos de lo temporal (historia) con lo local americano y nacional. En continuidad con el caso anterior, el edificio de Rosario recurrió al elemento alegórico, aunque de género opuesto y no unívoco sino diversificado en tres figuras. Con formas hieráticas, las estatuas se diferencian del ángel del Museo de La Plata representado en acción. Esto último no es un detalle menor. El ángel aparece como un ente mediador que pone al descubierto una verdad científica sobre un objeto que no le es propio; las alegorías, en cambio, cargan toda su representación sobre sí mismas. Cada una porta un objeto como atributo: América Colonial, un barco; Historia Patria, un libro; América India, como dijimos, una vasija. Las esculturas se corresponden con las tres puertas de ingreso que conforman, en grupo, el portal del edificio. Los tres nichos y las tres puertas parecen reforzar más la integración de las figuras, pero en función de una separación estanca. Aquí nos interesa la última. La imagen de una *América India* con su atributo vasija fue producto del enlace de las investigaciones arqueológicas sobre alfarería⁵ con la actividad artística que abrevó en ellas en las primeras décadas del siglo.

Recordemos que en su alegoría barroca, América portaba arco y flecha, a veces adornada con plumas o acompañada por un cocodrilo, o lagarto según la estandarización de Cesare Ripa. El modelo será resignificado por los movimientos independentistas americanos y entrará en desuso hacia el último

5 En Argentina, la alfarería se tornó un objeto relevante para la investigación arqueológica en un proceso iniciado a fines del siglo XIX y consolidado en las primeras décadas del siglo XX.

cuarto del siglo XIX. Iniciado el siglo XX, la vasija junto a un cuerpo indígena femenino será el conjunto novedoso y se volverá casi un cliché de la iconografía americanista local del período post centenario.⁶

La operación es relevante, pues hacia 1900 no existía aun un prototipo visual que se usara para la simbolización de lo indígena en clave nacionalista. El modelo alegórico anterior era inverso, representaba a América por medio de atributos indígenas. La *América India* de Troiani, escultural y monumental, muestra que hacia mediados de 1930 su simbolismo ya se había consolidado en la figura de una mujer portando una vasija.

Veamos brevemente una deriva de ese motivo en la Argentina en la década anterior a la fundación del Museo Marc. Alfredo González Garaño pintó acuarelas que superponían morfológicamente figuras de mujeres, tejidos autóctonos y vasijas para la escenografía del ballet *Caaporá*, basado en un poema de Ricardo Güiraldes sobre una leyenda guaraní (Armando 2009;

6 El motivo de sujetos indígenas y, en especial, mujeres con vasija como cliché en la producción pictórica y escultórica argentina fue característico después del Centenario. Se remite a dos escenas católicas conocidas como “la samaritana” y “Rebeca y Eliezer”, pero nuestro caso parece haber retomado tradiciones pictóricas orientalistas y primitivistas europeas del siglo XIX. Es difícil encontrar ejemplos argentinos anteriores a 1910. La nota “El cántaro americano” publicada en la revista *Caras y Caretas* en 1908 cita a la arqueología local y el caso de la alfarería indígena, pero ilustra con reproducciones de pinturas bolivianas y mexicanas. En los años siguientes la producción de pinturas y diseños con mujeres y vasijas será muy numerosa. En Argentina, una obra inicial pudo ser el Premio Salón Nacional de Bellas Artes de 1912 *Tipos quichuas* de Pompeo Boggio que muestra una pareja nativa portando grandes vasijas. Otros ejemplos relevantes fueron: la ilustración de la tapa del catálogo de la *Exposición de Cerámicas de Arte Americano* (Salón Witcomb), de José Gerbino y Alfredo Guido (1918); la ilustración de tapa de *Música de América*, N°7, (1920) de Alfredo Guido; *El niño del huaco* (1919) de Jorge Bermúdez; La ilustración de José Bonomi de la tapa de la novela *La Venus calchaquí* (1924), de Bernardo González Arrili; *La Chola* (1924), de Alfredo Guido; la ilustración de tapa de Alfredo Gramajo Gutiérrez del catálogo del XVII *Salón Nacional de Bellas Artes* (1927); *Hacia la Chichería* (1928) de José Antonio Terry; *Hilandera india* (1930), de Raúl Rosarivo; *Jujuy* (1937) de Antonio Berni; *La alfarera* y *La Urpila* (1946), de Ramón Gómez Cornet. En su *Monumento a los Andes* (1941), el escultor Luis Perloti representó a un indígena del noroeste argentino abrazado a una vasija con diseños. En su *Promesante jujeña* (1959) la figura no porta una imagen religiosa, sino un huaco.

Babino 2010). La obra no llegó a ejecutarse, pero las pinturas fueron exhibidas en el *Tercer Salón anual de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas de Buenos Aires* de 1917.⁷ Cinco fueron identificadas como *Mujer y vasija* y una como *La mujer del vaso*. Esta última se reprodujo en la carátula de la revista *Martín Fierro* (1924) bajo el título “Arte Americano”. Dos años después, la tapa de la misma revista reprodujo el cuadro de Paul Gauguin *Nave Nave Mahana (día delicioso)*, en el cual una mujer lleva un cuenco en alto. Su figura y disposición guarda mucha similitud con la alegoría “América India”.⁸

En resumen, que el atributo de la *América India* sea una pieza de alfarería no sería un dato menor. El discurso visual del americanismo post centenario produjo con ella un topo de fácil reconocimiento y asociación alegórica femenino-civilizatoria; un singular operador estético, simbólico e ideológico. La aparición de la fabulosa cerámica chaco-santiagueña en aquel momento pareció una respuesta a sus requerimientos a la vez que una confirmación de sus presupuestos.

El caso restableció algo del modelo iconográfico de la anterior alegoría republicana decimonónica, pero invirtiendo también otro motivo desarrollado con asiduidad en la segunda mitad del mismo siglo: hombres indígenas blandiendo lanzas (Morel; Rugendas; Bauchet; Della Valle). Con esta última inversión la nueva imagen adoptaba un componente simbólico, tal vez su carácter más potente. Pueden notarse dos asociaciones del recurso al cuerpo femenino con vasija. La primera, como dijimos, reitera la alegoría de la nación que había logrado difusión continental y nacional. La segunda es novedosa y, mientras que afianza el desplazamiento hacia la feminización, lo connota con poblaciones indígenas que contaron con desarrollo de alfarería: en particular, los pueblos indígenas andinos y mesoamericanos.

7 En esos años la cerámica de inspiración indígena adquiere protagonismo en la mencionada exposición de arte cerámico organizada por la Casa Witcomb y en el *Primer Salón de Arte Decorativo* de 1918. En ambos participaron el escultor José Gerbino y el pintor Alfredo Guido.

8 “La mujer en la obra de Paul Gauguin”, de Antonio Mordini de la revista *Martín Fierro* (1926). En el orientalismo francés encontramos antecedentes: *Mujer Fellah* (Charles Zacharie Landelle 1869) y “Mujer vendiendo agua y naranjas en Heliópolis” (Félix Auguste Clément 1872).

Durante las primeras décadas del siglo XX y luego de las avanzadas militares contra los indígenas de la Patagonia y el Chaco fue notable una nueva tendencia orientada a la feminización de la imagen del indígena en la expansión iconográfica de la época (Masotta 2006). Su asimilación al simbolismo del tradicional cuerpo alegórico femenino se encontrará más abierto y activo que en siglo anterior. Entonces, el cuerpo de una mujer indígena que fue un cliché continental y luego nacional-republicano pasa a otro como “América India” también honorable pero más sumiso que el anterior y, por su nuevo atributo alfarero, incluso más doméstico y hogareño.

El juego alegórico se propone como marcador de temporalidad. La alfarería se incorpora como un descriptor civilizatorio arcaico que reenvía a un pasado precolombino, prehistórico. En el contexto latinoamericano cumple la función de reconocerse en el pasado de los pueblos indígenas de tradición agricultora de México y del altiplano andino a los cuales se aplicaba el calificativo de civilización.⁹

Igual que Ambrosetti y Boman antes, los hermanos Wagner no dudaban de que las manos hacedoras de las vasijas y urnas funerarias habían sido femeninas. Arqueológicamente era difícil comprobarlo aunque la afirmación se aceptaba por inferencia etnográfica en pueblos contemporáneos. Pero para los Wagner aquella mujer no había sido una simple alfarera. En la Introducción de *La Civilización...* se esforzaron en declararlo:

Es evidente que las morenas artistas del Imperio de las Llanuras, cuando hubo sonado para ellas la hora de guardar los pinceles y el desbastador, y de suspender el modelado de la arcilla, obedecieron al decreto del destino sin haber conocido un solo instante de desfallecimiento ni haber llegado a desligarse de las trabas

9 En 1957 la escultura *América Indígena* que A. Blarasín y J. Deharde realizaron sobre bocetos de Ángel Guido para el Monumento a la Bandera de la ciudad de Rosario, repitió el diseño de la *América India* (1936) del frontis del Museo Marc. A sus pies se agregaron representaciones del sol, el maíz y una reproducción reducida de la Coatlicue mexica asociándola así con los Andes y Mesoamérica.

rigurosas que les estaban impuestas por ancestrales tradiciones...

Pero lo que nos está consentido afirmar sin asomo de duda es que la última alfarera que modeló la arcilla en este misterioso imperio hace tanto tiempo extinto, había guardado intacta su fe en la divinidad de su tribu, y se había mostrado hasta el fin celosamente sumisa a la ley no escrita de su raza, que ninguna mujer de su progenie había jamás transgredido. De sus creencias inalterables y de su religioso sometimiento. Ella dejó impresos los símbolos en el último de los frágiles vasos de lucientes colores que salió de sus manos, tan puro de formas, tan fiel a las reglas establecidas, como los que otras como ella siglos antes habían sellado con las mismas signaturas que el tiempo ha respetado, y no podrían ser confundidas con otras.

(...)

Las hábiles obreras que trazaron con la más rigurosa precisión los perfiles de clásica pureza de las hermosas urnas funerarias; que pintaron o modelaron con perfecta simetría las efigies de la divinidad, y dibujaron las elegantes volutas que se despliegan en los flancos de estas soberbias piezas, verdaderas obras maestras del arte cerámico, no habían sido iniciadas en los secretos de su oficio por maestros que ignorasen los principios de las matemáticas y de la geometría...

Para la alfarera precolombiana el frágil vaso que supo modelar amorosamente, una vez que lo había decorado de figuras hieráticas pintadas con vivos colores, asumiría vida de esencia divina; es más: intervendría en las relaciones entre el creador y su criatura. (Wagner y Wagner 1934, pp. XLIII – XLIV)

Mediante una dosis del código visual Wagner, la “alfarera precolombiana” se confunde con la naturaleza propia de las urnas y sus diseños: sin contaminaciones ni decadencia, puras y fieles a sí mismas. Era artista, religiosa y patriota, estricta observadora de reglas, iniciada en secretos conocimientos

matemáticos y geométricos. Esta imagen trasciende la figura común de la mujer que transporta o posa con un cántaro. La “alfarera precolombiana”, especie de virgen arcaica, es en sí misma un símbolo, una alegoría.

Hacia el final de esta Introducción se incluyó la imagen de “una joven mexicana según las láminas de la Historia de Indios del Padre Durán (reconstrucción de Désiré Charnay)”¹⁰ (fig. 2). El tortuoso circuito de esa imagen muestra algo del tipo de operaciones en juego. Un artista francés ilustró una “muchacha tolteca según tipos de indígenas modernas y de las ilustraciones de la Historia de Indias del Padre Durán”, como declara el epígrafe de Charnay. En verdad, en la imagen creada por Fritel ni los dibujos del vestido, ni la forma de la vasija (¿una jarra oinochoe clásica?) reproducen diseños indígenas. La imagen está más orientada al establecimiento de criterios estético- raciales antes que culturales. El rostro moreno y bello da el carácter honorífico al cuerpo indígena. Más que a la alfarera, su inclusión en el libro de los Wagner remite a una serie de principios morales dados por los padres a las hijas toltecas, según el registro de Sahagún. Hacia el final de la Introducción de *La Civilización...* la extrapolación entre imágenes y textos no podía ser más extrema en la imaginación de una figura arcádica.

El rostro-fragmento

Si el explorador abandona las regiones más o menos pobladas para hundirse en las soledades boscosas del Chaco de Santiago del Estero, *no pasará mucho sin que descubra* alguna pareja de grandes águilas... *Alce la vista y otros de estos corsarios del aire se mostrarán a sus ojos.* (...) Cuando los fuegos de los campamentos se encienden en la llanura, el búho, blandamente llevado sobre

10 Se trata de un grabado del francés Pierre Fritel, tomado por los Wagner de *Les Anciennes villes du Nouveau Monde: Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique* (Charnay 1885), un lujoso libro que contó con más de 200 grabados y que, sin duda, inspiró el formato de *La Civilización...*

Figura 2 / “Joven mexicana”, Figura XXXII de *La civilización chaco-santiagueña* (1934) de los Hermanos Wagner.



sus anchas alas, cruzará su ruta, el chotacabras se alzaré sin ruido al paso de su caballo... A veces, el reclamo melancólico del cacuy, semejante a la queja de una mujer extraviada en la noche, le recordará las poéticas leyendas...

Pero ¡cuánto más vivamente no será *atraída su curiosidad* si un feliz azar viene a *poner de pronto ante sus ojos* algunas bellas piezas de alfarería semiocultas entre las hierbas, o una urna funeraria que el golpe de pala de un obrajero o de un carbonero ha *sacado a la luz*! ¡Cuál no será su sorpresa al encontrarse en ellas, modelados, pintados o grabados, sobre la greda (figs. 40, 41 y 42), a aquellos mismos comensales de la selva que, animados de todas las fuerzas de la vida, atraieron a menudo, mientras iba caminando, *sus miradas*.

Estos arcanos del pasado evocarán en su espíritu *la imagen de otros hombres* —desaparecidos en lejanos siglos, hace acaso millares de años—, que siguieron el vuelo del águila en el cielo, escucharon el grito del búho y *vieron desenroscarse los anillos de la serpiente*...

Recordará también que bajo lejanos cielos, en el otro extremo del mundo, las antiguas razas del pasado se complacían, a su vez, en representar sobre sus vasos sagrados el ave de Júpiter... En los flancos de la urna funeraria, modelaban la divinidad antroponitomorfa destinada a volverse un día la diosa protectora de Atenas, la Minerva “de ojos de lechuza” de Hissarlick y de Micenas y pintaban sobre las paredes de los hipogeos reales de Tebas y de Memfis la lucha entre el águila y la serpiente que se encuentra representada en las piezas de alfarería de Santiago del Estero.” (Wagner y Wagner 1934, p. 43, el destacado es mío)

Lo que llamamos arqueología escópica pudo orientar a los Wagner en la búsqueda de la “divinidad antroponitomorfa” de la civilización chaco-santiagueña como su figura emblemática. Pintada o labrada en urnas y vasijas, en esculturas antropomorfas de cerámica y repetido su rostro,

fundamentalmente sus ojos, en numerosos fragmentos, la divinidad les permite unificar a la civilización chaco-santiagueña y a la vez exponer el método geográfico-visual en todo su dominio. No es casual que su figura sea la protagonista en el llamativo portal que Duncan Wagner ideó como frontispicio para *La Civilización...* como tampoco que, más de una década después, *Arqueología Comparada...* se abra fotográficamente con la mirada de sus autores y se cierre con la imagen del ojo egipcio “De la tumba de la princesa Etín-Ny” de Tebas.

En todo el orbe, por doquier llevemos la vista y removamos el pasado, encontramos los rastros de esa divinidad primordial. Su mano o su pie, su pata de pájaro sagrado, su perfil con pico de pájaro, sus ojos redondos de lechuza, su cara humana sin boca, se vuelven a encontrar de un extremo al otro de la tierra. (Wagner y Righetti 1946, p. 19)

La redundancia en la evaluación visual del asunto se encuentra con la reiteración de los ojos en las figuras de la divinidad y ambos confluyen en la compaginación singular de la propuesta arqueológica. Allí el método geográfico-visual se vuelve codificación de textos e imágenes en una relación poco frecuente en los escritos científicos. Es decir, las imágenes no solo ilustran lo escrito sino que se imponen a él acompañadas por extensos epígrafes.

Veámoslo brevemente en un ejemplo. El capítulo III, *La divinidad proteiforme, primordial*. —*Sus características*.— *Propagación universal de su culto*, se inicia con la enumeración de características de la deidad. Las páginas contiguas suman una parafernalia de imágenes de piezas de metal y de cerámica que sin explicación previa intervienen por sí mismas. Debajo de la imponente imagen ampliada del fragmento de una vasija (fig. 3) se declara:

Fig. 6. La “Divinidad Plañidera”. Sus rasgos típicos, están constituidos: por una serpiente en relieve que se prolonga hacia abajo después de dibujar los arcos superciliares; por el pico

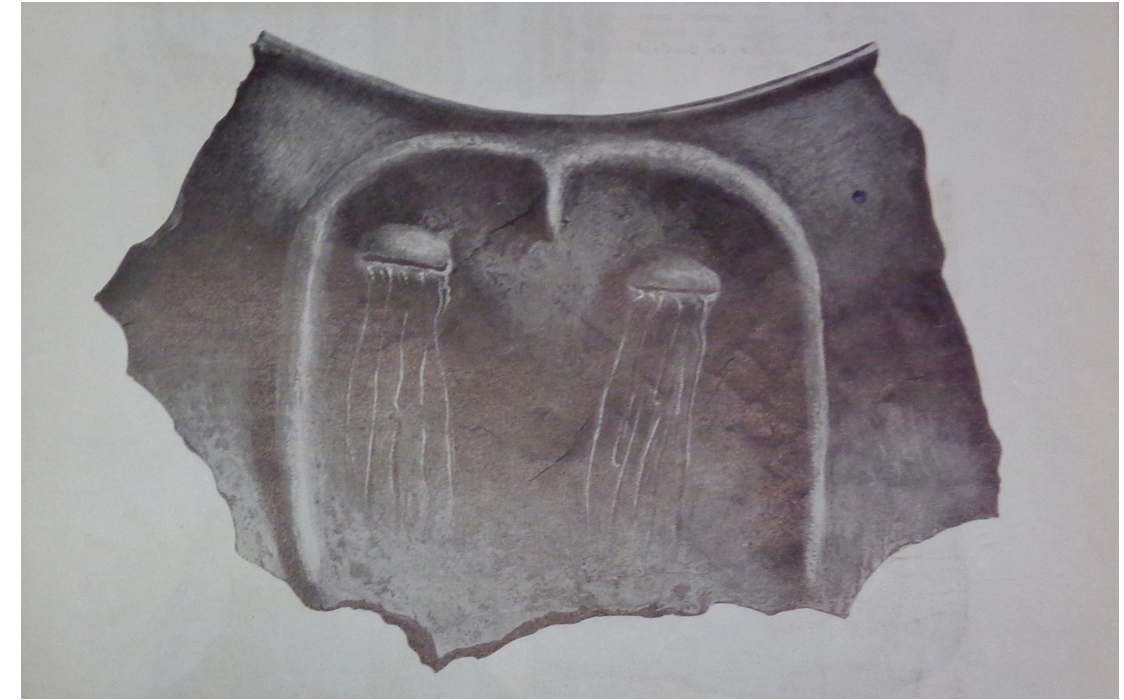


Figura 3 / Deidad plañidera, en *Arqueología comparada* de Emilio Wagner y Olimpia Righetti (1946, p. 19).

de pájaro y por sus ojos que derraman abundantes lágrimas humanas. Fragmento de una urna funeraria. Las Domínicas, Santiago del Estero. Museo Arqueológico de Santiago del Estero. Tamaño natural. Colección Wagner.

La operación de *inserts* de imágenes casi autónomas en el texto adopta una modalidad de muestrario explicativo que comparte con revistas y suplementos ilustrados de periódicos de la época. Su objetivo (y su atractivo) es hacer como que las imágenes hablaran.

Este método de observación e ilustración encontró en el rostro de la deidad un importante punto de apoyo, a la vez que pareció espejarse en los ojos de esa figura. Ellos se repetirán una y otra vez como parte de urnas funerarias y en infinidad de fragmentos cerámicos. La ampliación de uno de estos rostro-fragmento que comentamos en la figura 6 es el inicio de una extensa serie que redundará en el texto. En *La Civilización...* ya se les había adjudicado un lugar destacado llenando con más de cien de ellos numerosas láminas en colores. En tal reiteración su naturaleza fragmentaria, paradójicamente, se completa en la conformación de un solo rostro repetido una y otra vez.

La sobrevivencia de estos rostro-fragmentos podría confirmar un tipo de fabricación que les habría permitido perdurar a lo largo del tiempo casi por sí mismos y más allá del cuerpo de las urnas funerarias de los que formaron parte en el pasado (figs. 8-11). Ellos muestran como sus ojos fueron contenidos por exagerados arcos superciliares que formaron la estructura de cerámica robustecida que, de alguna manera, los protegió haciéndolos llegar hasta la actualidad a pesar de su fragilidad. Una mirada sobreviviente que en su abrumadora reiteración hechizó a los mismos arqueólogos que tal vez hayan llegado a adorarla.¹¹ Así, la divinidad fue buscada, descripta y reproducida con esmero, pero sin mayores interpretaciones de su simbolismo, casi como suele suceder en un culto.

La figura contrasta su supuesta capacidad metamorfósica con un reiterado acento en los ojos: humana, animal y/o mixta, en la mayoría de sus apariciones, sus ojos se reiteran de frente. Con la identificación de ese diseño como una única deidad, los Wagner le dieron organicidad tanto a su civilización como a su teoría. Relevaron sus formas e insistieron en señalar su importancia como centro simbólico y religioso de aquella cultura nativa. Unificaron lo diverso de las imágenes interpretándolas como una unidad tripartita testimonio evidente de un “noble” culto monoteísta¹², pero los aspectos

11 “Inclinándose (el explorador) con cierta piedad sobre estos dioses rotos cuyo polvo pisa, ha de tratar de comprenderlos mejor y, si es posible, amarlos.” (Wagner y Wagner, 1934, p. 44)

12 “...mientras más se acercan las creencias de una comunidad humana al monoteísmo mayor es su tendencia a depurarse y ennoblecerse.” (Wagner y Wagner 1934, p. 44)

simbólicos quedaron siempre retrasados en el análisis. Efectivamente, no se encuentran mayores comentarios al respecto más allá de las asociaciones morfológicas con el cuerpo humano o de animales. En 1934 habían anunciado la publicación de un segundo tomo de su obra monumental que se dedicaría especialmente a dichos aspectos. Ese tomo nunca se realizó y en cambio, en los escritos posteriores se profundizan las asociaciones con pueblos extra americanos. En resumen, la teoría de la difusión se impone a la del significado y el método “geográfico y visual” muestra así sus limitaciones respecto a lo primero y su alcance ilimitado a lo segundo.

En tal esquema los reiterados ojos de la deidad solo fueron considerados como atributos *raciales*,

En Santiago del Estero la divinidad posee, sin excepción alguna, ojos colocados horizontalmente, o de forma redonda, como los de la lechuza. Recordemos que en Santiago del Estero no se ha superpuesto ninguna otra civilización, lo que explica la unidad de raza que allí encontramos.

En el noroeste argentino, por el contrario, la divinidad tiene más particularmente ojos de forma almendrada y colocados en posición oblicua aunque encontramos también la representación de la raza anterior; sus rasgos en general tienen un aire mogólico inconfundible que suele estar acentuado por la conformación amplia de la cara, por los pómulos salientes y la pequeñez de la boca. (Wagner y Righetti 1946, p. 29)

Entendieron también que al estar los ojos frecuentemente marcados por lo que serían lágrimas o tatuajes faciales algo más sucedía con ellos¹³. Pero

13 Sin pruebas contundentes se suelen interpretar estas marcas como lágrimas. Se trataría, entonces, de una “divinidad plañidera”. Ya habían sido entendidas como tatuajes faciales antes de la publicación de *La Civilización...*: “Esta hipótesis aunque menos brillante, es la más normal si tenemos en cuenta la costumbre aún existente en los pueblos indígenas contemporáneos.” (Wagner 1928, p. 71). Con posterioridad solo aceptarán la teoría de las lágrimas.

solo mencionan que se trata de ojos llorosos pertenecientes a una *deidad planífera* como ya la había identificado Adán Quiroga sobre urnas calchaquíes (1896, 1898).

El lugar reiterado dado a los ojos en las representaciones de la cerámica y otros objetos arqueológicos de la región andina había sido objeto de especial atención para la arqueología del último tramo del siglo XIX. Quiroga, asociaba las supuestas lágrimas a la lluvia e incluso a trazos que indicarán la dirección de la mirada del ídolo (1898). Juan Ambrosetti (1896, 1897, 1899) había avanzado sobre ese simbolismo en diálogo con Adán Quiroga quien posiblemente haya sido el primero en reparar en la mirada de esos rostros. Quiroga había considerado la presencia de una deidad de la muerte o del rayo, mientras que Ambrosetti fue un poco más allá con la sugerencia de que se trataría de una representación del muerto, dada una creencia popular local en el doble del espíritu. Observó la otra característica reiterada de las cejas pronunciadas y, en muchos casos, continuadas como líneas que enmarcan la figura más allá de los ojos. Propuso llamarlas *arcos fúnebres* que anunciarían la inminente calavera del difunto.

En *La Civilización...* se citan los antecedentes de Quiroga y Ambrosetti pero nada se dice de esto último de las significaciones. Esas opciones (deidad mortuoria, del rayo o doble del muerto) conducirían al fetichismo o politeísmo, creencias contrarias a la teoría wagneriana de una deidad única y confirmatoria de que trataban con los restos de una *verdadera civilización*.

Nunca sabremos con exactitud si tales arcos merecen el nombre de fúnebres o si las líneas de los ojos representan lágrimas. Lo que ha llegado hasta nosotros es esa intención por enmarcar los órganos de la visión otorgándoles el poder especial que sin duda tuvieron.

Con los Wagner, algo de ese poder pareció volver a la vida en una singular diseminación de los rostro-fragmentos como logo. En una incompleta síntesis podemos señalar la inclusión de tal efigie en la tapa del número inicial de la revista *La Brasa*, que anunció el descubrimiento arqueológico en 1927; en la tapa de la publicación de la conferencia dada en el Centro Naval en 1932; la figura trascendió la temática arqueológica en la ilustración de tapa de dos

libros de Bernardo Canal Feijóo (traductor de *La Civilización...*): *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago* (1937) y *Mitos perdidos* (1938) (figs. 4 y 5).

Al rostro de la deidad se le había dado una espectacular y anacrónica apo-teosis en 1934 con el portal dibujado por Duncan Wagner para el inicio de *La Civilización...* que mencionamos arriba.

Sobre toda la composición y en sus distintas versiones la enigmática mirada se repite abrumadoramente. En el eje transversal superior se reproduce en seis estatuillas antropomorfas diferentes; sobre cada columna aparece en tres de sus figuras de pájaro y muchas de serpiente. Redundando, al pie del portal monumental vuelve a aparecer en una gran vasija acompañada de otras menores y numerosos tiestos. Desde el centro de la estructura ella nos mira dominante y, en su forma primigenia, solo parece tener al escudo nacional como mayor autoridad (fig. 6).

Casi toda la composición del portal fue pintada en tonos grises, blancos y negros mientras que el paisaje llano que lo circunda fue representado en colores. El color ha contagiado a algunas de las piezas que se acumulan (¿desenterradas?) en el suelo. También en colores fueron destacados los escudos nacionales y provinciales. El contraste cromático remite a la idea de un pasado remoto que comienza a reemerger (aunque muerto y en sus restos) en el presente de ese paisaje.

Este juego de temporalidades antes que historiográfico o arqueológico es poético. Es decir, da inicio al texto con sus propias reglas de seducción por figuras. Como si anticipara en el inicio del libro, un código de lectura que deposita en las imágenes el lugar central de una mirada que debe detenerse y creer en ellas para la comprensión de su verdad.¹⁴

14 La poesía no ocupó un lugar menor en el *affaire* Wagner (Ocampo 2004, 2007; Martínez 2011). La presentación de la revista *La Brasa* (1927) de los “notables descubrimientos arqueológicos” fue acompañada de los poemas *El sueño de Icaro* de D. Wagner y *Pueblo extinto que naces* del santiaguense H.G. Rava: “Pueblo extinto que naces/otra vez a la vida;/los sabios buscadores te hallaron/ y te sacan a ver la luz del día/para llevarte luego a adornar los museos de pulidas vitrinas. ...”. El mismo año, durante las excavaciones en Llajta Mauca, los Wagner compusieron el poema *La Vision des Races* (Ocampo 2004).

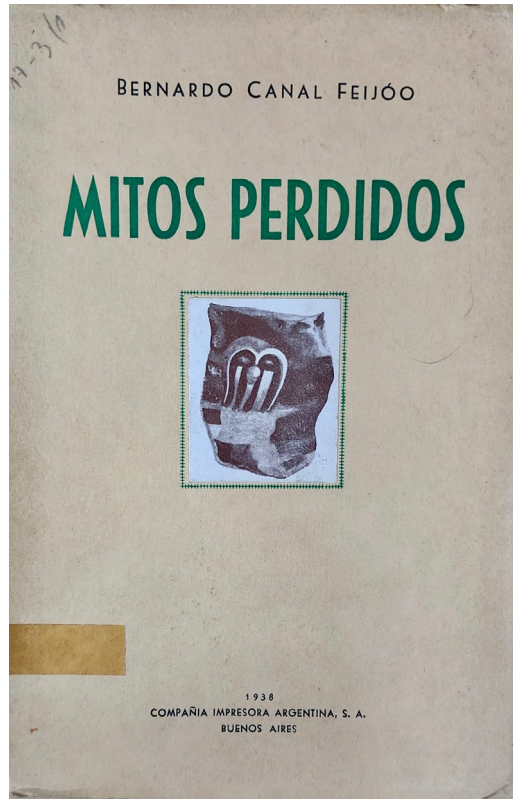
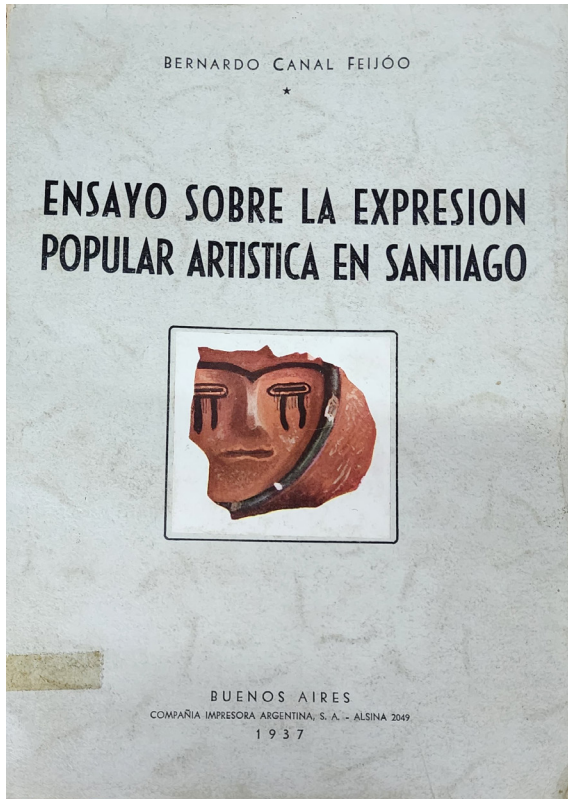


Figura 4 y 5 / Tapas de libros de Bernardo Canal Feijóo con representaciones de la Divinidad.



Figura 6 / Portal diseñado por Duncan L. Wagner para *La civilización chaco-santiagueña* (1934).

Efectivamente, la marcación del inicio de un libro de arqueología de esa manera, sugiere que antes que un señalamiento de la materia específica a tratarse, responde a la apertura con un juego particular de temporalidades. El frontispicio de *La Civilización...* inscribe una anacronía por lo menos triple. Su recurso remite a la autoridad de una vieja tradición de la cultura impresa europea de los siglos XVII y XVIII que ya incorporaba a su inspiración mitos y simbologías de la antigüedad clásica en la que sus sofisticados diseños se apoyaban. En tercer lugar, y más relevante aquí, con la inclusión de los escudos nacional, provincial y de la ciudad de Santiago, volcaba esa parafernalia al terreno del discurso identitario (nacional, provincial y urbano) en ciernes.

Un antecedente al diseño del frontispicio de *La Civilización...* pudo ser la carátula de la *Revista del Archivo de Santiago del Estero* (1928): a la izquierda, un pilar simbólico con los escudos nacional y provincial junto a un indígena de pie con lanza, en sombra y casi de espaldas que mira hacia la otra orilla de un río, atravesado por un moderno puente, donde a lo lejos el sol del amanecer avanza detrás del perfil de una ciudad (fig. 7).

Como en el juego de plano y contraplano de un film, ambos portales parecen sugerir miradas distintas pero complementarias. Historicista, el de la revista nos propone la perspectiva de un simbólico indígena que, en retirada, mira la llegada del progreso. Arcaico, y como si ubicara al espectador ahora en la orilla opuesta de aquel río, el de *La Civilización...* expone un paisaje donde aquella mirada indígena se ha trastocado en resto arqueológico nacional y provincial.

Esta incorporación fue un conjuro sobre el poder de su sobrevida. Luego de las excavaciones, nadie podía desconocer que aquella mirada había sido modelada para enterrarse y ser ocultada de otras que, sin embargo, previó: las nuestras.



Figura 7 / Carátula de la *Revista del Archivo de Santiago del Estero* (1928).

Bibliografía

Armando, A. (2009). Un sortilegio guaraní. *SEPARATA*, 9(14), 15-41.

Arenas, P. (2005). En la noche de los Tiempos: Emilio y Duncan Wagner en el campo de profesionalización de la arqueología. *Mundo De Antes*, 4, 159-187.

Babino, M. (2010). *Caaporá. Un ballet indígena en la modernidad*. Buenos Aires: Banco Galicia-Van Riel.

Canal Feijóo, B. (1937). *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago del Estero*. Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

Canal Feijóo, B. (1938). *Mitos perdidos*. Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

Catelli, L. (2022). El mestizaje en el museo: Un acercamiento con inflexión subalternista a la colección chaco-santiagueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13, 95-129.

Debenedetti, S. (1932). *L’Ancienne Civilisation des BARREALES du Nord-Ouest Argentin*. París: Les Éditions G. Van Oest.

Lacan, J. (1964). *El seminario de Jacques Lacan: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (Libro 11)*. Buenos Aires: Paidós.

Liberani, I., y Hernández, R. (1950). *Excursión arqueológica en los valles de Santa María, Catamarca, 1877*. Tucumán: Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Tucumán.

Martínez, A. T. (2011a). ¿Un campo intelectual en Santiago? En A. T. Martínez, C. Taboada, & A. Auat, *Los Hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía* (29-123). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Martínez, A. T. (2011b). El Sabio naturalista y la intuición artística. En A. T. Martínez, C. Taboada, y A. Auat, *Los Hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía* (215-234). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Martínez, A. T., y Taboada, C. (2011). Conceptos teóricos que obstaculizan la mirada. En A. T. Martínez, C. Taboada, y A. Auat, *Los Hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía* (319-364). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Masotta, C. (2005). Representación e iconografía de dos tipos nacionales. El caso de las postales etnográficas en Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX. En *Arte y Antropología en la Argentina*. Buenos Aires: Espigas.

Montini, P. (2011). Coleccionismo e historiografía: Ángel Guido y la colección de arte colonial del Museo Histórico Provincial de Rosario. En *Anales del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc”* (15-76).

Ocampo, B. (2004). *La nación interior: Canal Feijóo, Di Lullo y los hermanos Wagner: el discurso culturalista de estos intelectuales en la provincia de Santiago del Estero*. Buenos Aires: Antropofagia.

Ocampo, B. (2007). La interpretación del descubrimiento de la Civilización Chaco-Santiagueña de los Hnos. Wagner; la temporalidad en la teoría y en la existencia de los sujetos (arqueólogos). *Trabajo y Sociedad*, 8(9), 1-13.

Quiroga, A. (1896). Antigüedades calchaquíes. La colección Zavaleta. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 17, 177-210.

Quiroga, A. (1898). El simbolismo de la cruz y el falo calchaquí. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 19, 327-343.

Quiroga, A. (1901). *La cruz en América (Arqueología Argentina)*. Buenos Aires: Imprenta y Litografía La Buenos Aires.

Quiroga, A. (1931). *Petrografías y Pictografías de Calchaquí*. Tucumán: Universidad de Tucumán.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* (Tomo I). Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1946). *Arqueología comparada: Resumen de prehistoria. Una divinidad primordial y universal*. Buenos Aires: Peuser.



Figura 8 / Nro. 262 - Divinidad plañidera en el cuello de una urna funeraria, lleva la nariguera.
Pág. 113: **Figura 9** / Nro. 264 - Estilización de la divinidad antro-po-ornito-ofídica.





Pág. 114: **Figura 10** / Nro. 268 - Estilización de la divinidad antro-po-or-ni-to-ofí-dica.
Figura 11 / Nro. 272 - Estilización de la divinidad antro-po-or-ni-to-ofí-dica.

**Ni extinto imperio de las Llanuras,
ni “tribus errantes de indios”:
las sociedades indígenas de la
llanura santiagueña en el momento
de la conquista hispana entre la
historia y la arqueología**

Judith Farberman

Introducción

En 1934, Emilio y Duncan Wagner publicaban *La civilización chaco santiagueña y sus correlaciones con las del viejo y nuevo mundo*. Sus postulados son conocidos y han sido abordados en años recientes: abonaban la existencia de un anti-quísimo y extinto “imperio de las llanuras”, del todo desvinculado con los lules y juríes de las crónicas tempranas (Wagner y Wagner 2015; Martínez, Taboada y Auat 2003; Arenas 2005; Catelli 2022). Cinco años más tarde, un grupo de especialistas convocados por la *Sociedad Argentina de Antropología* se encargaba de desterrar a los pioneros arqueólogos franceses del emergente campo científico disciplinar (*Relaciones* 1940). La evidencia más sólida para desarticular los argumentos de los hermanos provenía, precisamente, de los textos que aquéllos habían desestimado.

Antonio Serrano, Francisco de Aparicio, Enrique Palavecino y Ricardo Caillet-Bois (en *Relaciones* 1940) habían apuntado, en efecto, a la identidad entre los hacedores de la cerámica exhumada por los Wagner y los grupos clasificados por conquistadores y eclesiásticos como juríes, diaguitas o lules. Extensas citas textuales describían a pueblos sedentarios y agricultores distribuidos (en algunos casos hipotéticamente) sobre la diagonal fluvial, siguiendo un patrón de asentamiento –que combinaba túmulos y represas– no

apartado del esbozado por los arqueólogos pioneros en sus croquis y dibujos. En una operación simple, los imperios desaparecidos eran reemplazados por haces de “elementos culturales” (que iban de los “tejidos” y las “flechas envenenadas” a los “adornos” y “liebres” mencionados en las fuentes del siglo XVI) que emparejaban los hallazgos wagnerianos y las descripciones de eclesiásticos y conquistadores. El imperio sin tiempo cabía en una tabla y también las sociedades indígenas de las llanuras santiagueñas, ahora reificadas, en un breve conjunto de etiquetas.

Sin embargo, despojadas de sus connotaciones más fantasiosas, las investigaciones de los Wagner han servido de punto de partida para la arqueología moderna de la provincia. Entre otros méritos, Constanza Taboada y Ana Teresa Martínez (2003, pp. 171-178), les han atribuido la iniciativa de explorar en términos arqueológicos un territorio hasta el momento virgen, la pericia de las detalladas ilustraciones y la cuidadosa descripción de los túmulos -de los que reconocieron, en muchos casos, el origen antrópico- así como las advertencias sobre las disimilitudes en la cultura material. Fue sobre estas bases que, entre otros, avanzaron posteriormente Henry Reichlen, Roque Gómez y Ana María Lorandí. Asimismo, los pioneros dejaron frondosas colecciones, que han sido en época reciente objeto de nuevas miradas y sostén de hipótesis novedosas (Taboada y Angiorama 2008). En suma, aunque las poblaciones nativas de las llanuras de Santiago se encontraran lejos de conformar imperios, no hay duda de que esquivaban las clasificaciones más simplistas. Y los pioneros lo habían advertido.

Restituirles la historia a estas sociedades indígenas –una intención que, por cierto, no era la de los Wagner ni la de sus detractores– requiere de una perspectiva interdisciplinaria, que combine materialidades e información escrita y las piense de manera dinámica y en su interacción con otros colectivos. En esa relación historia/arqueología busca inscribirse este trabajo, síntesis de las investigaciones que, por más de diez años, venimos realizando en colaboración con Constanza Taboada (Farberman y Taboada 2012; Taboada y Farberman 2014; Taboada y Farberman 2018; Farberman y Taboada 2018, entre otros). Nuestras indagaciones han recorrido diferentes problemáticas

–desde los rótulos aplicados a las sociedades indígenas y sus pretendidas correlaciones con “culturas arqueológicas” hasta las formas de consecución de agua en la llanura santiagueña y desde ella al interior del Chaco– y se han valido del diálogo –nunca sencillo– entre evidencias de distinta naturaleza. Los resultados más y menos recientes del trabajo de campo arqueológico nos han servido para interrogar tanto a las fuentes clásicas sobre Santiago –producidas en el momento de las entradas y de la conquista hispana y citadas ya por los detractores de los Wagner– como a otras más tardías –las jesuíticas del siglo XVIII y focalizadas en el territorio chaqueño–. Así pues, las poblaciones de la llanura santiagueña que esperamos presentar a continuación surgen de esas miradas cruzadas, siempre sesgadas, siempre dubitativas.

El poder de los nombres

“(…) que en el seno de las desoladas soledades de los Chacos, o sobre las márgenes del Dulce o del Salado, donde sólo vieran errar miserables tribus de lules y juríes, sin otras prendas para velar sus desnudeces que algunas pieles de bestia, collares y cinturones de plumas de avestruz, hubiese existido un poderoso imperio densamente poblado y dueño de una altísima cultura, era cosa que no hubiese cabido en su espíritu” (Wagner y Wagner 2015, I, p. 63)

Los hermanos Wagner no habían bautizado a los sujetos creadores de su mítica civilización, que la “noche de los tiempos” se había tragado (Arenas 2005). Se apresuraron, en cambio, a descartar cualquier relación entre ellos y los errantes “lules” y “juríes” que les habían sucedido en un momento indeterminado. Como tantos otros, lules y juríes eran rótulos por lo menos equívocos y, en este punto, quizás los pioneros hubieran acertado al evitarlos. Sin embargo, alguna resonancia tenían los etnónimos para los actores: les evocaban territorios, lenguas, modos de vida, formas de vestirse, identificaciones

preliminares... Aunque aferrarse a los nombres pueda ser una prisión, desestimarlos por completo equivale a desperdiciar valiosos indicios.

“Provincia del Tucumán, Juríes y Diaguitas” fue la primera denominación que recibiera la futura jurisdicción administrativa. Según Lorandi, el Tucumán –españolización de Tucuma o Tucma– “pudo ser la denominación local que se daba a la prolongación meridional del Omasuyu o Umasuyu boliviano” (Lorandi 2015, p. 69). Se trataba, por lo tanto, de un topónimo que cubría una amplia región sobre cuyos confines todavía se especula. En cambio, “juríes” y “diaguitas” eran etnónimos –referidos a los habitantes del Tucumán o a una porción significativa y aún mayoritaria de ellos– y buena parte de las fuentes hispanas más conocidas los aplican a sociedades definidas por el contraste entre sus lenguas y su cultura, respectivamente chaqueña y andina.

Al igual que otros etnónimos, el de “jurí” –que apuntaba al vestido de plumas de sus portadores– fue reemplazado con el tiempo por otros más precisos y denotativos de diferencias culturales (Lorandi 2015, pp. 70-71). Fue así que las categorías de “tonocoté” y “lule” tendieron a reemplazar a la de “jurí” en los textos posteriores a la conquista hispana. Por otra parte, del mismo modo que los “juríes” eran contrastados con los “diaguitas”, los “tonocotés” aparecían como enemigos irreductibles de los “lules”. En efecto, mientras los primeros eran descriptos como labradores sedentarios –rasgos definitorios en tanto que “elementos culturales” para los críticos de los Wagner– los segundos eran móviles como “alarves”, una suerte de piratas terrestres que atacaban las aldeas indígenas. Y a la vez, las mismas fuentes acercaban a “tonocotés” y “lules”: el presunto origen chaqueño, la identidad “jurí” y las lenguas que, aunque diferentes, eran inteligibles entre sí¹.

La investigación etnohistórica ha avanzado en la comprensión de estas relaciones, que las fuentes escritas presentaban como exclusivamente

¹ Estas fuentes han sido reproducidas en muchas oportunidades y, de hecho, los detractores de los hermanos Wagner les dedicaron muchas páginas a su transcripción. Por nuestra parte, consultamos a Sotelo de Narváez y a Alonso de Barzana (en Berberian 1987, pp. 251-43 y pp. 251-263, respectivamente).

conflictivas. Lorandi (2015) demostró cómo no todos los lules eran nómades y, combinando evidencia textual y arqueológica, postuló la existencia de aldeas biétnicas en las que la integración cultural habría confundido incluso a la clasificatoria mentalidad hispana. Por su parte, Castro Olañeta (2013) hipotetizó que determinados grupos tonocoté pudieron aliarse con los españoles para defenderse de los hostiles “alarves” y que la fundación de Santiago del Estero bien podía ser fruto de aquel acuerdo.

Por fin, los “diaguitas” conformaban el tercer grupo que, siguiendo las crónicas tempranas, poblaban (también) las llanuras santiagueñas. Además de las referencias a la “provincia de los yugitas” –cuya localización exacta discutían los historiadores–, dos fuentes clásicas –las descripciones de Alonso de Barzana y de Pedro Sotelo de Narváez– dividían a las aldeas de la diagonal fluvial entre “tonocotés” y “diaguitas”, situados estos últimos en las sierras del sur y en algunos pueblos sobre el río Dulce.² Cabe recordar que, así como buscaban diferenciar a su civilización de los “lules” y “tonocotés”, los Wagner esperaban desmarcarla también de los “diaguitas” valliserranos que, como aquellos, habían aparecido de la nada:

En los valles andinos de la Argentina, en los confines del Imperio de los Incas, ya vacilante, vivían en la época de la conquista española poblaciones indomables y batalladoras, diríase que apenas salidas de la barbarie primitiva y que jamás habían sufrido, dígame lo que se diga, la dominación peruana. En estos mismos valles, otros pueblos de cultura mucho más elevada, que practicaban el enterramiento secundario en urnas suntuosamente decoradas de pinturas simbólicas, habían precedido a los belicosos calchaquíes y diaguitas, que tal como Lafone Quevedo y Adán Quiroga lo habían muy bien sentido, les

² Aunque, por cierto, también las poblaciones más “sedentarias” se hallaban eventualmente obligadas a moverse. La consecución del agua, los cambios de curso de los ríos o los desbordes excesivos, obligaban a veces a una doble residencia, como se puede observar también en la actualidad.

sucedieron en los mismos lugares, tras de haberlos exterminado. (Wagner y Wagner 2015, I, p. 52)

Este diagnóstico wagneriano, que devaluaba también a los “diaguitas”, fue asimismo refutado. Según decía Enrique Palavecino en su síntesis histórica, del resumen de las fuentes conocidas fluía “una esencial identidad entre los grupos de la Mesopotamia santiagueña y los diaguitas calchaquies” (Palavecino 1940, p. 58). La fabulosa civilización, sostenía, había sido edificada sobre las huellas materiales dejadas por estos grupos.

Aunque hoy día las discusiones de 1940 sólo tienen sentido en el contexto de la historia de la arqueología, hay cuestiones de fondo que mantienen su vigencia.³ ¿Pueden las clasificaciones coloniales desestimarse sin más o encierran sentidos que precisan ser descifrados? Emparejar materialidades y rótulos étnicos sin duda aportaba poco, pero los atributos que los cronistas les asociaban resultaban una interpelación –antes que una confirmación– de la evidencia arqueológica. En nuestro periplo, nos detuvimos especialmente en dos cuestiones atinentes al juego entre clasificaciones hispanas y materialidades: el papel de la movilidad en la definición de la categoría de “lule” y la problematización de lo “diaguita santiagueño”.

Ya hicimos una breve referencia a Lorandi y a su hipótesis sobre los “lules sedentarios” que habitaban “aldeas biétnicas” con los tonocoté. La articulación de la investigación arqueológica y de la lectura de fuentes menos conocidas permitió desbrozar algo más el camino, advirtiendo cómo la contraposición entre nómades y sedentarios / labradores y “saqueadores” podría tener bastante de espejismo o de imagen estática. En efecto, la arqueología ha advertido sobre la existencia de dos tipos de espacios de habitación en la zona central del río Salado y parte de la Mesopotamia santiagueña. Estos patrones sugieren modos de vida que presentarían cierto contraste (Farberman y Taboada 2018).

3 En rigor, para el momento de contacto y buena parte de la colonia, la Pequeña Edad de Hielo volvía a estos bañados menos ricos de lo que afirmaban los Wagner (aunque siguieran teniendo agua). Trabajamos sobre esta cuestión en Farberman y Taboada 2023.

Una primera variante apuntaría a una mayor estabilidad, asociada a viviendas permanentes, organizadas en aldeas con desarrollo agrícola y manejo comunitario del agua. Estas ocupaciones –en sitios de grandes dimensiones y con numerosos montículos– son las que habitualmente se vinculan con la cerámica Averías, la de mayor representación local para esa época y aparición más tardía en términos regionales (circa 1200 DC). Entre otros, el sitio de Sequía Vieja en los Bañados de Añatuya –sobre el que volveremos– podría ejemplificar este tipo de ocupación. En cambio, la segunda variante remite a una instalación que, dada la alternancia de niveles de ocupación con otros estériles (que podrían señalar secuencias de abandonos y reocupaciones), permiten inferir menor estabilidad y baja inversión constructiva. Este tipo de sitios resultan consistentes con patrones de subsistencia basados en la explotación del monte, la caza y la pesca. Aunque, además de no ser sincrónicos con los anteriores, no se los conoce todavía para momentos prehispánicos finales o coloniales, es posible hipotetizar la continuidad de ciertas prácticas, que bien podrían ilustrar los textos.

En efecto, si la primera variante evoca a los sedentarios labradores “tonocoté”, la segunda podría adecuarse a los modos de vida “lules”, a condición de relativizar –en función de los cíclicos retornos que podrían inferirse del tipo de ocupación– la movilidad permanente y el “salvajismo” connotados por el rótulo “nómade”⁴, por varias razones. En principio, porque los atributos de “lo lule” fueron variando –y no poco– históricamente. Si en el momento de la conquista la descripción dominante aludía a feroces guerreros capaces de terminar con los “tonocoté”, en el siglo XVIII los lule habían devenido en dóciles habitantes del Chaco, útiles para reducir y contrarrestar los ataques de los grupos de tierra adentro contra ciudades, pueblos y estancias (Farberman y Taboada 2018).

Pero incluso antes de que los lules se refugiaran en el Chaco –como cuentan de manera imprecisa las narrativas jesuíticas– abundan las referencias

4 Lorandi (2015) realizó una extenso y argumentado análisis de los sentidos de estas categorías, que rastreó en buena cantidad de fuentes. Nos limitamos en este punto a sintetizar escuetamente sus hipótesis.



Figura 1 / Nro. 426 - Pucos de Averías del Bracho pintados con motivos escalonados en rojo y negro sobre fondo blanco. Este último color muy delicado ha dejado rastros de una tonalidad ocre en algunas partes de la pieza y en otras ha desaparecido por completo dejando ver el color rojizo (sic) de la alfarería.
Pág. 124: Vista del trabajo de remontado realizado por los Wagner, la pintura es original.
Pág. 125: Vista de trabajo de remontado y reemplazo de material originario con yeso pintado por los Wagner.

que nos los presentan como grupos, cuanto menos, semisedentarios y aún agricultores incipientes. Vuelve pues la pregunta sobre la dicotomía expresada en las fuentes tempranas: ¿y si las descripciones de los cronistas sólo representaban un momento, un estadio en una secuencia? Si así fuera, nos encontraríamos frente a un modo de pensar la movilidad afín a los estudios etnográficos de las sociedades de tierras bajas, desconfiado de las dicotomías.

La segunda “etiqueta” que buscamos discutir fue la de “diaguíta”, al igual que las demás, territorializada y congelada por las crónicas. ¿Qué diferenciaba a los “diaguitas santiagueños”, más allá de la localización, del vestido y de la lengua, de las demás entidades enunciadas por los cronistas? En rigor, las prácticas que se describían no diferían sustancialmente: como los “tonocoté”, los “diaguíta” habrían sido labradores y habitantes de aldeas; sus culturas materiales, además, lucían más bien inespecíficas en las descripciones. Por otra parte, las mismas fuentes se abrían a ciertas dudas: después de todo, aunque los cronistas hicieran referencia a los “indios que sirven a Santiago”, la jurisdicción política de la *Madre de Ciudades* se hallaba todavía en definición. “Lo diaguíta”, en suma, descansaba sustancialmente en el uso de una lengua común –el cacán–, una lengua que bien habrían podido dominar otros grupos.

Sin embargo, la dimensión más problemática de lo “diaguíta santiagueño” provenía del lado de la arqueología. Ya que, en efecto, no se conocen hasta ahora en la provincia sitios con las características materiales y de instalación vinculadas con estos grupos en los valles y piedemonte tucumano (cerámica santamariana, casas-pozos, grandes asentamientos conglomerados, etc.). Preferimos, por tanto, hipotetizar que los grupos de las llanuras habían adquirido y usado el cacán para comunicarse con las poblaciones de los valles en tiempos prehispánicos y que, quizás en el momento incaico y después, pudieron introducir una vestimenta andina u otras prácticas. Ello podría explicar la caracterización como diaguíta de algunas aldeas indígenas del Dulce y de la sierra de Santiago.

Alianzas políticas, rebeliones y borracheras

Desde la temprana colonia, el río Salado aparece como una frontera bélica y cultural que separaba a los “indios cristianos” de los “infieles” y al territorio conocido (aunque nunca seguro) de la temible “tierra adentro” (Lucaioli 2021). Hacia el oeste del río, en la mesopotamia, se desplegaba el “partido del Salado”, que tempranamente se distinguió del territorio bañado por el Dulce y del vértice serrano en el sur. Ya fuera por el balance demográfico inicial –desconocido para nosotros–, o por el veloz proceso de “destrucción de las tierras bajas” que siguió a la fundación de Santiago del Estero (Palomeque 2005), se estimaba que el Salado concentraba la porción más sustantiva de población indígena a principios del siglo XVII (Castro Olañeta 2013).

En el apartado anterior, se mencionó que la gobernación del Tucumán integraba las “provincias” de “juríes” y “diaguitas” (que era como decir “chagueños” y “andinos”). También la subregión bañada por el río Salado se pensaba compartimentada en provincias, como surge en ciertas probanzas de méritos y servicios (Castro Olañeta 2013; Taboada y Farberman 2014). Una vez más, una combinación de etnónimos y topónimos servían para caracterizar y precisar una geografía todavía en exploración: “salabines, juríes y sanavirones”, por un lado, Guatiliguala, por el otro, componían –desde la perspectiva hispana– la temprana cartografía del Salado.

Estas cuatro denominaciones remitían de manera aproximada a territorios indígenas y –de forma más aproximada aún– a zonas arqueológicas con características más o menos definidas (Taboada y Farberman 2014). Los dos primeros etnónimos –que tienden muy presto a desaparecer de las fuentes textuales– evocan colectivos minoritarios y localizados. En cambio, Guatiliguala, al igual que otros topónimos de la misma terminación, nos conduce a los pueblos repartidos en la ciudad de Esteco, al norte del río Salado. Quizás Yuquiliguala –cuya primera localización, siguiendo a Castro Olañeta (2013), habría coincidido con los bañados de Figueroa– integrara la mencionada “provincia” en territorio santiagueño. En tal caso, nos encontraríamos



Figura 2 / No. 297 - La divinidad ornitomorfa en el borde de un puco. Proviene de Mancapa.

frente a grupos de filiación lule-vilela (significativamente sería en esa zona donde más tarde se levantaría la reducción de San Josep de Vilelas).

Ahora bien, una vez más, son los identificados como juríes los que más interesan en este artículo. No solamente porque, como grupos mayoritarios, atrajeron la atención de múltiples observadores, sino también porque el epicentro de la provincia jurí en el Salado pudo hallarse en los bañados de Añatuya.

Regresemos por un momento a Pedro Sotelo de Narváez y a la sección santiagueña de su relación. Para el cronista, las encomiendas santiagueñas sobre el río Salado comenzaban “desde un pueblo que se llama Yocaliguala hasta otro que se dice Colosaca y Calabalax” (Sotelo de Narváez 1987 [1573], pp. 235-243). Si Yuquiliguala se ubicaba en el extremo norte de la jurisdicción y en cercanías de los bañados de Figueroa, Calabalax se hallaba próximo a Lasco, en los bañados de Añatuya. “De ahí abajo están de guerra”, proseguía el cronista, fijando en nuestra zona de interés el confín de la conquista hispana.

Como es sabido, buena parte del trabajo de campo de los hermanos Wagner –y por tanto de sus hallazgos arqueológicos– provenían de los bañados de Añatuya. En Sequía Vieja, uno de los sitios más extensos que excavaron, los pioneros hallaron una cantidad relevante de objetos de metal, en buena parte de factura incaica que, por no entrar en sus teorías, excluyeron de la publicación de *La civilización Chaco Santiagueña*. Muchos años después, Carlos Angiorama y Constanza Taboada (2008) interpretaron que la presencia de tales objetos –en una zona desprovista de metales y sin señales de ocupación territorial incaica– bien podía explicarse a partir de una vinculación política con el imperio. Era una hipótesis consistente con otras que, como las de Lorandi, sostenían la existencia de estrategias imperiales de dominio hegemónico en la zona, algo que permitía explicar, por ejemplo, la circulación fuera de la provincia de los estilos cerámicos santiagueños tan admirados por los Wagner y aún la difusión de la quichua (Lorandi 2015, pp. 61-85). Interpretados en esta clave, los objetos de metal concentrados en una zona tan circunscripta como los bañados de Añatuya remitían a “un núcleo con características sociopolíticas diferenciadas, donde Sequía Vieja parecía jugar un papel destacado” (Taboada 2013, Taboada 2014).

La historia colonial temprana de los bañados del sur de Santiago revelaría una continuidad de las capacidades políticas de las sociedades indígenas de la zona. ¿No lo sugieren acaso los “alzamientos de las ciénagas” que tuvieron lugar en vísperas de la fundación de Santiago del Estero para reiterarse una década más tarde? El escenario de las rebeliones era el de los bañados de Añatuya donde más de 6.000 indios –según Hernán Mexía Miraval, miembro de la hueste de Pérez de Zurita– se habían conjurado para resistir a los conquistadores. La derrota no pareció amedrentarlos: hacia 1562 o 1563, los rebeldes podrían haber encontrado nuevos socios en los “chiriguanaes” de tierras adentro, preparados para “alzarse con toda la tierra” (Levillier 1920, p. 260).

Más allá de las exageraciones de las fuentes –en definitiva, las probanzas buscaban ensalzar las hazañas de quienes las promovían– algunos datos parecen muy verosímiles a la luz de cuanto venimos diciendo. Por un lado, las redes políticas que distintos pueblos de los bañados –Lasco, Bicapa, Mancapa– y más allá de ellos –Meaxa, al norte de Lasco, donde habrían tenido lugar las primeras “juntas” rebeldes– habrían sabido construir para enfrentar a un enemigo común y con una tecnología militar mal preparada para lidiar en aquellos terrenos. En segundo lugar, la extensión de estas alianzas a quienes se hallaban “del otro lado de la frontera”, una construcción que presumimos eminentemente colonial y que, como se verá, signaría la historia posterior de la zona de manera decisiva. En tercer lugar, dada la envergadura del sitio y las referencias documentales posteriores, Lasco podría haberse encontrado en el centro del territorio rebelde. Es más: es nuestra hipótesis que los restos hallados en Sequía Vieja se corresponden con los del pueblo de Lasco, en su formato prehispánico y colonial.

Para cerrar: entendemos que la capacidad política de los juríes de los bañados perduró en los primeros tiempos de la colonia. Si las negociaciones con el incario pueden pensarse como una primera evidencia de estas capacidades, las nuevas alianzas de mediados del siglo XVI validarían la continuidad de una tradición. Por cierto, las fuentes coloniales dejan algunas pistas en este sentido. Las “juntas y borracheras”, denostadas por funcionarios y eclesiásticos y de las que se habla hasta muy entrado el siglo XVIII, eran los

contextos rituales en los que se celebraban tales acuerdos. Si las fuentes hispanas las demonizaron por los “excesos” a los que daban lugar y por intuir en ellas “idolatrías” que urgía erradicar, la arqueología podría entreverlas en la cultura material (por ejemplo, recipientes de uso comunitario, pipas, etc.). Los estereotipos sobre la baja complejidad política de las sociedades de tierras bajas quedarían entonces desterrados para los juríes tonocotés de las ciénagas. Si Lorandi ya había iniciado un recorrido que apartaba a los indígenas de las llanuras de Santiago de aquella imagen simplificada, las redes de intercambio que denotan los hallazgos de Sequía Vieja para el período prehispánico y la organización de una rebelión que mantuvo en jaque a la conquista de una zona nodal por su importancia demográfica y económica confirmarían aquella intuición.

Epílogo: de las aldeas *tonocoté* (y tal vez, también lule) a los pueblos de indios

Según Isabel Castro Olañeta (2013), tres décadas después de la fundación de la ciudad, los indios del “partido del Salado” ya prestaban su servicio personal a los vecinos de Santiago del Estero. Un padrón de 1607, publicado por la misma autora, señala además que, una vez doblegadas las resistencias de las ciénagas, el “partido del Río Salado” concentraba “los más indios de la jurisdicción de esta ciudad”. Una categoría colonial, la de “indio”, había reducido a la unidad al variable conjunto de etnónimos que daba nombre a gobernaciones y provincias.

El listado de 1607 incluía 16 encomiendas que referían a “pueblos”, más otras tres, muy pequeñas, de gente suelta.⁵ Por lo menos siete de estos pueblos encomendados se hallaban en los bañados de Añatuya, entre ellos Lasco, que contaba con una consistente población de 535 almas repartidas entre

⁵ Nos limitamos a los que aparecen como mayoritarios. Los indamás y sanavirones, también mencionados en las fuentes tempranas, pudieron ser colectivos pequeños y localizados y pronto desaparecen de los textos.

“caciques”, “indios de trabajo”, “indias de hilado”, “viejos y viejas reservados”, “muchachos y muchachas”. Eran números similares a los de Yuquiliguala –en los bañados de Figueroa, el extremo norte de las encomiendas santiagueñas– que por su envergadura demográfica, situaban a Lasco en cuarto lugar en el listado de pueblos. En contraste, se perfilaba ya la zona intermedia –y fuera de los bañados– que terminaría siendo la más poblada en el siglo XVIII: la de Tatingasta y Guaype. Con el traslado de los mataraes desde el interior del Chaco en 1645, el pueblo de Matará se convertiría en el más importante de todos por su número de tributarios y localización estratégica (Farberman 2011).

El padrón del Salado aporta algunas pistas suplementarias para evaluar el devenir de la zona de los bañados de Añatuya. En primer lugar, los contrastes en la magnitud entre los diversos pueblos de la zona –que se condicen con la extensión de los sitios arqueológicos allí excavados–: de los seis que hemos identificado, sólo se destacan por su número Lasco y Calabalax, con 535 y 380 indígenas respectivamente. En segundo lugar, impresiona el registro de 14 caciques en Lasco y 13 en Calabalax. No es que se tratara de atributos exclusivos para los bañados de Añatuya –también otros grandes pueblos del Salado mantenían numerosos caciques– pero no dejan de ser cifras notables que permitirían especular con una menor perturbación de las estructuras políticas en pueblos, aunque ya encomendados, lejanos de la ciudad (Castro Olañeta 2013).⁶ En otras palabras, por mucho que conspirara la circulación de personas fomentada por el reparto de encomiendas –que, eventualmente, entregaba a un mismo titular varios “pueblos”– el Salado aparece como una región más preservada, una imagen que la arqueología –que detecta escasos materiales hispano indígenas– vendría a confirmar. Y sin embargo... el tiempo no jugaría a favor de los labradores de los bañados.

⁶ Cabe destacar que Castro Olañeta identificó pueblos y encomiendas cruzando dos fuentes y que estamos siguiendo sus conclusiones. Entendemos que se hallaban en los bañados de Añatuya los pueblos de Lasco, Ystail, Calabalax, Alagastine, Mancapa, Bilapa y Lonsaia. Estimamos que aproximadamente un tercio de los indígenas de servicio en el Salado se hallaban en los bañados de Añatuya a principios del siglo XVII.



Figura 3 / Nro. 192 - Tubos de diferentes tipos y usos, algunos de los cuales eran empleados para fumar, otros para absorber polvos por la nariz, etc. Proviene de Sunchituyo.



Regresemos un momento a estos peculiares ambientes del estero, “seguro refugio de bestias y gente”, “inagotable reserva de caza de toda especie y un inmenso vivero natural de peces de las más diversas especies de moluscos acuáticos” (Wagner y Wagner 2015, I, pp. 127-8). Agreguemos también que, si configuraban un “refugio indígena”, hacían al mismo tiempo la pesadilla de los españoles –de aquí asimismo su preservación–, como pudimos comprobarlo en ocasión de las rebeliones de las ciénagas.⁷

Es necesario ahora avanzar algo más en el tiempo, para situarnos a fines del siglo XVII, cuando volvemos a disponer de nuevas fuentes escritas sobre Lasco, antiguo epicentro rebelde. Gracias a la “descripción de curatos” del Tucumán de 1692 (Larrouy 1926, pp. 354-408), sabemos que en los bañados de Añatuya todavía sobrevivían seis “pueblos” –pálido reflejo de los que registraba el padrón de 1607–. Separados por distancias de entre una y dos leguas, los tributarios de cada uno de ellos no llegaban a la decena. Mientras Calabalax –el punto extremo sur del control hispano en el Salado santiagueño– ya había desaparecido, Lonsaia había perdido su “forma de pueblo” y el otrora populoso Lasco, aún manteniendo su preeminencia, contaba apenas 30 tributarios (y unas 150 almas, siendo optimistas). El párroco Ibáñez del Castrillo dejó una vívida imagen de los desafíos que la geografía de los bañados le imponía a la tarea pastoral: “toda la jurisdicción [de Lasco] está cercada de bañados y para ir a celebrar o administrar los sacramentos es necesario de un pueblo a otro o ir en balsa o a caballo, descalzo y nadando y que es grave el trabajo que tiene y padece por inundarse con las crecientes todo el beneficio” (Larrouy 1926, p. 376).

Como cabecera del curato, entendemos que era en Lasco donde residía el párroco y que desde allí recorría los demás pueblos de los bañados. Pueblos que, por otra parte, tenían un contenido más específico, que sólo parcialmente coincidía con el de la aldea indígena del momento de la conquista: hacía tiempo que remitían a la corporación colonial de la república de los

⁷ Debe tenerse en cuenta también que, como ha demostrado Castro Olañeta, esta suma de caciques derivaba también de la fusión de diferentes aldeas en una única encomienda, proceso que sin embargo preservó a las autoridades tradicionales.

indios ordenada por Francisco de Alfaro en su visita de 1611. Un ideario y un sistema político se conjugaban con una sumaria estructura urbana y funcional, que exigía la construcción de una capilla y la delimitación de un sector de sementeras comunitarias que fijaran a los tributarios a sus tierras. Sin embargo y no obstante su rango de cabecera, Lasco a duras penas mantenía los atributos necesarios para conservar lo que en la época se proponía como “forma de pueblo”. Así lo refleja la entrevista de los tributarios con el oidor Antonio Martínez Luján de Vargas en octubre de 1693. En este sentido, el ahora único cacique Manuel Taigaguana y los diez indígenas –todos con nombres cristianos y sin apellido– que declararon a coro, le explicaron al visitador que “[t]ienen pueblo que se llama Lasco, que en el no ai capilla ni ornamentos para celebrar el santo sacrificio de la missa que la que avia esta mui maltratada, que sin embargo disen misa y la oien estos que declaran y les enseñan la doctrina cristiana por el cura de aquel partido” (Castro Olañeta 2017, p. 397).

Afirmaron asimismo que habían cultivado trigo en las sementeras del pueblo y en la estancia de su encomendero y que por dos años sus mujeres habían hilado como tributo. Mientras el trabajo femenino había sido pagado, el de los jornaleros registraba una deuda. De la cosecha, se había apropiado por entero su feudatario. Sin embargo, decían haber “hecho quantas” y “tenerlas ajustadas” y “dándole a cada uno su porción no les deberá nada”.

El momento en que este pautado diálogo tenía lugar coincidía con un proceso de plena fronterización del río Salado. A partir de entonces, los bañados santiagueños –también los del norte– ya no detendrían su declive. Es significativo que las fuentes dieciochescas se refieran a la “frontera de Yuquiliguala” y a la “frontera de Lasco”, puntos coincidentes con bañados desde los cuales los “indios de guerra” penetraban en el territorio colonial para atacar pueblos, fortines, estancias y aún acercarse peligrosamente a la ciudad (Farberman y Ratto 2011). Evidentemente, las ciénagas no eran ningún obstáculo para los grupos ecuestres del Chaco, que sabían sacar rédito de este tipo de ambientes y que conocían las sendas más seguras y mejor provistas de agua.

En la medida en que los pueblos de los bañados de Añatuya se fueron desintegrando, los fortines tomaron su lugar. Sabemos que Mancapa ya no existía como pueblo en 1727 y que en aquel sitio se erigió el fortín de La Concepción (Di Lullo 1949; Díaz de Raed 1979). Calabalax conoció el mismo destino que quizás también fue el de Lasco.⁸ Los fortines, estructuras aún más precarias que los pueblos de indios, no servían más que para avistar las polvaredas que abipones y mocovíes levantaban en sus ataques. Avisar y, con algo de suerte, huir oportunamente, era toda su función.

Según nuestra interpretación, el pueblo de indios de Lasco había sido erigido en una localización que se solapaba con la del sitio de Sequía Vieja, que tantas alegrías y hallazgos les había proporcionado a los hermanos Wagner. A diferencia de la civilización chaco santiagueña, ni el pueblo ni sus habitantes se volatilizaron. El primero conoció una larga y penosa agonía; los segundos se dispersaron en estancias y parajes.⁹ Con todo, algunas huellas desafiaron el tiempo y nos siguen interpelando, recordando que el pueblo al menos había conservado su “forma”. Recientemente, la arqueología ha descubierto entre los vestigios del Lasco colonial parafernalia asociada al culto católico, restos de material europeo (cuentas de vidrio, tapa de pila bautismal, etc.) y lo que pudo ser el camposanto de la capilla que el párroco describía en términos tan decadentes. Una imagen poco halagüeña, por cierto, distante de la soñada civilización misteriosa de los “constructores de los innumerables túmulos de Santiago del Estero” (Wagner y Wagner 2015, I, p. 63) pero también de la mentada nutrida aldea de labradores donde se

8 Di Lullo (1949) y Díaz de Raed (1979) sostienen que ése fue el caso. Los trabajos arqueológicos del equipo de Constanza Taboada no han localizado por ahora evidencias muebles ni inmuebles de instalaciones que remitan a fortines en Mancapa. Tampoco en Sequía Vieja.

9 En 1748, el pueblo de Lasco –en sentido urbanístico– ya se hallaba en ruinas. Un padrón de encomienda de aquel año hacía referencia los “indios remanentes del pueblo destruido de Lasco” que se encontraban dispersos “en varios parajes, sin curaca y alcalde de su naturaleza que los gobierne”. La arqueología parece apoyar la idea de la disgregación del pueblo a partir de la aparente ausencia de indicadores de habitación en Sequía Vieja para esta época y quizás bastante antes. La encomienda, empero, seguía existiendo, aunque los antiguos habitantes reportaran en su mayoría como “ausentes”.

había negociado con los incas y resistido a la conquista hispana (Taboada y Farberman 2018).

Bibliografía

Angiorama, C. y Taboada, C. (2008). Metales andinos en la llanura santiagueña. (Argentina). *Revista Andina* 4: 117-150.

Arenas, P. (2005).”En la noche de los tiempos”. Emilio y Duncan Wagner en el campo de profesionalización de la arqueología. *Mundo de Antes* 4: 159-187.

Berberian, E. (1987). *Crónicas del Tucumán. Siglo XVI*. Córdoba, Comechingonia.

Castro Olañeta, I. (2013). “Donde estan situados los mas yndios de la jurisdicción desta ciudad”. Un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del Río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. *Surandino Monográfico* 3(2):1-23.

Castro Olañeta, I. (2017). *La visita del oidor Antonio Martínez Luján de Vargas a las encomiendas de Catamarca, Santiago del Estero y Salta. (Gobernación del Tucumán, 1693-194)*. Córdoba, Ferreyra Editor.

Catelli, L. (2022). El mestizaje en el museo. Un acercamiento con “inflexión subalternista” a la colección chaco-santiagueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13(22):95-129.

Di Lullo, O. (1949). *Reducciones y fortines*. Santiago del Estero, Franco Rossi.

Díaz de Raed, S. (1979). *Hombres y fortines de Santiago del Estero*. Santiago del Estero, Museo Histórico de la provincia.

Farberman, J. (2011). Entre intermediarios fronterizos y guardianes del Chaco: la larga historia de los matareaes santiagueños (siglos XVI a XIX) , *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.61448>

Farberman, J. y Ratto, S. (2014). Actores políticas e instituciones en dos espacios fronterizos chaqueños: la frontera santiagueña y el litoral rioplatense entre 1630-1800. *Prohistoria* 22: 3-31.

Farberman, J. y Taboada, C. (2012). Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehispánico tardío y colonial temprano. *Runa*, 33:2:113-132.

Farberman, J. y Taboada, C. (2018). ¿Lules nómades y lules sedentarios? Sociedades indígenas, movilidad y prácticas de subsistencia en la llanura santiagueña prehispánica y colonial (Santiago del Estero, Argentina). *Andes. Historia y Antropología*, 29:2:1-24.

Farberman, J. y Taboada, C. (2023). Entre ríos, esteros y pozos. Agua, instalación y movilidad indígena en el Chaco y la llanura santiagueña: perspectivas etnográficas, históricas y arqueológicas. *Revista del Museo de Antropología* 16(2):47-64.

Larrouy, A. (1923). *Documentos del Archivo General de Indias para la Historia del Tucumán*. Vol. I. 1591-1700. Buenos Aires, Rosso.

Levillier, R. (1920). *Gobernación del Tucumán. Papeles de los gobernadores en el siglo XVI*, Vol. I, Buenos Aires, Pueyo.

Lorandi, AM. (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura. (Se ha preferido citar este libro reciente que incluye y reproduce artículos muy anteriores).

Lucaioli, C. (2021). Metáforas coloniales: aproximaciones simbólicas sobre la tierra adentro del Chaco, *Antípoda* 42: 1: 85-106.

Martínez, A., Taboada, C. y Auat, A. (2003). *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Universidad Católica de Santiago del Estero. Santiago del Estero.

Palavecino, E. (1940). Síntesis Histórica. *Relaciones* II: 47-71.

Palomeque, S. (2009). El Tucumán durante los siglos XVI y XVII. La destrucción de las ‘Tierras Bajas’ en aras de la conquista de las ‘Tierras Altas’. En Martini, Y. et al (comps.) *Las sociedades de los paisajes semiáridos y áridos del centro argentino*, UNRC. Río Cuarto: 173-206.

Relaciones (1940). Los aborígenes de Santiago del Estero. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Tomo II.

Taboada, C. y Martínez, A.T. (2003). Los hermanos Emilio y Duncan Wagner. Su trabajo arqueológico. En Martínez, A., Taboada, C. y Auat, A. (2003). *Los hermanos Wagner*: 93-180.

Taboada, C. y Farberman, J. (2014). Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del Estero, Argentina). *Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica* 8(1):7-43.

Taboada, C. y Farberman, J. (2018). Interpretación interdisciplinaria para el sitio arqueológico Sequía Vieja en los Bañados de Añatuya y el pueblo de indios y curato de Lasco (Santiago del Estero, Argentina). En M. A. Muñoz (ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas*: 15-32. Cochabamba, Universidad Mayor de San Simón.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (2015 [1934]). *La Civilización Chaco-Santiagoueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Santiago del Estero, Fundación Cultural, tres vols.

**Urnas, tinajas, tiestos y tejitas.
¿Cerámicas indígenas,
hispano-indígenas, criollas y/o
indígena-campesinas?**

Diego Catriel **Leon**

“Él cree que sabe de algo porque de ese algo sabe un poco...”
(Dtoke Free 2022, 45m 18s)

Quise comenzar con ese epígrafe porque de la temática que voy a tratar en este breve escrito solo sé algo y no creo saber mucho. Esa afirmación con dudas de mi parte se debe a que es un tema en el que no suelo “navegar”. Además, plasmaré una serie de ideas, solo eso por el momento, que parten de mi experiencia de vivir en Santiago del Estero en los últimos 12 años.

Algo más que debo aclarar antes de continuar es mi relación con la Arqueología, una disciplina que he abrazado, y el pasado. En mi trabajo previo como arqueólogo, antes de llegar a Santiago del Estero desde Buenos Aires, no establecía conexiones entre el pasado y las comunidades locales del presente. Es decir, el proceso histórico reconstruido desde la arqueología no se relacionaba con esas comunidades donde yo registraba esas materialidades indígenas pretéritas y, en todo caso, las propuestas derivadas del registro arqueológico¹ eran una “oferta” para la comunidad nacional y/o provincial. Asimismo, la apropiación de dicho patrimonio, esa valoración diferencial que llevaba a cabo como arqueólogo, estaba en consonancia con las nociones propuestas por el Estado.

¹ Evidencia física del pasado.

Es por eso que quiero comenzar este ensayo relatando cómo me fui relacionando con el registro arqueológico y las *comunidades* santiagueñas (al mencionar comunidades en plural quiero referirme a la comunidad académica –docente y alumnos–, campesina, indígena, ciudadinas, rurales, etc.). Recién llegado a Santiago del Estero, comencé a dictar clases en la asignatura Antropología de la Tecnicatura Superior en Educación Intercultural Bilingüe con Mención en Lengua Quichua (FHCSyS-UNSE). En esa situación conocí alumnas y alumnos quichuistas (en Santiago del Estero así se les denomina a los quichua hablantes y “La Quichua” a la variación local de la lengua Quechua), muchos de ellos de procedencia de parajes² rurales, que en diálogo en nuestras clases comentaban diferentes procedimientos de la vida diaria rural. A su vez, por mi parte, continuaba (retomaba) la escritura de mi tesis doctoral que versaba sobre el análisis zooarqueológico de sitios del litoral marítimo pampeano con el objetivo de reconstruir la subsistencia de cazadores recolectores.

En este contexto no podía ignorar lo que se discutía en clases y, aunque aún tenía en mente solo fines arqueológicos o “etnoarqueológicos”, comencé a hacerles preguntas a mis alumnos. Incluso llegué a elaborar una entrevista estructurada con preguntas que indagaban sobre la obtención, procesamiento, distribución, consumo y descarte de animales. Pero, ¿qué decían que me había llamado tanto la atención? Por ejemplo, hablaban sobre el descarte del caparazón de los armadillos sobre los techos de los ranchos, sobre el colgarse como collar los cazadores los cráneos de ciertos animales pequeños, o la circulación entre vecinos del “gustador” (garrón de la vaca) para sopas (algo de esto se presentó en Leon y Togo 2013). Desde mi perspectiva, consideraba que estas prácticas podrían tener correlatos materiales en el registro arqueológico y ofrecían algo “novedoso” a lo anteriormente conocido por mí en los “campos” bonaerenses.

Casi al mismo tiempo que finalizaba mi tesis doctoral comencé a interactuar de manera más activa con actores locales que poseían un mayor

² Los parajes son pequeños caseríos rurales, generalmente integrados por familias emparentadas, que se encuentran regularmente en el monte santiagueño.

conocimiento sobre el patrimonio arqueológico, y la relación de este con la comunidad, así como de los antecedentes arqueológicos de Santiago del Estero, y a establecer un contacto más fluido con las comunidades campesinas. Durante el encuentro en Santiago del Estero del Comité Nacional sobre Lucha contra el Tráfico Ilícito de Bienes Culturales las/los arqueólogas/os presentes cuestionamos la perspectiva sobre el patrimonio arqueológico de la Ley Nacional 25.743, ya que es el Estado el que “valora” y se apropia de ese patrimonio sin tener en cuenta las valoraciones actuales que hacen las comunidades locales de ciertas materialidades arqueológicas. Para ser claros y dar un ejemplo: en Santiago del Estero se ha mencionado reiteradamente, a través de “dichos” y referencias en textos (ver Ledesma 1957), que los pobladores rurales extraían urnas funerarias indígenas preconquista española para almacenar agua fresca. En este evidente proceso de reutilización de materialidades arqueológicas nos sentimos interpelados porque no se trataba de una extracción para la circulación ilegal de bienes culturales, sino de la valoración y uso activo que se les da en ciertos lugares a lo que llamamos patrimonio arqueológico.

Este cambio de sentido que experimenté comenzó a conectar esos restos arqueológicos no sólo con sus hacedores sino que también con las/los campesinas/os. En muchos casos las/los campesinas/os reconocen, a través de los restos arqueológicos, su lejana ascendencia indígena (Bonetti 2021). Ausente en su actualidad, “lo indio” es procesado en todo caso como parte de una identidad mestiza o criolla (conformada por lo hispano y lo indígena), en la que los y las campesinos/as incorporan ese patrimonio arqueológico como parte de su memoria. Es decir, como un pasado reciente ligado más a lo emotivo que a sucesos históricos cronológicamente conectados con algún pueblo originario (Leon y Bustamante 2020).

En este punto es necesario mencionar cómo se fue forjando la identidad provincial y cómo el campo arqueológico realizó, no ingenuamente³, su

³ Sostengo aquí que algunos elementos que conforman esas identidades son en algunos casos buscados. Es notable como Bernardo Canal Feijóo, mecenas de los Wagner por lo menos entre 1927 y 1934, tradujo del francés al castellano la obra monumental de los hermanos

aporte (ver Martínez y Taboada 2011; Martínez et al. 2013). Desde los círculos intelectuales, Santiago del Estero se presentaba en el primer tercio del siglo XX como la reserva de la “originalidad” de lo argentino y los hermanos Wagner aportaban, desde el campo de la arqueología, profundidad temporal a esas construcciones identitarias. Pero además, como “contribución” de los Wagner, estos arqueólogos aportaron la idea de una civilización antiquísima de la que se recuperaron restos materiales sin que estos tuvieran que ver con los pueblos originarios. Es decir, deshistorizaron la “milenaria civilización” desvinculándola “genéticamente” de los indígenas del siglo XVI (Martínez y Taboada 2011, p. 374; Arenas 2005). Cómo esto ha influido en las construcciones identitarias actuales es algo que todavía nos preguntamos y en este sentido Taboada (2013, p. 353) se pregunta cómo la separación de las materialidades arqueológicas de las poblaciones reales ha generado nuevos puntos de referencia de pertenencia; negando identidades que los grupos subalternos forjaron sobre sí mismos.

Aunque las investigaciones posteriores a los Wagner se enmarcaron dentro de la arqueología científica, las interpretaciones del pasado que le llegaron a la sociedad santiagueña continuaron ofreciendo una idea bastante limitada de las culturas y sin personas reales (Taboada 2013, p. 354). Esto no hizo más que contribuir desfavorablemente a una situación ya demasiado compleja relacionada a la invisibilización histórica de las/los indígenas (Bonetti 2021; Catelli 2022; Grosso 2008; Martínez y Taboada 2011; Martínez et al. 2013; Taboada 2019) y los nuevos procesos provinciales de reemergencias étnicas (Bonetti 2021).

(Martínez y Taboada 2011) pero no la de Reichlen (1940), quien había sido traído entre 1938-1939 a la provincia para continuar bajo el mando de Emilio Wagner con los trabajos de campo. Reichlen (1940) sería parte de la arqueología científica (Taboada 2013), con postulados que acercan el Registro Arqueológico preconquista con las poblaciones indígenas de la conquista, en contraposición a las ideas de los Wagner.

Un ejercicio colectivo

En este punto de este breve texto, es relevante mencionar la adquisición en 1939 de la Colección Arqueológica Wagner por parte del Museo Histórico Provincial “Dr. Julio Marc”. Más adelante se podrá apreciar la relación de esto con todo lo anterior, por ahora describiré de forma concisa la selección de cuatro piezas de las 462 enviadas oportunamente por Emilio Wagner a Julio Marc (Battaggia 2023). Como se puede observar en la Figura 1, se trata de dos urnas (Fig. 1A y 1B), probablemente tanto domésticas como funerarias, clasificables como Ordinarias Rugosas de tradición Chaco-santiagueña (Lorandi 2015) y dos jarras (Fig. 1C y 1D), aparentemente de uso doméstico, de tipologías Hispano-Indígenas (Letieri et al. 2009). Once personas de diversas comunidades (campesinas, académicas, etc.) fueron consultadas sobre las cuatro piezas, respondiendo a las preguntas: ¿Por quiénes creían que habían sido manufacturadas? y ¿Hace cuánto tiempo (si hace mucho o hace poco)?

El propósito de este ejercicio, que no fue ni sistemático ni exhaustivo pero sí exploratorio, fue comenzar a evaluar las representaciones sobre la antigüedad y el carácter “indígena” o “no-indígena” que las personas se hacen acerca de estos y otros contenedores cerámicos.

Un primer grupo de cuatro científicos sociales santiagueños, sin especialización en arqueología y con edades entre 40 y 50 años, empiezan señalando que los cuatro contenedores, al estar desterritorializados, no pueden proporcionar información relevante pero, dicen, parecen ser muy antiguos (de miles de años). Uno de ellos sugiere que el primero parece ser de origen indígena.

Un segundo grupo está conformado por un varón santiagueño de más de 50 años de edad, artesano con experiencia en cerámica indígena. Destaca que los dos primeros serían prehispánicos (Fig. 1 A y B) y los dos últimos (Fig. 1 C y D) Hispano-Indígenas y/o Coloniales. Cabe aclarar que en las tipologías utilizadas por el artesano queda implícito que son indígenas quienes las habrían realizado (seguro para los dos primeros y muy probable para los dos últimos).



Pág. 148: **Figura 1-A** / Nro. 150 - Pequeña urna de párvulo proveniente de Tulip Loman, departamento Avellaneda.
Figura 1-B / Nro. 144 - Pequeña urna con dos apéndices en la base del cuello encorvados en forma de pico. Proviene de las excavaciones de Laguna Muyu.



Figura 1-C / Nro. 417 - Jarrita lisa. Proviene de Laguna Muyu.

Pág. 151: **Figura 1-D** / Nro. 419 - Jarrita lisa. Proviene de Averías del Bracho.



Un tercer grupo compuesto por tres mujeres, de edades entre 25 y 55 años, especialistas en Antropología con experiencia en Arqueología santiagueña, señalan que hacen una apreciación “impresionista” de los cuatro contenedores debido a que no pueden realizar determinaciones únicamente a través de fotografías y no han investigado exhaustivamente la cerámica arqueológica. Tras estas aclaraciones, mencionan que los dos primeros recipientes son claramente de origen indígena, aunque no utilizan específicamente ese término, sino que se refieren a piezas elaboradas por “grupos etnográficos” o que son “prehispánicas”. En cuanto a las “jarras” (Fig. 1 C y D), dos de ellas mencionan que serían de la época Colonial o Hispano-Indígena, una de ellas aclara que también fueron fabricadas por indígenas.

Un cuarto, y último grupo, formado por tres personas entre 35 y 65 años de edad, de origen campesinas/os santiagueñas/os. Es el grupo más disímil y por lo tanto se destaca lo dicho por cada uno de ellos. Una mujer adulta mayor menciona que estos cuatro contenedores fueron realizados por “personas comunes”, no por “aborígenes”, los dos primeros para contener agua ya que *vio* que así lo hacían, y con relación a su antigüedad las “jarritas” (Fig. 1 C y D) serían más recientes que las primeras (Fig. 1 A y C). Una campesina joven, y consultando a sus mayores, da a entender que todos los contenedores se efectuaron en el siglo XX y que solo el primero (Fig. 1 A) habría sido manufacturado por los indígenas. Finalmente, un campesino de unos 55 años nos dice que si bien los dos primeros contenedores los habrían hecho los indígenas (originarios en sus términos), su suegra así como otra campesina ceramista le recuerdan que ellas hacían antes tanto del primer tipo (Fig. 1 A y B, con dos “orejitas”) como del segundo (Fig. C y D, con la única “oreja” grande). Nuevamente recurre a lo que le transmitieron las ceramistas de mayor edad y es dable transcribir textualmente “las dos últimas fueron hechas por campesinas de más de 70 años fácil (de antigüedad, Fig. 1 C y D) y las otras dos (Fig. 1 A y B), antes que se asentaran los campesinos y cuando había originarios así que más de 200 pa (sic) arriba pa (sic) empezar”.

Una primera observación que se puede hacer es que en el primer y tercer grupo se destaca que la falta de contexto condiciona la valoración de los

contenedores. A pesar de esta aclaración, se puede notar que en los tres primeros grupos se menciona que los indígenas fueron los encargados de elaborar los contenedores hace varios siglos atrás. En contraste, las tres personas del cuarto grupo mencionan que la manufactura de esta cerámica es reciente o muy reciente y que, mayoritariamente, fue realizada por no indígenas y/o campesinos. Esta aparente contradicción parece deberse a la experticia de los primeros y al desconocimiento de los integrantes del cuarto grupo.

En este punto, es relevante recordar lo que Taboada (2013, p. 356) menciona sobre la arqueología, que ésta “no reconstruye el pasado ni recupera la memoria, aporta a su construcción, como cualquier historia”. Si continúo la línea planteada por Taboada (2013), esa aparente contradicción desaparece. Desaparece porque la asignación de los tres primeros grupos es correcta, al igual que la del cuarto grupo.

En este punto, añado la imagen de un quinto contenedor (Fig. 2) y aclaro que no pertenece a la Colección Wagner del Museo Histórico Provincial “Marc”. Esta tinaja, como se suele decir en los parajes rurales, fue registrada por mí en 2018 y era un contenedor no arqueológico de herencia familiar. Lo que me llamó la atención entonces, y también ahora, es que coincide más o menos con una tipología de Ana María Lorandi (2015), aunque tiene una morfología diferente a los contenedores de la Figura 1, asignable a un contenedor Ordinario Rugoso⁴, al igual que las cuatro piezas de la Colección Wagner (Fig. 1).

Fue en parte esta tinaja la que me llevó a pensar que quizás lo que se decía y se había escrito acerca de la reutilización y revalorización de las urnas arqueológicas por parte de las/los campesinas/os en los parajes rurales santiagueños no era del todo así (ver más arriba). En este punto me quiero detener brevemente y puntualizar algo que ya mencionaba Raúl Ledesma en 1957 al referirse al hallazgo superficial de “tejitas” al advertir que, según él,

4 En palabras de Lorandi (2018, p. 181) el Ordinario Rugoso, si bien esta investigadora genera estos conceptos para cerámica arqueológica es aplicable para las cerámicas contemporáneas o peri contemporáneas, sería de aspecto tosca y se distingue por una superficie áspera, muy irregular, obtenida por la ausencia de tratamiento o por la adición de una barbotina espesa.

era frecuente que los trabajadores campesinos extrajeran urnas arqueológicas para reutilizarlas, por ejemplo para contener agua, y que luego una vez finalizado su trabajo en el monte o por rotura eran descartadas en forma de fragmentos cerámicos (Ledesma 1957, pp. 113-4). Esto, según Ledesma (1957), era una advertencia para las/los arqueólogas/os acerca de la asociación secundaria de estilos cerámicos diferentes, quizá con distribuciones espaciales y temporales distintas, que podía llevar a interpretaciones erróneas. Esta observación de Raúl Ledesma es sumamente válida, sin dudas, pero creo que hoy en día no hace más que reproducir ciertos discursos de invisibilización en la medida que atribuye a las/los campesinos/as la utilización solo de vasijas cerámicas prehispánicas indígenas y no de elaboración propia con técnicas (y quizá con algunos valores y sentidos) de los pueblos originarios que han, no sin modificaciones, continuado hasta tiempos recientes.

Quizá esas tinajas reutilizadas por campesinas y campesinos, o parte de ellas, no eran arqueológicas sino que habían sido elaboradas por artesanas y artesanos campesinas/os, y por eso aún pervive en la memoria de los integrantes campesinos del cuarto grupo al reconocerse en los contenedores de elaboración indígena de la Figura 1. Y esto, el reconocerse en los contenedores de la Figura 1, que parece ser una apropiación que “no les pertenece”, pone al desnudo precisamente esa presencia que por largo tiempo ha sido negada, incluso por ellos mismos, que es la pervivencia de lo indígena. Claro que con cambios y modificaciones pero, como sugiere la Figura 2, ciertas técnicas continuaron hasta tiempos recientes y de ahí el reconocimiento de los contenedores como propios.

Para evitar parecer demasiado especulativo, es interesante notar cómo en las voces campesinas aparecen frecuentemente técnicas utilizadas en la fabricación de tinajas mediante “rollitos” o rodetes, un método empleado por los indígenas prehispánicos y peri coloniales, es decir, del momento del contacto colonial. En la Figura 3 se puede apreciar la aplicación de esta técnica así como la elaboración de recipientes de cerámica realizados hasta tiempos recientes en el Monte santiagueño. Estas fotografías forman parte de la Colección Di Lullo (Área de Historia del Centro de Interpretación



Figura 2 / Contenedor familiar registrado en el Paraje Breayoj (Departamento Avellaneda, Santiago del Estero). Referencia: línea roja = escala aproximada de 20 cm.

y Conservación del Patrimonio de Santiago del Estero, perteneciente a la Dirección General de Patrimonio Cultural) y fueron tomadas por Orestes Di Lullo entre 1930 y 1940.

Algo más me inquietaba sobre la idea de la simple extracción de urnas funerarias por parte de las/los campesinas/os, es decir, la idea del hallazgo fortuito de esos recipientes con restos óseos humanos en su interior, para luego vaciarlos y llevarlos para ser reutilizados. No digo con esto que no haya sucedido y que no siga sucediendo, de hecho en algunos parajes rurales aún se heredan tinajas prehispánicas extraídas en algún momento. Pero, en una sociedad como la santiagueña, y especialmente en ámbitos rurales, con comunidades profundamente creyentes y respetuosas de sus difuntos, ¿cómo podrían reutilizar tales urnas funerarias?⁵

Nuevamente, desde esta inquietud y desde mi experiencia puedo mencionar algunos acontecimientos que me han sido significativos. El primero,

⁵ Ver a Pelegrín (2018) que dedica todo un libro sobre la muerte en el monte santiagueño.



Figura 3 / Imágenes de mujeres elaborando tinajas, mostrándolas (donde se aprecian las diferentes formas de contenedores) y usándolas en el Monte santiagueño (Colección Di Lullo).

después de la extracción de un pequeño cuenco arqueológico con los restos óseos de un niño en un paraje serrano, se escucharon por largo tiempo silbidos provenientes de ese lugar y ladridos de perros en dirección a ese lugar, según relatos de pobladores del paraje. Otro, el desentierro de una urna funeraria con restos óseo-dentarios humanos en su interior y la posterior re inhumación “cristiana” de los restos humanos, según el relato de un campesino. Otro, la donación de una urna con un párvulo en su interior luego de que sucedieran cosas extrañas en la casa donde ésta se guardaba, según el relato de un artesano. Otro, el pedido de una madre de cavar en el fondo de su casa para extraer una urna con restos humanos en su interior luego de escuchar “llantos de bebé”, según relatos de personal de Patrimonio. Otro, la exhumación de restos humanos por parte de un niño al que luego su madre le pidió de forma enérgica que los re inhumara, según el relato de un campesino.

Para concluir, al menos por ahora, es crucial resaltar que las transformaciones surgen de nuestras interacciones con las comunidades locales en el ámbito de la arqueología. Esta experiencia me llevó a comprender algo que Bonetti (2021) ya había mencionado acerca del largo proceso de invisibilización de lo indígena en Santiago del Estero.⁶ Advierto que ciertos discursos que descontextualizan y despersonalizan los objetos arqueológicos, como simplemente mostrar las fotos de la Figura 1 o lo que comúnmente ocurre en los museos, contribuyen a esta invisibilización. Mi conexión con las/los campesinas/os me ha permitido cambiar la perspectiva y reconocer otras posibles narrativas, así como lo que aportó como arqueólogo desde mi “virtud

⁶ Bonetti (2021) destaca que la invisibilización de lo indígena en Santiago del Estero fue proyecto, no claramente explícito, llevado adelante por distintos intelectuales y el estado con el objetivo de generar una “nueva” identidad provincial y correr de plano lo indígena, al menos desde la documentación oficial y diversos textos, sobre todo los educativos. Si había indígenas, ellos se extinguieron o estaban en otro lugar, por fuera de los límites provinciales. Esto fue llevado adelante sobre todo entre mediados del siglo XIX y el XX. Esto impactó entonces enormemente en las identidades locales y afecta actualmente en los procesos actuales de etnogénesis provinciales.

técnica”.⁷ En resumen, este cambio de perspectiva me habilita a revisibilizar lo indígena en las poblaciones campesinas actuales, cuyos elementos identitarios están constantemente en disputa.

Bibliografía

Arenas, P. (2005). “En la noche de los tiempos. Emilio y Duncan Wagner en el campo de profesionalización de la arqueología. *Mundo de Antes*, 4, 159-187.

Battaggia, F. (2023). La excavación de un museo como propuesta metodológica. El caso de la Colección Wagner del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” (Argentina) [Ponencia]. Sesión N°2 “Colecciones arqueológicas y objetos indígenas. Apropiaciones, traslados y circulaciones en museos y complejos expositivos moderno/coloniales” del XII Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes y XX Jornadas del Centro Argentino de Investigadores de Arte, Rosario, Santa Fe, Argentina.

Bonetti, C. (2021). Los procesos de etnogénesis en Santiago del Estero. Hacia una historicidad de las identidades étnicas. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 11(2), 1-24.

Catelli, L. (2022). El mestizaje en el museo. Un acercamiento con “inflexión subalternista” a la colección chaco-santiagueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13(22), 95-129.

Dtoke Free. (7 de julio de 2022). Markitos vs Chili Parker, Ligabazooka, 2022 Jornada 1 [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=wTVqU9yFJyI>

Grosso, J.L. (2008). *Indios muertos, negros invisibles. Hegemonía, identidad y añoranza*. Editorial Brujas.

Ledesma, R. (1957). *Sumampa (Relación Histórica - Arqueológica)*. Universidad Nacional de Tucumán.

⁷ Como me dice reiteradamente un referente campesino amigo.

Leon, D.C. y A. Bustamante (2020). Trabajo arqueológico, memoria y protección de la tierra. Las Reservas Campesinas de Ojo de Agua (Santiago del Estero). En G. Figuero y M. Danta (Eds.), *Una arqueología entre todos. Perspectivas y casos de estudio en el centro y noroeste de Argentina* (107-126). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Leon, D.C. y J. Togo (2013). *La utilización de la fauna por pobladores rurales santiagueños. Implicancias arqueológicas* [Poster]. XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja, La Rioja, Argentina.

Letieri, F., G. Cocco, G. Frittegotto, L. Campagnolo, C. Pasquali y C. Giobergia (2009). *Catálogo Digital. Santa Fe la Vieja (1573-1660). Bienes Arqueológicos del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de la Provincia de Santa Fe*. Gobierno de Santa Fe y Consejo Federal de Inversiones.

Lorandi, A. M. (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Subsecretaría de Cultura del Gobierno de Santiago del Estero.

Martínez, A. T. y C. Taboada (2011). Una “civilización” sin indios o la sublimación mítica del pasado. En A.T. Martínez, C. Taboada y A. Auat (Eds.), *Los hermanos Wagner. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940* (367-388). Universidad Nacional de Quilmes.

Martínez, A.T., C. Taboada y L.A. Auat (2013). Chapter 20. The Wagner Brothers French Archaeologists and Original Myths in Early Twentieth-Century Argentina. En N. Schlanger y J. Nordbladh (Eds.), *Archives, Ancestors, Practices. Archaeology in the Light of its History* (261-271). Berghahn Books.

Pelegrín, M. (2018). *Morir en el monte. Los rituales fúnebres de Santiago del Estero en su expresión polisémica*. EDUNSE.

Taboada, C. (2013). Reflexiones sobre arqueología y construcción de identidades para Santiago del Estero. *Trabajo y Sociedad*, 21, 347-361.

Taboada, C. (2019). Procesos sociales prehispánicos y pericoloniales en torno a los ríos Salado y Dulce (Santiago del Estero, Argentina). *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 511-540.

**Objetos y lugares transitados
por los hermanos Wagner en
Santiago del Estero y la colección del
Museo Marc de Rosario**

Constanza **Taboada**

Dar a conocer la existencia de la colección Wagner del Museo Marc y presentar un catálogo de la misma es un aporte muy importante. Por un lado, constituye un rico insumo para el desarrollo de la investigación arqueológica de los procesos indígenas ocurridos en la llanura santiagueña. Por otro, pone a disposición pública información de una zona donde varios de sus habitantes aún mantienen el recuerdo de las expediciones de los hermanos Wagner, mientras otros se preguntan sobre lo que encontraron o sobre los vínculos identitarios con los productores de dichos objetos (Medina Chueca ms).¹ En este contexto, resulta relevante dotar a esta colección de una biografía que habilite a evaluar su potencial para usos científicos, culturales, educativos, artísticos e identitarios. Un análisis crítico podrá mostrarnos, además, su peso en relatos fundacionales, como lo vimos con Ana Teresa Martínez y Alejandro Auat (Martínez et al. 2003) cuando analizamos el rol preponderante que jugaron los descubrimientos e interpretaciones de Emilio y Duncan Wagner en los discursos de identidad de la sociedad santiagueña, y como ahora ha planteado Laura Catelli (2022) respecto de la fundación del Museo Marc en Rosario.

Cuando hablamos de biografía de las colecciones, apuntamos a rastrear y describir el origen y trayectorias que éstas han tenido dentro de una institución, algo que Fausto Battaggia (2023) está realizando para la que aquí se

¹ En el marco de un proyecto de investigación arqueológico que iniciamos en 2011 en la región donde trabajaran los Wagner (Taboada 2011), estas inquietudes son dialogadas a través de un programa que busca hacer una arqueología consensuada y receptiva de las mismas.

da a conocer. Pero también nos referimos a recuperar, reconstruir y analizar los caminos previos, que incluyen criterios y lógicas de recolección de los colectores, así como modos, tiempos y lugares de conformación de la colección original. Para ello tenemos que sumergirnos en la vida, obra e ideas de quienes colectan, y considerar sus prácticas en el contexto académico, social, histórico y personal. Si no lo hacemos, las colecciones pueden devolvernos situaciones confusas y objetos mudos ante nuestras preguntas.

Por ello, resulta muy eficiente articular estas biografías con lo que he dado en llamar una “Arqueología de la Arqueología” (Taboada 2020). Esta metodología se fue delineando a partir de la mencionada investigación sobre los Wagner, y se consolidó al dedicarme a la arqueología de Santiago del Estero y descubrir que resultaba esclarecedor el conocimiento sobre sus vidas e ideas para entender y dar sentido a los materiales de colecciones, sitios arqueológicos e interpretaciones que estos autores dejaron. Aun con lo fascinante que puede ser conocer los pormenores de una actividad desarrollada a inicios del siglo XX por dos sabios ajenos al lugar donde desplegaban su labor, esta perspectiva apunta a ir más allá de una curiosidad biográfica. Nos ha permitido desandar trayectorias de interpretación y modos de construcción de datos, salvar discordancias entre los textos y lo que mostraban las colecciones, y cubrir vacíos de información o argumentación, logrando así poner en perspectiva, comprender, discutir, integrar entre sí, e incorporar críticamente a la investigación actual la información de textos, sitios arqueológicos y objetos de colecciones. A través de aquellas operaciones se plasman selecciones conscientes e inconscientes de datos y de temas, y se definen clasificaciones. La cuestión da pie para evaluar cómo las prácticas, las creencias y las percepciones influyen en la conformación de las colecciones y en las interpretaciones arqueológicas.

En este sentido, la biografía² de la colección Wagner del Museo Marc comienza en Santiago del Estero, con las investigaciones que Emilio y Duncan Wagner realizaron entre principios y mediados del siglo XX en un

2 La biografía de cada objeto, en cambio, comienza en el momento de su producción y comprende usos, descarte y procesos depositacionales mediante los cuales arribaron hasta su descubrimiento actual.

contexto provincial que recibió sus exploraciones con gran entusiasmo. Fue una verdadera cruzada arqueológica, y el grupo cultural La Brasa acompañó de diversos modos sus importantes descubrimientos y sus discutidas hipótesis (Martínez et al. 2003). En ellas planteaban que en las llanuras de Santiago del Estero se había desarrollado una antigua Civilización Chaco-Santiagueña emparentada con las grandes culturas de Eurasia. En dicha teoría, este Imperio habría girado en torno al culto primordial de una *deidad antropornitofídica* (fig. 1)³, que los Wagner creían ver en una figura repetidamente representada en las vasijas (Wagner y Wagner 1934). Otro punto de contacto entre ambos mundos se postuló a partir de supuestas semejanzas entre las miles de “fusaiolas” (torteros o husos de hilar) que se encontraban en Santiago del Estero y las halladas en Troya (Wagner y Righetti 1946). Estas teorías difusionistas, hoy insostenibles, suscitaron la airada reacción nacional de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología en una reunión especialmente convocada al efecto (Relaciones 1940). Lamentablemente, la discusión eclipsó los importantes aportes que los Wagner hicieron sobre el conocimiento de la arqueología de Santiago del Estero, los lugares de habitación prehispánicos, el manejo del agua y los modos locales de vida y de expresión indígena.

Ahora bien, en un momento en que la conformación de museos y de grandes colecciones resultaba de gran relevancia, las piezas exhumadas llenaron el enorme anfiteatro del Colegio Centenario de Santiago del Estero, lugar que ofició de museo, laboratorio y vivienda de Emilio Wagner. Emilio alternaba esta vida con la trascurrida en una casa instalada en el campo, en Mistol Paso (cerca de Icaño, departamento de Avellaneda) (fig. 2). Allí pasaba largas temporadas organizando los campamentos desde los que se llevaban adelante las excavaciones. Una curtiembre, colmenas y sus actividades de caza completaban los insumos necesarios para las exploraciones, que fueron financiadas con aportes de diferentes entidades, como el gobierno de Santiago del Estero y la Universidad de Tucumán (Reichlen 1940; Righetti 1948), y ahora sabemos que también por Julio Marc (Catelli 2022; Battaggia 2023).

3 Se puede apreciar esta interpretación en las referencias originales de Emilio Wagner que acompañan a las figuras 1, 3 y 7.



Figura 1 Ay B / Nro. 269 y Nro. 275 - Diferentes estilizaciones de la divinidad antropo-ornito-
ofídica cuya degeneración se puede seguir en la lámina XV y subsiguientes de la obra “la Civilización
Chaco-Santiagueña etc.”





Figura 1 C / Nro. 289 - Efigies de la divinidad que por estilización degresiva han perdido todas las formas que aparecen en los N°262 al 278 y se presentan bajo la forma de un pico de pájaro algunos de los cuales conservan los ojos. Todas las transformaciones sucesivas se pueden apreciar en el primer tomo de la obra ya indicada. Ver específicamente lámina XIX.

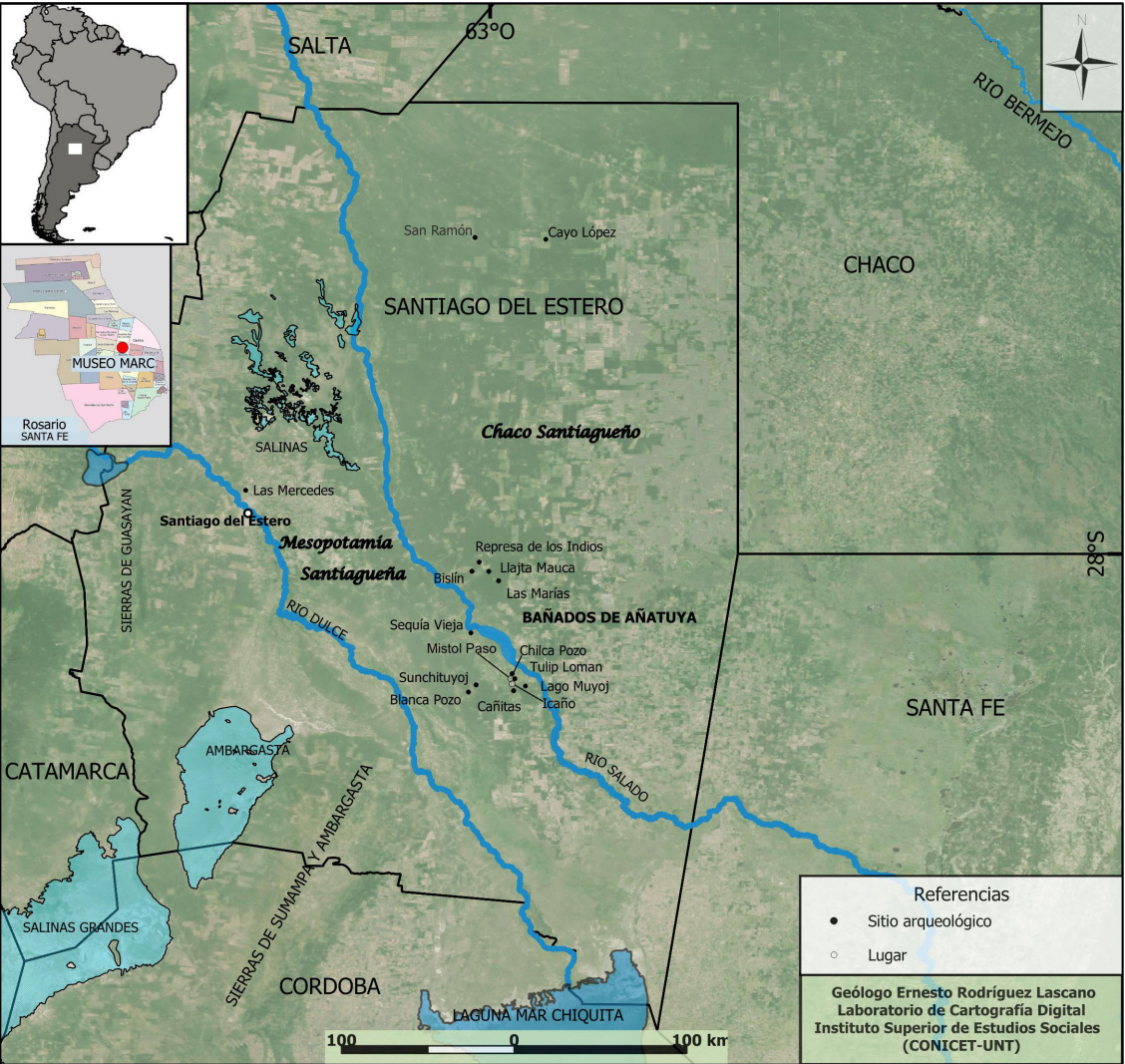


Figura 2 / Mapa con lugares y sitios mencionados en el texto. (Elaboración: Geól. Ernesto Rodríguez Lascano, ISES-CONICET)

Al momento de la investigación con Ana Teresa Martínez y Alejandro Auat logramos identificar el lugar donde estuviera dicha vivienda, gracias a Don Silverio Carrizo, ex-colaborador de Emilio Wagner (Martínez et al. 2003). Todavía es posible distinguir los restos de algunas de las construcciones y de las actividades que allí se desarrollaran, por lo que en 2006 propusimos que se protegiera el lugar. Actualmente trabajamos con la Comuna de Icaño en un proyecto para su preservación, investigación y valoración, que contempla los intereses y sentires de los descendientes de Emilio Wagner y de las personas que viven allí y han cuidado el lugar a lo largo de los años (Taboada et al. 2023).

Por esa casa pasaron muchos de los objetos recuperados en las excavaciones, para luego ser remitidos por tren a Santiago del Estero. Mistol Paso se ubica en la zona de los Bañados de Añatuya (sobre la margen oeste del río Salado), en torno a la cual se encuentran los sitios más trabajados por los Wagner. Desde 2011 investigamos en dicha área y, con la ayuda ofrecida años atrás por Don Silverio Carrizo, pudimos reubicar los sitios excavados por los hermanos e identificarlos con los nombres que les dieran (Taboada y Angiorama 2021). Aunque parezca algo obvio, no lo es. Los sitios arqueológicos de la llanura santiagueña son muy semejantes entre sí y, de aquellos explorados por los Wagner, sólo hay indicaciones muy generales sobre su ubicación (Reichlen 1940). A la observación de superficie se ven como conjuntos de montículos de tierra y dispersión de fragmentos cerámicos y óseos. Un buen indicio para su ubicación surge cuando el nombre del sitio da cuenta de una toponimia (no siempre), pero suele haber más de un sitio en torno a un paraje. No hay tampoco parámetros topográficos de relevancia para su identificación, debido a que se trata de una zona de llanura y a que los ríos, lagunas y bañados cambian de ubicación y extensión, como también las referencias antrópicas (camino y construcciones se han movido a lo largo de los más o menos 100 años desde que los Wagner localizaron los sitios).

Esta aproximación a los sitios, que es parte de hacer Arqueología de la Arqueología, permite vincular los materiales de las colecciones (que cuentan con la indicación del nombre del sitio y otros datos generados al hacer

sus biografías) con las investigaciones actuales en aquellos. Podemos así correlacionar estudios analíticos de estas piezas con las nuevas excavaciones y fechados, teniendo bastante certeza de que se trata de material del sitio que estudiamos, o identificando inconsistencias que permiten discutir diferentes posibilidades (Taboada et al. 2018). También podemos explorar las colecciones y descubrir que las componen materiales arqueológicos que no han sido mencionados en las publicaciones. Un primer tema de investigación en torno a objetos de metal hallados en Santiago puso en evidencia esta situación (Angiorama y Taboada 2008). Los textos de los Wagner omitían primeramente el hallazgo de piezas metálicas, mientras que las colecciones y un par de textos de otros autores daban cuenta de material de este tipo y señalaban su posible origen andino (Reichlen 1940; Pedersen 1952). Al ahondar en las ideas de los Wagner se hizo evidente que, en un principio, estaban persuadidos de que no correspondían a la supuesta milenaria Civilización Chaco-Santiagueña que propugnaban, quedando así los objetos de metal excluidos de sus textos.⁴ En este caso, la articulación entre las biografías de estos objetos y el conocimiento de los procesos interpretativos operados sirvieron para aclarar la situación e incorporarlos a la investigación actual, problematizando su presencia en la llanura santiagueña.

Volviendo a los sitios arqueológicos, sabemos que los de los Bañados de Añatuya empezaron a ser excavados por Emilio Wagner en 1902, y que durante más de 40 años continuó descubriendo y trabajando otros nuevos en dicha zona (Reichlen 1940). Varios de los objetos de la colección Wagner del Museo Marc proceden de ellos (por ejemplo, de Averías⁵, Mancapa, Tulip Loman, Laguna Muyo, Cañitas, Chilca Pozo, Sequía Vieja), pero también de muchos otros sitios distribuidos en gran parte de la llanura de Santiago del Estero. Hay materiales de la zona del Chaco santiagueño, al este del río Salado, donde en 1927 los Wagner concretaron una primera

4 Aceptarán tardíamente su presencia, origen andino y arribo a la llanura por posible intercambio (Reichlen 1940; Wagner y Righetti 1946).

5 Algunos sitios son nombrados por los Wagner y la bibliografía con algunas variantes, pero constituyen el mismo: Averías y Averías del Bracho; Lago Muyo, Laguna Muyo y Laguna Muyo.

Misión Arqueológica financiada por el gobierno provincial que se enfocó en dos sitios emblemáticos: Represas de los Indios y Llajta Mauca. Allí acamparamos y excavamos durante 8 meses, para continuar en 1928 gracias a un nuevo subsidio de la Provincia (Wagner 1927; Reichlen 1940). Más al norte se encuentran otros sitios representados en la colección del Museo Marc, como Las Marías, Las Lomadas, Cayo López y San Ramón, descubiertos y explorados en 1938 por Reichlen, un investigador suizo-francés que vino a trabajar con los Wagner y que consiguió financiamiento del gobierno local para realizar una Misión al norte de la provincia, nunca antes investigada (Reichlen 1940). También hay piezas de sitios de la Mesopotamia santiagueña centro-sur (como Sunchituyo y Blanca Pozo), trabajados primeramente por Emilio Wagner y luego por Reichlen. Además, en la colección del Marc hay materiales de Las Mercedes, otro sitio paradigmático por dar el nombre a lo que se llamó Industria –y posteriormente Cultura– Las Mercedes, la entidad alfarera más antigua de la región (Reichlen 1940; Gómez 1966). Dicho sitio fue descubierto alrededor de 1938 cerca de la ciudad de La Banda por Olimpia Righetti (Gómez 2009), discípula de Emilio Wagner. Además, están representados algunos otros sitios de la cuenca del río Dulce, de la Mesopotamia centro-norte y de las sierras de Guasayán, zonas poco o nada trabajadas por los Wagner, pero sí por otros investigadores que, en algunos casos, donaron piezas al Museo de Santiago del Estero dirigido por Emilio Wagner –como Jorge Argañaraz y Rafael Delgado– (Gramajo de Martínez Moreno 1973) y, en otros, gestionaron sus propias colecciones personales –como Von Hauenschild– (Lindskoug 2008). Battaglia (2023) ha identificado que algunas de las piezas de la colección de Santiago del Estero del Museo Marc fueron compradas directamente a la familia de este último.

Dada esta cantidad y variedad de sitios, distribuidos por gran parte de Santiago del Estero, descubiertos y excavados en distintas épocas y por distintas personas, pensamos que es posible que la colección que Wagner le envió a Marc haya sido completada con materiales procedentes de exploraciones realizadas en Santiago a lo largo de varios años y en distintas misiones arqueológicas. Consideremos que, además de aquellas piezas procedentes

de sitios trabajados por otros investigadores ligados al museo que ya mencionamos, hay lugares sobre los que, por ahora, no tenemos noticias de que se hubiera regresado a excavar (como Represas de los Indios y Llajta Mauca, excavados entre 1927 y 1928, y los explorados en 1938 al norte de la provincia por Reichlen como parte de la misión financiada por el gobierno). Retornar a excavar estos lugares no era fácil. Las distancias, las penurias por la falta de agua y de caminos en el monte santiagueño, y la cantidad de personal necesario para llevar adelante las excavaciones (más aún de la magnitud necesaria para proveer piezas completas, variadas y de distintos lugares como las de la colección entregada a Marc) hacían de estas exploraciones misiones muy difíciles de sostener y replicar (Reichlen 1940; Righetti 1948).

Consideremos, además, que Marc encargó la colección en 1937 (Battaglia 2023), un momento difícil en la vida de los hermanos Wagner. Tras muchos años haciendo arqueología en Santiago, los Wagner habían publicado en 1934 un libro que fue recibido con muchas críticas nacionales, dejándolos tácitamente fuera de la ciencia argentina (Martínez et al. 2003). Según Reichlen, quien llegaría en 1937 con nuevas miradas sobre la arqueología local, las excavaciones de los Wagner se desarrollaban en esa época ya a un ritmo lentificado. Además, a fines del mismo año, moría Duncan. Emilio seguirá trabajando desde entonces con Olimpia Righetti, nombrada vicedirectora del museo en lugar de aquel. Según Righetti (1948) y una crónica del mismo Emilio (Wagner 1948), este último se dedica por entonces a la interpretación de los innumerables datos acumulados y a la organización del segundo tomo del libro de la Civilización Chaco-Santiagueña (que nunca se publicará). Al momento de entregar la colección a Marc en 1939, Emilio estaba por cumplir 71 años, pero no claudicaba. En 1948 seguía investigando, y su última publicación termina con un balance sobre su dirección en el Museo a lo largo de 20 años: “He dejado para la cultura de la Provincia y la ciencia argentina una institución que cuenta con 75.000 piezas documentales, que revelan la existencia de una civilización que era desconocida...” (Wagner 1948). Y en esto último tenía razón. A partir de sus trabajos se advirtió que Santiago del Estero jugaba un papel relevante en los procesos prehispánicos regionales, y

muchos investigadores (Greslebin, Serrano, etc.) anhelaban investigar ellos mismos de qué se trataba la cuestión (Relaciones 1940). Pero hay algo más, y Righetti nos lo muestra claramente cuando señala lo que Emilio solía decir: “He pagado mi deuda de gratitud a este país hospitalario con haber formado este Museo” (Emilio Wagner en Righetti 1948). Ambas citas revelan los sentidos profundos que movían a estos investigadores. De hecho, la oferta de Marc debió ser un gran aliciente para poder seguir adelante en medio de las adversidades de aquella época. Más aun, no habría que descartar que las investigaciones realizadas entre 1937 y 1939, como las de Righetti en Las Mercedes y de Reichlen en las zonas de los Bañados de Añatuya y Sunchituyo (Emilio hace volver a Reichlen del norte para que retome las investigaciones en dichos lugares), fueran financiadas con el aporte de Marc.

En este punto me parece importante aclarar que, por entonces, la venta e intercambio de colecciones formaba parte de las prácticas habituales de la arqueología coleccionista del momento que, entre otras cosas, buscaba formar museos que fueran espejos de la diversidad de una región, de un país o aun del mundo. En el caso de la colección entregada a Marc, se contó con una autorización del gobierno provincial (Laura Catelli, comunicación personal), posiblemente porque el museo del que Emilio era Director y para el que trabajaba en las exploraciones era de carácter gubernamental.⁶ Otras colecciones arqueológicas eran de propiedad personal, como la formada por Von Hauenschild, quien disponía de un museo privado (Lindskoug 2008). Esta última fue vendida en 1948 al Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore (hoy Museo de Antropología) de la Universidad Nacional de Córdoba por intercesión de su director, Antonio Serrano, uno de los más destacados arqueólogos de entonces, interesado en la arqueología santiagueña desde los primeros descubrimientos de los Wagner (Relaciones 1940; Lindskoug 2008).

Ahora bien, casi desde un inicio, y más desde que los académicos empezaron a discutir sus ideas, los Wagner apelaron a difundir sus descubrimientos

6 Fue fundado en 1916 como Museo Arcaico de la Capital provincial con la donación de la colección particular del Intendente Gancedo (Martínez et al. 2003), y en 1936 pasó a depender del Ministerio de Gobierno (Wagner 1948).

e interpretaciones en ámbitos no especializados. Tal fue el caso de dos disertaciones dictadas en 1935 en la Asociación de Conferencias de Rosario. Estas fueron luego prologadas con ciertas reservas en su versión escrita por Alfredo Castellanos (1936), presidente de la Asociación, pero también parte de la Universidad del Litoral, quien enfatiza en su proemio los escasísimos recursos con que los hermanos contaban para sus exploraciones. Castellanos era un paleoantropólogo que había trabajado ese mismo año el tema del hombre fósil en sitios del río Dulce y había recorrido con Emilio Wagner los sitios de Llajta Mauca y Averías del Bracho (Gramajo de Martínez Moreno 1973). Tal como señala Battaggia (2023), el vínculo con Rosario podría remontarse a esta época. Y pudo no terminar ahí, ya que años después Larguía de Crouzeilles (1939) visita el Museo de Santiago con el fin de comparar sus materiales arqueológicos con algunos hallados en Santa Fe. Su trabajo se suma al de Serrano (1938), al visibilizar los vínculos que las poblaciones prehispánicas de la llanura santiagueña pudieron entablar con el Noreste Argentino.

Dicho todo esto, intentaremos dar a continuación un pantallazo general sobre lo que sabemos actualmente en torno a la arqueología santiagueña. Entre los trabajos de los Wagner y hoy han mediado otras investigaciones, no muchas, pero las suficientes para aportarnos datos e hipótesis relevantes sobre aquellas primeras miradas pioneras. A partir de mediados de los 60, Lorandi, Gómez, Gramajo de Martínez Moreno y Togo desplegaron la etapa inicial de una arqueología científica, aportando análisis tipológicos, fechados radiocarbónicos y excavaciones estratigráficas en distintos sectores de la provincia. Sentaron las bases para las investigaciones actuales y pusieron en evidencia la diversidad de situaciones arqueológicas en el tiempo y a lo largo de tan extensa provincia, para la cual no podemos concebir una homogeneidad de procesos sociohistóricos prehispánicos (Taboada 2011). Hoy hay tres proyectos que investigan la arqueología santiagueña y dan cuenta de esa diversidad: uno liderado por Catriel Leon, centrado en el sur de la provincia, otro por Luis Del Papa enfocado en la cuenca media del río Dulce y sierras del oeste provincial, y el nuestro, abocado a la cuenca del río Salado, Mesopotamia centro-sur y Chaco santiagueño. En nuestro caso, abarcamos

justamente la zona trabajada por los Wagner, luego estudiada por Lorandi (2015) y eventualmente por Gramajo de Martínez Moreno (1992). Nuestro estudio está enfocado tanto en los procesos prehispánicos como coloniales (Taboada 2019; Taboada y Farberman 2014, 2018; Farberman y Taboada 2023, entre otros).

Ahora bien, ¿qué podemos decir hoy sobre quienes hicieron y usaron las piezas arqueológicas que exhumaron los Wagner (y otros investigadores) en Santiago del Estero, parte de las cuales conforman la colección del Museo Marc? Una primera mirada a fotografías de una parte de dicha colección (facilitadas por Laura Catelli y Fausto Battaggia) nos muestra materiales que abarcan una amplia gama de situaciones, épocas y procesos. Algunas objetos, como los de la originalmente llamada cerámica negra (fig. 3)⁷, ciertas piezas incisas y las actualmente llamadas Cortaderas (fig. 4)⁸, corresponden a los más antiguos asentamientos alfareros conocidos hasta ahora para la actual provincia de Santiago del Estero. Fueron encuadrados bajo el rótulo general de *Las Mercedes* por los primeros hallazgos realizados por Righetti en el sitio homónimo. Sus hacedores vivieron principalmente en el oeste provincial, en la zona serrana y cuenca alta del río Dulce durante el primer milenio de la era cristiana (Togo 2007).

En esta época, las zonas del río Salado y el Chaco santiagueño, epicentro de las investigaciones de los Wagner, parecen haber estado escasamente ocupadas, tal vez por una excesiva aridez (Taboada 2023). Es posible que hacia el 1000 d. C. o un poco antes cambiara esta situación climática, y estas áreas más orientales fueran paulatinamente pobladas con mayor densidad y

7 La referencia de Wagner en la figura 3, aludiendo a la deidad también para esta cerámica, muestra la importancia de recuperar las construcciones interpretativas a las que nos referíamos antes, ya que en esta alfarería aparecen otro tipo de representaciones pero que igualmente son vinculadas a aquella interpretación. También resulta importante recuperar el dato de asociación de esta pieza con la urna 141 (que corresponde a la presentada en la figura 4, luego denominada cerámica Cortaderas), una asociación que cuenta con pocos datos concretos en la bibliografía.

8 Resaltamos la gran semejanza con la pieza 1 de la Lámina LXIV publicada por Wagner y Wagner 1934.

permanencia a medida que nos adentramos en el segundo milenio de la era cristiana. A esta época corresponden otros sitios representados en la colección del Marc, como Sunchituyo y Blanca Pozo ubicados en la Mesopotamia centro-sud, y Bislín al este del río Salado, que muestran la continuidad de uso, aunque con variantes, de la alfarería incisa (fig. 5) y la emergencia de nuevos estilos cerámicos (Taboada 2020). Estos nuevos estilos, pintados y con aplicaciones al pastillaje, representan dos motivos típicos: el búho y la figura antropomorfa con lágrimas y arcos superciliares remarcados, que configura la base de la *deidad antropornitofídica* concebida por los hermanos Wagner. En un principio, estas eran comunidades pequeñas, que vivían de la caza, la pesca y la recolección vegetal, y probablemente tuvieran también horticultura doméstica (Lorandi 2015; Taboada 2019).

Los poblados fueron creciendo y estabilizándose hasta convertirse en grandes asentamientos, con posible agricultura y un manejo eficiente del agua ante la alternancia de sequías e inundaciones (Farberman y Taboada 2023). Ilustran esta situación sitios como Represas de Los Indios y Llajta Mauca en el Chaco santiagueño, y Sequía Vieja y otros de la zona de los Bañados de Añatuya que continuaron en uso en época colonial (Lorandi 2015; Taboada 2019; Taboada y Farberman 2018). A estos momentos prehispánicos tardíos se asocia un nuevo estilo cerámico presente en la colección enviada a Rosario, conocido en la bibliografía actual como Averías (Lorandi 2015; Taboada 2014) (fig. 6).

Por entonces, las poblaciones construían sus viviendas con postes y techos de torta de barro (Taboada 2023). Desplegaban un elaborado ritual fúnebre, que incluía no solo el uso de urnas –como algunas de las recuperadas por los Wagner–, sino también el tratamiento del cuerpo en diversas etapas y la memoria activa de los lugares de inhumación (Taboada y Rodríguez Curletto ms). Su rica cultura material incluye –además de las vasijas admiradas por los Wagner– pipas, ocarinas y adornos incluidos en la Colección del Marc y que dan cuenta de diversas actividades rituales, sociales, lúdicas, estéticas, simbólicas y de prestigio que aún tienen mucho que decirnos sobre estas poblaciones (Taboada 2014).



Figura 3 / Nro. 147 - Urna de alfarería negra, típica de esa clase de cerámica en la provincia. Lleva una sola asa semicircular colocada en la base del cuello. Los pueblos que hacían esta clase de alfarería eran servidores de la misma divinidad antro-po-ornito-ofídica, como lo indican las piezas de cerámica que acompañan estas alfarerías en el suelo. Proviene de las excavaciones de La Isla (finca Las Mercedes) dep. La Banda.

Pág. 177: **Figura 4** / Nro. 141 - Urna ovoidea y ápoda, decorada con dibujos ofídicos-maniformes en negro bordeado de blanco sobre fondo rojizo [sic] de la alfarería. Esta pieza fue encontrada en La Isla (finca Las Mercedes) dep. La Banda.





Pág. 178: **Figura 5** / Nro. 321 - Mitad de un puco proveniente de Sunchituyoj cuya ornamentación particular la constituye una serpiente en zig-zag, grabada sobre un primer trazado ejecutado en pintura blanca. Borde con incisiones.

Figura 6 / Nro. 426 - Puco de Averías del Bracho pintado con motivos escalonados en rojo y negro sobre fondo blanco. Este último color generalmente muy delicado ha dejado rastros de una tonalidad ocre en algunas partes de la pieza y en otras ha desaparecido por completo dejando ver el color rojizo de la alfarería.

La zona de los Bañados de Añatuya cobró gran relevancia en los procesos prehispánicos tardíos de consolidación local e interacción regional, y también en época colonial. Su población entabló algún tipo de relación con los incas, visible a través del establecimiento de poblaciones de la llanura santiagueña en sitios incaicos del Noroeste Argentino y en la obtención de los mentados objetos de metal por parte de las poblaciones de los Bañados de Añatuya (Lorandi 1980; Angiorama y Taboada 2008; Taboada et al. 2013; Castro Olañeta 2013; Taboada 2014). Destacaron en el hilado y el tejido (en algodón y otras posibles fibras), como lo muestra la gran cantidad de torteros (fig. 7) hallados en dicha zona y la continuidad de esta actividad en los obrajes coloniales (Castro Olañeta 2013; Taboada 2014; López Campeny 2016). A diferencia de lo que creían los Wagner, las más tardías de estas poblaciones sí entraron en contacto con los colonizadores europeos. Respondían a caciques y, en alianza con grupos chaqueños, se levantaron en rebeliones contra el avance hispano (Castro Olañeta 2013; Taboada y Farberman 2014). Algunos de sus asentamientos fueron convertidos en pueblos de indios coloniales. Tal es el caso del sitio Sequía Vieja, que muestra la intervención hispana a través de un cementerio indígena colonial, parafernalia asociada al culto católico y material europeo (cuentas de vidrio, tapa de pila bautismal, etc.). Posiblemente configuró el Pueblo de Indios de Lasco (Taboada y Farberman 2018).

En síntesis, una colección arqueológica es mucho más que un conjunto de objetos guardados o expuestos en un museo. Reconstruyendo su biografía y haciendo Arqueología de la Arqueología podemos darle vida y constituir la en una vía relevante de acceso a la historia y a las acciones de múltiples agentes involucrados en su trayectoria. Podremos así obtener respuestas no solo sobre aquellas poblaciones que hicieron y usaron estas piezas, sino también sobre quiénes y cómo las recolectaron, interpretaron y gestionaron. En este sentido, esta primera exploración nos percatamos sobre el probable financiamiento por parte de Marc de los trabajos arqueológicos realizados por Wagner y su entorno entre 1937 y 1939, y sobre la posible complementación de la colección enviada a Rosario con materiales procedentes de otros



Figuras 7
Torteros procedentes de sitios de los Bañados de Añatuya (Lago Muyo, Tulip Loman, Averías y Chilca).

Figura 7 A
Nro. 67 - Tortero cruciforme. Proviene de Laguna Muyu.



Figura 7 B / Nro. 21 - Tortero grande con cuatro efigies de la divinidad ornitomorfa.



Figura 7 C / Nro. 27 - Tortero cruciforme.



Figura 7 D / Nro. 14 - Id con dos divinidades ornitomorfas que se enfrentan. Proviene de "Chilca Pozo".



trabajos de campo. Estas constituyen cuestiones esenciales para incorporar la adecuadamente a la investigación arqueológica, pero también para pensar la historia de la ciencia y los procesos de patrimonialización y construcción de identidades.

Bibliografía

Angiorama, C. y Taboada, C. (2008). Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina). *Revista Andina*, 4, 117-150.

Battaggia, F. (2023). La excavación de un museo como propuesta metodológica. El caso de la Colección Wagner del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” (Argentina) [Ponencia]. Sesión N°2 “Colecciones arqueológicas y objetos indígenas. Apropiaciones, traslados y circulaciones en museos y complejos expositivos moderno/coloniales” del XII Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes y XX Jornadas del Centro Argentino de Investigadores de Arte, Rosario, Santa Fe, Argentina.

Castellanos, A. (1936). Proemio. En D. Wagner, *Dos conferencias del señor Duncan L. Wagner sobre el carácter y antigüedad de la Civilización Chaco-Santiagoueña* (pp. III-IX). Asociación cultural de conferencias de Rosario.

Castro Olañeta, I. (2013). “Donde estan situados los mas yndios de la jurisdicción desta ciudad”. Un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. *Surandino Monográfico*, 3(2), 1-23.

Catelli, L. (2022). El mestizaje en el museo. Un acercamiento con “inflexión subalternista” a la colección chaco-santiagoueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13(22), 95-129.

Gómez, R. (1966). *La Cultura de Las Mercedes (Contribución a su estudio)*. Santiago del Estero.

Gómez, R. (2009). Arqueología santiagueña: un diseño de investigación para el Formativo Inferior. Fase explorativa. *Revista del Museo de Antropología*, 2(1), 53-66.

Gramajo de Martínez Moreno, A. (1973). La Arqueología santiagueña. Su historia y evolución. *75° Aniversario de El Liberal*, 100-114.

Gramajo de Martínez Moreno, A. (1992). Pueblos de indios Postconquista de la jurisdicción de Santiago del Estero. *Relaciones*, 18, 181-209.

Farberman, J. y Taboada, C. (2023). Entre ríos, esteros y pozos. Agua, instalación y movilidad indígena en el Chaco y la llanura santiagueña: perspectivas etnográficas, históricas y arqueológicas. *Revista del Museo de Antropología*, 16(2), 47-64.

Larguía de Crouzeilles, A. (1939). Correlaciones entre la alfarería indígena encontrada en la región de Santa Fe y la de la provincia de Santiago del Estero. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, IV (CXXVIII), 196-211.

Lindskoug, H. (2008). En la sombra de la arqueología argentina: Jorge von Hauenschild y la formación de la colección von Hauenschild del Museo de Antropología (Universidad Nacional de Córdoba). *Revista del Museo de Antropología*, 1(1), 61-70.

López Campeny, S. (2016). El textil antes del textil... Análisis de instrumental arqueológico como referente de prácticas de producción textil. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 21(2), 119-136.

Lorandi, A. M. (1980). La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones*, XIV(1), 147-164.

Lorandi, A. M. (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura.

Martínez, A. T., Taboada, C. y Auat, A. (2003). *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Universidad Católica de Santiago del Estero. Santiago del Estero.

Medina Chueca, M. (2022). Discursos, representaciones y prácticas acerca del pasado y las materialidades arqueológicas entre las poblaciones del Departamento Avellaneda (Santiago del Estero). Tesis Doctoral en elaboración. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán. Ms.

Pedersen, A. (1952). Objetos de bronce de la zona del río Salado (región Chaco-Santiagoueña). *Proceedings of the XXX International Congress of Americanistes*, 92-100.

Reichlen, H. (1940). Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Societé des Amèricanistes*, LXV, 133-225.

Righetti, O. (1948). Los Wagner desentrañaron el pasado de Santiago. *El Liberal*, Numero del Cincuentenario, 148-151. Santiago del Estero.

Relaciones. (1940). Los aborígenes de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II.

Serrano, A. (1938). *La etnografía antigua de Santiago y la llamada civilización chaco-santiagueña*. Paraná: Casa Pedrassi.

Taboada, C. (2011). Repensando la Arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática. *Relaciones*, 36, 197-219.

Taboada, C. (2014). Sequía Vieja y los Bañados de Añatuya en Santiago del Estero. Nodo de desarrollo local e interacción macrorregional. *Comechingonia*, 18, 93-116.

Taboada, C. (2020). El problema del registro arqueológico anterior al 1000 AP y la cerámica incisa/grabada en la zona del río Salado (llanura de Santiago del Estero, Argentina). *Revista del Museo de Antropología*, 13(2), 283-294.

Taboada, C. (2023). La casa que camina y los horcones del abuelo. Prácticas de construcción, desarme y traslado de viviendas tradicionales rurales en la llanura de Santiago del Estero (Argentina). Registro etnográfico e implicancias arqueológicas. *Relaciones*, 48, 316-416.

Taboada, C., y Angiorama, C. (2021). Tras los sitios de los pioneros y algo más. Prospecciones en la llanura de Santiago del Estero (Argentina) y aportes a problemáticas de investigación regional. *Arqueología*, 27(1), 41-67.

Taboada, C., Angiorama, C., Leiton, D. y López Campeny, S. (2013). En la llanura y los valles... Relaciones entre las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas y el estado inca: materialidades, elecciones y repercusiones. *Intersecciones*, 14, 137-156.

Taboada, C. y Farberman, J. (2014). Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del Estero, Argentina). *Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, 8(1), 7-43.

Taboada, C. (2018). Interpretación interdisciplinaria para el sitio arqueológico Sequía Vieja en los Bañados de Añatuya y el pueblo de indios y curato de

Lasco (Santiago del Estero, Argentina). En M. A. Muñoz (Ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas* (pp. 15-32). Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón.

Taboada, C., López Campeny, S. y Angiorama, C. (2018). Una placa de metal y un tejido de algodón: implicancias en relación a procesos Wagner de Santiago del Estero (Argentina). Usos, contextos e implicancias en relación a procesos locales, incaicos y coloniales en la llanura de Santiago del Estero (Argentina). *Estudios Atacameños*, 59, 121-154.

Taboada, C., Medina Chueca, J. y Rodríguez Curletto, S. (2023). Anteproyecto de investigación, conservación y valorización de la ex propiedad de Emilio Wagner en Mistol Paso (Santiago del Estero). Presentado a la Intendencia de Icaño. Santiago del Estero. Ms.

Taboada, C. y Rodríguez Curletto, S. (2024). Biografía de un montículo singular (o no tanto) con inhumaciones incompletas (Santiago del Estero, Argentina). Formación, cronología y prácticas funerarias. Ms.

Togo, J. (2007). Los primeros fechados radiocarbónicos de Las Mercedes. *Indoamérica*, I(1), 51-80.

Wagner, E. R. (1927). La “Civilización Chaqueña”. ¿Un tipo de cultura autóctona preincásica? Notables descubrimientos arqueológicos. *La Brasa*, 1(1), 1, 4, 5 y 6. Santiago del Estero.

Wagner, E. R. (1948). Lo que muestran los archivos del Museo Arqueológico. *El Liberal*, Numero del Cincuentenario, 151-153. Santiago del Estero.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* (Tomo I). Buenos Aires: Compañía Impresora Argentina.

Wagner, E. R. y Righetti, O. (1946). *Archéologie Comparée. Résumé de Préhistoire*. Buenos Aires.

**El Imperio de las Llanuras arribó
a las costas del Paraná.
Un análisis de la colección arqueológica
“Wagner” del Museo Marc**

Fausto **Battaggia**

Introducción

El Museo Marc abrió sus puertas el sábado 8 de julio de 1939. Desde sus inicios la institución se valió de las donaciones y las compras como modalidades principales para adquirir sus colecciones. Entre los donantes se ubican personalidades destacadas de la época, como Arturo Colombres, y el propio fundador del museo, Julio Marc. Las compras se realizaron en comercios especializados, muchos de ellos ubicados en Buenos Aires, como Casa Pardo y Old Antiquity Shop. A pesar de ser un museo provincial, para realizar estas gestiones se articularon fondos provenientes de partidas presupuestarias asignadas por los tres niveles estatales (Municipalidad, Provincia y Nación).

Si nos basamos en la información consignada en los documentos existentes en el museo, el caso de la colección de piezas arqueológicas provenientes de Santiago del Estero se ubica por fuera de las lógicas de adquisición mencionadas. Su singularidad estaría dada por tratarse de objetos recuperados en el marco de exploraciones arqueológicas especialmente organizadas para formar una colección para el museo. Es decir, el monto acordado entre Marc y los investigadores Duncan y Emilio Wagner habría sido empleado para sustentar sus investigaciones y de ese modo obtener y enviar las piezas.¹ De cualquier modo, un aspecto indiscutiblemente particular de esta colección

¹ Sugerimos a los lectores indagar en relación a este aspecto mediante la lectura de los trabajos de Taboada y Catelli incluidos en el presente catálogo.

es que su llegada rompió con la matriz netamente andina de las piezas arqueológicas incorporadas hasta ese momento por el museo: con su arribo, el Imperio de las Llanuras (Wagner y Wagner 1934) se hacía presente en las costas del Paraná.

En estas líneas presentamos un breve análisis de la colección arqueológica “Wagner” realizado desde la perspectiva teórico-metodológica de la excavación de los museos. El abordaje presentado contempla la gestión de las piezas en tanto colección museológica, considerando el estado actual en el que se encuentran. Al mismo tiempo, abonamos a caracterizar la dinámica subyacente en el proceso de conformación de la colección. Esta contribución al análisis del contexto histórico, social y cultural en el que se conformó el fondo patrimonial del museo desde una perspectiva antropológica propició el encuentro con la línea de trabajo de la doctora Laura Catelli. Esa confluencia de caminos nos llevó hasta el presente catálogo.

Excavar el museo: una experiencia de investigación y gestión de colección

El origen de este recorrido se encuentra en considerar la potencialidad de analizar los museos más allá de su carácter de espacio contenedor de piezas patrimoniales, situación que lleva a repensar las estrategias teórico-metodológicas desde las cuales estudiarlos. Proponer una excavación de los museos implica establecer un diálogo de saberes de distintos ámbitos del conocimiento (Hicks and Stevenson 2013; Battaggia 2018 y 2020; Lindskoug 2019; Hitchcock 2020). Utilizar los archivos y la documentación como fuentes de información primaria, y no como complemento de la investigación, permite excavarlos siguiendo la premisa de un contexto arqueológico, parcial y seleccionado (Hitchcock 2020). Comprender al museo como un sitio arqueológico posibilita re-analizar las colecciones desde perspectivas que generan nueva información, alcanzando una dimensión más profunda del proceso arqueológico. Los objetos recuperados en esta excavación del museo irán siendo contextualizados de forma tal de poder interpretarlos y analizarlos con mayor precisión.

En el caso que aquí nos convoca, consideramos que las tareas de relevar, sistematizar y analizar la documentación existente en el Marc en relación con la adquisición de la colección arqueológica “Wagner” abonará a reconstruir su biografía cultural (Kopytoff 1991) y los vínculos interpersonales generados en torno a estas piezas. La puesta en marcha de estas actividades permite articular entre diferentes áreas técnicas de la institución, como conservación y documentación², junto a las cuales elaboramos un protocolo de trabajo para avanzar en la conservación preventiva, catalogación y digitalización de la documentación vinculada con la adquisición de las piezas. Este cuerpo documental fue incorporado a los Fondos Documentales del museo bajo la denominación de “Archivo colección arqueológica Wagner”, con la intención de que se puedan seguir incorporando en él futuros hallazgos. Hasta el momento hemos logrado identificar doce documentos, con una extensión total de treinta y cinco hojas, entre los cuales existe correspondencia de los hermanos Wagner con las autoridades del museo y con terceros interesados en que se concrete la operación.

Excavar el Marc implica analizar el arribo de las piezas en el marco de la construcción de un relato histórico-identitario para la ciudad de Rosario, así como reconstruir las redes de vinculación entre investigadores e intelectuales de Rosario y Santiago del Estero. En este sentido, nos valemos de las piezas, de los registros escritos (cartas, inventarios, libros y fichas de registro) existentes en el archivo del museo, así como también del material bibliográfico disponible en la biblioteca de la institución. La práctica se nutre de la búsqueda de pequeñas pistas, inscripciones y detalles (caligrafías, tipos de etiquetas, nombres de localidades, entre otros) (fig. 1). En la propuesta de excavar el museo cada elemento (documento u objeto) es puesto en vinculación en una suerte de entramado, procediendo a un análisis intratextual (Balesta y Zagorodny 2000) para identificar recurrencias y dispersiones al interior de cada elemento y entre ellos. Estas situaciones ocurren cuando logramos detectar tachaduras, categorías propias de la arqueología, nombres de personas, sitios, tipos

2 Agradecemos especialmente la colaboración realizada por Silvina Maroni (área de Registro y Documentación), Natalia Vizzarri y Diana Hamman (área de Conservación).

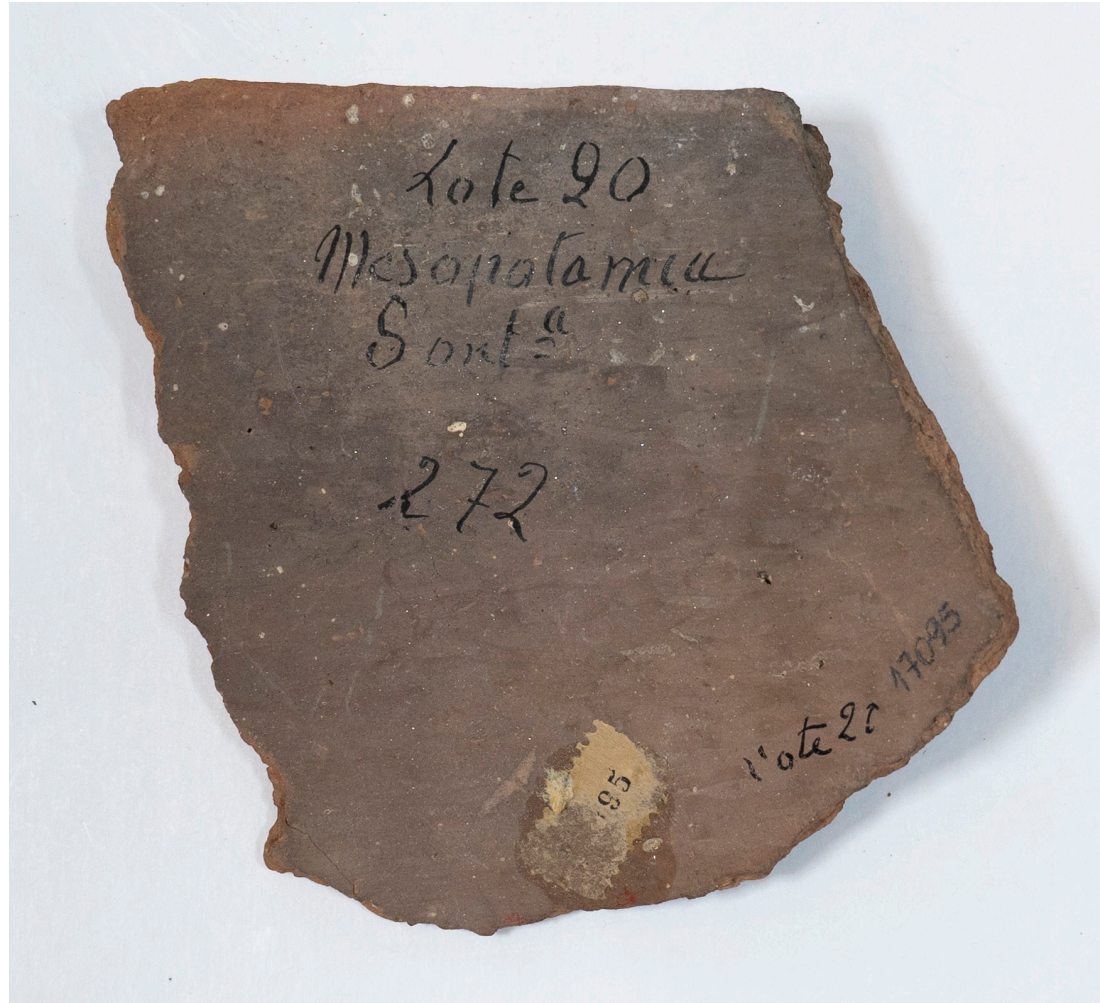


Figura 1 / Caligrafía de sitio en pieza.

de numeraciones y siglados. En el caso particular de los documentos escritos a mano o con inscripciones (fichas, correspondencia epistolar o notas), la caligrafía resulta fundamental para intentar reconocer su autoría.

Este ejercicio de excavación es acompañado por una política de gestión de las colecciones que contempla la identificación, documentación, registro, organización y conservación de las piezas. Gestionar implica diagramar tareas que permitan dar respuesta a tres grandes interrogantes: ¿de qué piezas disponemos?, ¿dónde se encuentran?, y ¿en qué condiciones están? En este sentido, en esta comunicación exploramos la potencialidad de utilizar el índice de salud de las colecciones en tanto herramienta que refleja los niveles de orden, crecimiento y conservación de los objetos patrimoniales.

Este índice, originariamente diseñado para el análisis de colecciones biológicas (Mc Ginley 1993; Simmons y Muñoz-Saba 2003), registra antecedentes de aplicación a materiales arqueológicos en nuestro país (Lindskoug 2009; Pautassi *et al* 2017, 2021). Estas experiencias lo han empleado para evaluar el estado de conservación de las colecciones a partir de una serie de niveles (0 a 10) que contemplan diferentes situaciones. El nivel inicial es el cero y se corresponde con los contenedores vacíos de objetos. El nivel 1 da cuenta de materiales que no se hallan correctamente conservados. Los niveles 2 a 4 comprenden materiales con información incompleta –deben ser documentados o se hallan mezclados–. Los niveles 5 y 6 son piezas correctamente conservadas, pero con información parcial. Los niveles que van del 7 al 9 contemplan materiales conservados que poseen documentación complementaria de trabajo de campo. Finalmente, el último nivel corresponde a materiales conservados, documentados y que han sido utilizados para investigaciones publicadas (Pautassi *et al* 2021).

De este modo, el estado de conservación de las piezas, la cantidad de información documental asociada y la utilidad de los materiales para la investigación se identifican como variables contempladas para asignar el nivel correspondiente. Asimismo, esta herramienta permite graficar sobre un esquema de coordenadas los movimientos de las colecciones en tiempo y espacio en forma sincrónica. La representación se obtiene a partir de emplear el

eje X para el orden, es decir, en la parte inferior ubicamos un estado de caos –piezas dispersas en diferentes espacios del museo y mal etiquetadas o con rótulos borrosos–, y en el nivel superior representamos un orden perfecto y sistematizado –cajas o canastos contenedores correctamente referenciados–. El eje Y consigna el crecimiento de la colección –puede modificarse el número de objetos por motivos tales como compra o destrucción/pérdida. Por su parte, el eje Z da cuenta de la conservación de los elementos de la colección –bueno, regular o malo–.

El propósito de este índice es conocer el estado en el que se encuentra una colección con el fin de diagramar acciones que optimicen los recursos y el personal para mejorar su cuidado y uso, es decir, minimizar su deterioro. Simultáneamente, permite planear estrategias vinculadas a aspectos tales como la catalogación y la conservación preventiva. Estas tareas de gestión se sintetizan en una serie de interrogantes esbozados por Simmons y Muñoz-Saba (2003) en clave de variables a considerar: ¿las piezas se encuentran bien curadas?, ¿existe presupuesto para la colección?, ¿la colección se encuentra asociada con algún proyecto?, ¿qué uso se le da a la colección (investigación, docencia, exhibición)?, y por último, ¿las piezas están correctamente catalogadas?

Descripción y análisis de la colección arqueológica “Wagner” en Rosario

El cuerpo documental vinculado con la adquisición de la colección arqueológica “Wagner” fue incorporado a los fondos documentales del museo bajo la denominación de “Fondo documental N°2, Archivo 3, Colección arqueológica Wagner”. Este fondo es un espacio abierto que contempla la posibilidad de continuar anexando nuevos elementos que todavía no hayan sido hallados.

Estos documentos permiten conocer que los lazos entre los hermanos Emilio y Duncan Wagner y Rosario se remontan al menos a 1935.³ El arribo

3 Destacamos particularmente el carácter provisorio de esta asignación temporal dado el amplio recorrido realizado por los hermanos Wagner, el cual dejó registro en dispersas y diversas instituciones.

de la colección arqueológica “Wagner” posiblemente haya comenzado a gestionarse cuando en noviembre de ese año, Duncan dictó dos conferencias en la ciudad santafesina (Wagner 1936) como parte de una estrategia de propaganda y difusión de la Civilización Chaco-Santiagoueña para la venta de piezas arqueológicas a otros museos (Arenas 2005; Martínez *et al* 2008, 2011). La vinculación se formalizó poco tiempo después, en mayo de 1937, a partir de la elaboración de un plan de trabajo a cargo de Emilio Wagner para conformar una colección de piezas para el museo. La operación finalizó en junio de 1939 cuando Emilio le informó a Marc el envío de 462 piezas, las cuales arribaron en los días previos a la inauguración del museo. La misiva contaba con un listado de las piezas nombrado como “catálogo”, en donde se detalla que la colección incluía torteros, urnas funerarias, figurinas cerámicas, instrumentos óseos y musicales, asas y armas (Tabla 1). En términos de materiales, la cerámica representaba el porcentaje más elevado con 354 objetos, seguidos por los 62 instrumentos óseos, los 36 líticos, los 6 malacológicos y una réplica hecha en yeso. En este documento Emilio incluyó una breve y poco sistemática descripción de las piezas, y en algunos casos, como única información contextual, el sitio en el cual habían sido halladas (Tabla 2).

La información registrada en el archivo histórico del museo incluye un documento titulado “Comprobante número 9 del año 1936”, el cual hace mención a las piezas de Santiago del Estero que formaron parte de la sala inaugural de “Arte Americano”. Este texto mecanografiado permite conocer que fueron a sala 139 elementos de la colección, especificando el número original asignado por los Wagner y la numeración otorgada en el museo. Este comprobante consigna también que las restantes piezas quedaron “en depósito”, de lo cual se desprende que el listado refiere a las piezas que conformaron la exhibición original. En términos de materialidades, el conjunto exhibido se conformaba mayoritariamente por objetos cerámicos, con la única excepción de un tubo de inhalación óseo (fig. 2). Las piezas acompañaban a numerosos textiles y elementos de alfarería presentes como expresiones del arte de los pueblos andinos y mesoamericanos. Las piezas arqueológicas de origen andino estaban distribuidas de acuerdo a criterios estilísticos, diferenciando

Descripción*	Cantidad de piezas
Torteros grabados	30
Torteros lisos	56
Estilizaciones en relieve de cabecitas diversas de animales	31
Águilas, jaguares y pumas totémicos	21
Urnas funerarias	13
Materiales en hueso, piezas de diversos tipos	62
Piezas para juego	24
Fragmentos con impresiones diferentes	10
Instrumentos de música en terracota	3
Adornos	11
Efigies estilizadas de la divinidad	28
Otras formas de representar la divinidad de la civilización chaco santiagueña en diferentes piezas	10
Asas varias	8
Diversas representaciones en relieve	13
Alfarería incisa	20
Apéndices de las urnas funerarias	23
Armas	25
Piezas diversas	50
Alfarería negra	24

* Considero las descripciones utilizadas por los propios Wagner en la documentación.

Tabla 1 / Piezas enviadas por los Wagner a Rosario.

Sitio de origen	Cantidad de piezas
Averías del Bracho	78
Chilca Pozo	61
Guayana	9
La Isla (finca Las Mercedes, departamento La Banda)	21
Laguna Muyu	49
Las Represas de los Indios	15
Llajta Mauca	21
Mancapa	11
Sunchituyoj	35
Tulip Loman	21

Tabla 2 / Principales sitios representados en la colección.

una serie de conjuntos culturales entre los que se encontraban los estilos “Nasca”, “Mochica”, “Tiahuanaco”, “Chimu”, “Paracas” y “Chancay”. Es decir, organizadas según esquemas secuenciales en cuya base persistía una visión occidental moderna, de la cual la arqueología sería hija (Thomas 2004). La inclusión de estos objetos implicaba, al menos en parte, una ruptura con los preceptos positivistas decimonónicos que vinculaban a las poblaciones indígenas a la historia natural, como si nada tuvieran que ver con el pasado nacional (Montini 2011).⁴

En la actualidad, la sala de “Arte Americano” se reconvirtió en la muestra “Arqueologías de un Pasado Americano”. En ella están exhibidas 17 piezas de la colección arqueológica “Wagner”, todas ellas cerámicas: diez torteros, tres urnas, un platito ceremonial y tres pucos. Esta escasa presencia en la sala nos condujo a emprender la búsqueda de los objetos restantes. En este sentido, consideramos la gestión de colección en términos de un conjunto de objetos que se desplazan a través del tiempo y el espacio, y no como elementos aislados.

La documentación aporta elementos fundamentales para el ordenamiento de las piezas. Tanto el “catálogo” enviado por los Wagner, en el que consta la numeración asignada a cada pieza y en algunos casos una muy breve descripción, como el registro interno “comprobante número 9 del año 1936”, brindaron información sustancial. Partiendo de la metodología planteada analizamos estos documentos identificando inscripciones manuales realizadas sobre ellos tales como cruces y tildes –a las que interpretamos como relevamientos realizados con anterioridad– y números de inventario colocados en los márgenes de los textos. Esta información fue sistematizada a partir de correlacionar la numeración de los Wagner con la del museo (fig. 3 y 4). Articular estos dos universos fue una tarea clave.

En el camino de dar con las piezas que no se encontraban en sala consideramos como “la colección” a un conjunto de tres cajas libre de ácido (dos de ellas con tiestos cerámicos y la restante con elementos óseos), dos canastos

4 Los trabajos de Catelli y Masotta incluidos en este catálogo permiten profundizar en relación con esta temática.



Figura 2 / Tubo óseo para inhalar.



Figura 3 / Numeración asignada por los Wagner y por el museo.

Pág. 205: **Figura 4** / Numeración asignada por los Wagner y por el museo.



plásticos (uno fundamentalmente con elementos cerámicos –mayoritariamente torteros–, y otro con líticos) y una serie de urnas funerarias. Todos estos objetos fueron hallados en la reserva principal del museo. El índice de salud de las colecciones traza líneas generales, por lo que su aplicación requiere de adaptaciones que contemplen las particularidades del caso abordado. Para ello, de cara a proyectar una próxima representación gráfica de las piezas en el nivel correspondiente, realizamos un censo de la colección, es decir una búsqueda pieza por pieza basada en dos interrogantes principales: ¿de qué piezas disponemos? y ¿dónde se encuentran? Esta actividad consistió en la búsqueda de cada una de las 462 piezas que componen la colección, su reordenamiento en forma correlativa de acuerdo a la numeración asignada por los Wagner, y una mejora en los cuidados de conservación de su guardado . Esta nueva organización permitió comprender que existía un grupo de “piezas sin ubicar”, y en simultáneo un conjunto de piezas registradas en sus fichas como Civilización Chaco-Santiagoña, pero sin numeración Wagner observable. De este modo logramos precisar la ubicación de la colección arqueológica “Wagner”, conocer sus numeraciones e inscripciones, y estado de conservación, obteniendo un cuerpo de información que nos permitirá mejorar las categorías descriptivas empleadas como designación de los objetos, y tomar medidas referidas a la restauración y conservación preventiva en las situaciones que lo requieran.

La gestión de la colección permitió comprender que lo que se llamaba indistintamente en el museo como “Colección Chaco-Santiagoña” o “Colección Santiago del Estero”, en realidad englobaba un conjunto de piezas correspondientes a cuatro orígenes distintos: 1. la compra en sí (462 piezas); 2. piezas donadas por Marc; 3. piezas donadas por Fernando Gaspary⁵; 4. piezas compradas por la Asociación de Amigos del Museo Marc a la familia

5 Fernando Gaspary fue un médico rosarino, miembro de la Asociación de Amigos del Museo Marc, que dedicó largos años de su vida a las investigaciones arqueológicas a lo largo y ancho de toda la República Argentina. En el Marc existe una numeración colección donada por su familia luego de su fallecimiento.

del investigador Jorge von Hauenschild⁶ luego de su fallecimiento. Las denominaciones empleadas son un tanto difusas y llevan a homogeneizar la realidad de las colecciones, ya que hablar de “Colección Santiago del Estero” solo refiere a un origen geográfico-provincial, y “Colección Chaco Santiagoña” no diferencia entre la civilización investigada por los Wagner (Wagner y Wagner 1934) y las referencias al período etnográfico. Contemplando esta situación, para mejorar la gestión de la colección especificamos que las piezas compradas a los Wagner son analizadas bajo la nomenclatura colección arqueológica “Wagner”. De no haber tomado esta decisión, al momento de aplicar el índice de salud de las colecciones hubiésemos registrado un desplazamiento incorrecto sobre el eje de crecimiento (Y), es decir habríamos incorporado erróneamente a la colección piezas que tienen un origen (temporal o de modalidad de adquisición) distinto.

La búsqueda de piezas faltantes sobre el total de 462 elementos, enmarcada en la gestión de la colección, continuó mediante la exploración de contenedores sin rotular en la reserva del museo. En cada caso, partiendo de la información registrada en el catálogo y de los objetos ya encontrados y ordenados, la tarea se basó en el análisis de similitudes (estilísticas, funcionales, de forma o sitios de procedencia) cotejando elementos *a priori* sin numeración asignada por los Wagner. Asimismo, las fuentes documentales se complementaron con el archivo fotográfico del área, compuesto por imágenes digitales tomadas entre los años 2006 y 2008.

Esta “búsqueda de faltantes” tuvo una etapa inicial en la que se trabajó pieza por pieza, y un segundo momento en el cual se modificó el abordaje pasando a considerar los lotes que se correspondan con las categorías establecidas por los Wagner en el “catálogo” enviado con la colección en 1939 (“torteros grabados”, “representación zoomorfa”, “figura antropomorfa”, “asa desprendida”). La decisión se fundamentó en comprender que en algunos casos sería imposible identificar si se trataba de una u otra pieza, ya que carecíamos de un dato que nos permitiera establecerlo taxativamente, como

6 Al respecto de las exploraciones de von Hauenschild ver Lindskoug 2008 y 2009.

por ejemplo el sitio de origen. De este modo, definimos una nueva categoría, “posible asignación”, incorporando en ella piezas en bolsas individuales señalizadas con el número Wagner que le correspondería.

Al mismo tiempo, la búsqueda nos permitió identificar que al menos seis piezas de la colección recibieron numeración del museo en dos momentos distintos. Esta situación se presenta con las piezas registradas por los Wagner como 99, 142, 147, 156, 397 y 434. Todas ellas tienen un número del museo superior al 32000, rango de registros asignados entre los años 2006 y 2008 de acuerdo con la memoria oral de las y los trabajadores de ese período. Sostenemos que se trataría de una doble numeración debido a que al analizar estas piezas en conjunto a la documentación comprobamos que tres de ellas (142, 147 y 156) tenían un pequeño y borroso rastro con su registro original (1275, 1276 y 14065), de modo que podría dejar de ser necesario el número asignado en tiempos más recientes. Queda aún pendiente realizar nuevos estudios para comprobar si esta situación se repite en las tres piezas restantes mencionadas.

Reflexiones acerca del excavar un museo

A lo largo de este recorrido presentamos un análisis de la colección arqueológica “Wagner” realizado desde la propuesta de excavación de los museos. Este ejercicio nos permitió mostrar el estado actual en el que se encuentran los objetos y caracterizar brevemente el trasfondo de la dinámica del proceso de conformación de la colección. Llegados a este punto, damos un cierre a esta presentación compartiendo una síntesis de los resultados y reflexiones emergentes durante el proceso de investigación y gestión de la colección, un ejercicio constante, que requiere de revisiones y evaluaciones periódicas.

El trabajo articulado basado en analizar las piezas en conjunto a la documentación nos permitió mejorar la gestión de la colección, precisando distintos orígenes –geográficos o administrativos– de piezas que hasta nuestra intervención se encontraban indiferenciadas. Es decir, identificamos un grupo de piezas registradas en las fichas del museo como pertenecientes a

Número Wagner	Denominación	Numeración original	Nueva numeración
99	Cabeza zoomorfa	No observable	34219
142	Urna funeraria	1275	34240 o 34243
147	Urna funeraria	1276	34245
156	Quena	14065	34211
397	Piedra para afilar	No observable	34210
434	Campana	No observable	34222

Tabla 3 / Piezas numeradas en dos ocasiones.

la Civilización Chaco-Santiagueña que en realidad no formaron parte de la transacción con los Wagner, sino que arribaron a la institución a partir de una compra realizada a la familia de Jorge von Hauenschild y de donaciones realizadas por Julio Marc y Fernando Gaspary. En este sentido, destacamos la centralidad de problematizar qué entendemos por colección al momento de realizar una investigación en fondos patrimoniales de museos.

Esta cuestión cobra relevancia al momento de abordar la gestión de la colección. En este sentido, definimos como colección arqueológica “Wagner” al conjunto de 462 piezas compradas por el museo a los hermanos Wagner. De ese total están ubicados y organizados 430 elementos, de los cuales en 388 reconocimos la numeración del museo y establecimos la correlación con la de los Wagner, en 16 pudimos observar sólo la del museo, en 2 sólo constatamos la numeración Wagner, mientras que incluimos 25 piezas dentro de la categoría definida como “posible asignación”.

Asimismo, el análisis de las fichas permitió constatar la existencia de “piezas perdidas”, es decir objetos que figuran en sus correspondientes registros individuales como extraviados sin precisar desde qué año no se los ubica. Cuatro de ellas son torteros cerámicos, y los otros dos objetos son una urna funeraria, y un instrumento de terracota. Es decir, objetos que, a excepción de la urna, son de reducidas dimensiones, elemento que nos conduce a pensar en un posible extravío, robo o rotura.

La excavación del museo y la gestión de la colección nos condujo a articular líneas de trabajo con otras áreas del museo, tales como Registro y Documentación y Conservación y Restauración. Enmarcadas en la aplicación del índice de salud, y particularmente del eje Z –que da cuenta de la conservación del patrimonio–, la primera medida que tomamos, y sobre la que actualmente nos encontramos trabajando, fue priorizar la evaluación del estado de las urnas funerarias que componen la colección. Esta decisión se fundamentó en el hecho de que el tamaño, el volumen y el peso de estas piezas nos impidió reunir las con las demás piezas Wagner en el laboratorio de arqueología de la institución para realizar la misma tarea que hicimos con las demás durante la ejecución del censo.

Finalmente, destacamos que el ejercicio teórico-metodológico posibilitó conocer aspectos de la institución que trascienden a la colección arqueológica “Wagner”, ya que caracterizamos dinámicas de adquisición y gestión de colecciones que dan cuenta de un trabajo detallado y sistemático realizado por las y los trabajadores del museo durante décadas. En este mismo sentido es preciso mencionar la importancia del trabajo colaborativo con el personal del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (Universidad Nacional de Rosario, CONICET), quienes aportaron su conocimiento y equipamiento para el registro fotográfico de las piezas que dio lugar a este catálogo.

Referencias consultadas

Archivos
Archivo histórico del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc”.
Fondo documental N°2, Archivo 3, Colección arqueológica “Wagner”.

Bibliografía

Arenas, P. (2005). En la noche de los tiempos: Emilio y Duncan Wagner en el campo de profesionalización de la arqueología. *Mundo de Antes*, 4, 159-187.

Battaglia, F. (2018). *Materialidades (re)encontradas. La colección Alamito y los comienzos de la Antropología rosarina* (Tesina de licenciatura inédita). Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Battaglia, F. (2020). Materialidades (re)encontradas. La colección Alamito y los comienzos de la antropología rosarina. *Anuario de Arqueología*, 12(12), 171-174.

Hicks, D., y Stevenson, A. (2013). *World Archaeology at the Pitt Rivers Museum: A Characterization*. Archaeopress.

Hitchcock, M. (2020). Reflections in shadow: Excavating the personal archives of Paul Jacobsthal and E. M. Jope. *Journal of Material Culture*, 26(1), 25-42. <https://doi.org/10.1177/1359183520959387>

Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (89-122). Editorial Grijalbo.

Lindskoug, H. B. (2008). En la sombra de la arqueología argentina: Jorge von Hauenschild y la formación de la Colección von Hauenschild del Museo de Antropología (Universidad Nacional de Córdoba). *Revista del Museo Antropología*, 1(1), 61-70. <http://dx.doi.org/10.31048/1852.4826.v1.no.5396>

Lindskoug, H. B. (2009). Redescubriendo el patrimonio santiagueño en el subsuelo de la Universidad. La colección Von Hauenschild en el Museo de Antropología, FFYH, UNC. Trabajo presentado en las VI Jornadas de Encuentro Interdisciplinario de Ciencias Sociales y Humanas, Córdoba, Argentina.

Lindskoug, H. B. (2019). Coleccionando naturaleza, creando cultura: construcción de la dicotomía naturaleza/cultura en museos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 36, 11-32. <https://doi.org/10.7440/antipoda36.2019.0>

Martínez, A. T., Taboada, C. y Auat, A. (2008). The Wagner brothers: French archaeologists and origin myths in early twentieth-century Argentina. In N. Schlanger y J. Nordblandh (Eds.), *Archives, Ancestors, Practices. Archaeology in the Light of its History* (261-271). Bergham Books.

Martínez, A. T., Taboada, C. y Auat, A. (2011). *Los Hermanos Wagner. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*. Universidad Nacional de Quilmes.

Mc Ginley, R. J. (1993). Where’s the Management in Collections Management? Planning for Improved Care, Greater Use and Growth of Collections. In *International Symposium and First World Congress on the Preservation and Conservation of Natural History Collections* (Vol. 3, pp. 309-333).

Pautassi, E., Conte, B., Brizuela, C., Brancolini Pedetti, O., Mignino, J. y Bigi, L. (2017). Conservación, digitalización y documentación de la colección Von Hauenschild, Reserva Patrimonial del Museo de Antropología (FFyH-UNC). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Series Especiales*, 5(2), 46-54.

Pautassi, E., Aimar, C., y Angaroni, I. A. (2021). Historias de la reserva: un abordaje de las colecciones arqueológicas de Córdoba. *Revista Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-Áridos*, XV, 101-113.

Simmons, J. E., y Muñoz-Saba, Y. (2003). The theoretical bases of collections management. *Collection Forum*, 18(1-2), 38-49.

Thomas, J. (2004). *Archaeology and Modernity*. Routledge.

Wagner, D. L. (1936). *Carácter y antigüedad de la civilización chaco-santiagueña*. Asociación Cultural del Conferencias de Rosario.

Wagner, E. R. y Wagner, D. L. (1934). *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Tomo I. Buenos Aires: Compañía impresora Argentina.

Catálogo

Colección Wagner

Nota de los editores (Epígrafes)
Para la redacción de los epígrafes que acompañan las imágenes de las piezas optamos por valernos de la información (numeración, descripción y en algunos casos sitio de origen) consignada por los propios hermanos Wagner en el catálogo enviado a Rosario junto a la colección. Consideramos que de este modo estamos siendo fieles con el espíritu original que gestó la llegada de las piezas al museo.



Nro. 2 y Nro. 3 - Torteros trabajados en arcilla negra cuyos grabados simbólicos están constituidos por cuatro serpientes en S.



Nro. 5 - Tortero con el mismo simbolismo, el cual se puede ver aún,
que fue pintado con blanco.



Pág. 221, 222 y 223: Nro. 145 - Pequeña urna decorada con grecas. Proviene de Laguna Muyu.





Nota de los editores (Urnas/Restos Óseos Humanos)

La colección adquirida a los hermanos Wagner incluyó trece urnas funerarias, numeradas del 139 al 151. De acuerdo con la documentación que acompañó el envío, diez de estas piezas contenían restos óseos humanos. En este sentido, consideramos pertinente señalar que en la actualidad hay ausencia de esos restos en dichas urnas y que, al mismo tiempo, no existen ingresos de huesos humanos en el libro de registro general del museo. Por tal motivo, carecemos de información fehaciente que constate su arribo a la institución.

Pág. 225, 226 y 227: Nro. 151 - Pequeña urna funeraria de “Laguna Muyu” decorada con la estilización de una serpiente que pasa entre maunds (sic). El cuello lleva una lista de “brisques”, decorado llamado “espina de pescado”.





Nro. 150 - Pequeña urna de párbulo (sic) proveniente de Tulip Loman, departamento Avellaneda.





Pág. 230: Nro. 154 - Diferentes tipos de flautas de uno a cuatro orificios de fonación.
Nro. 155 - Diferentes tipos de flautas de uno a cuatro orificios de fonación.

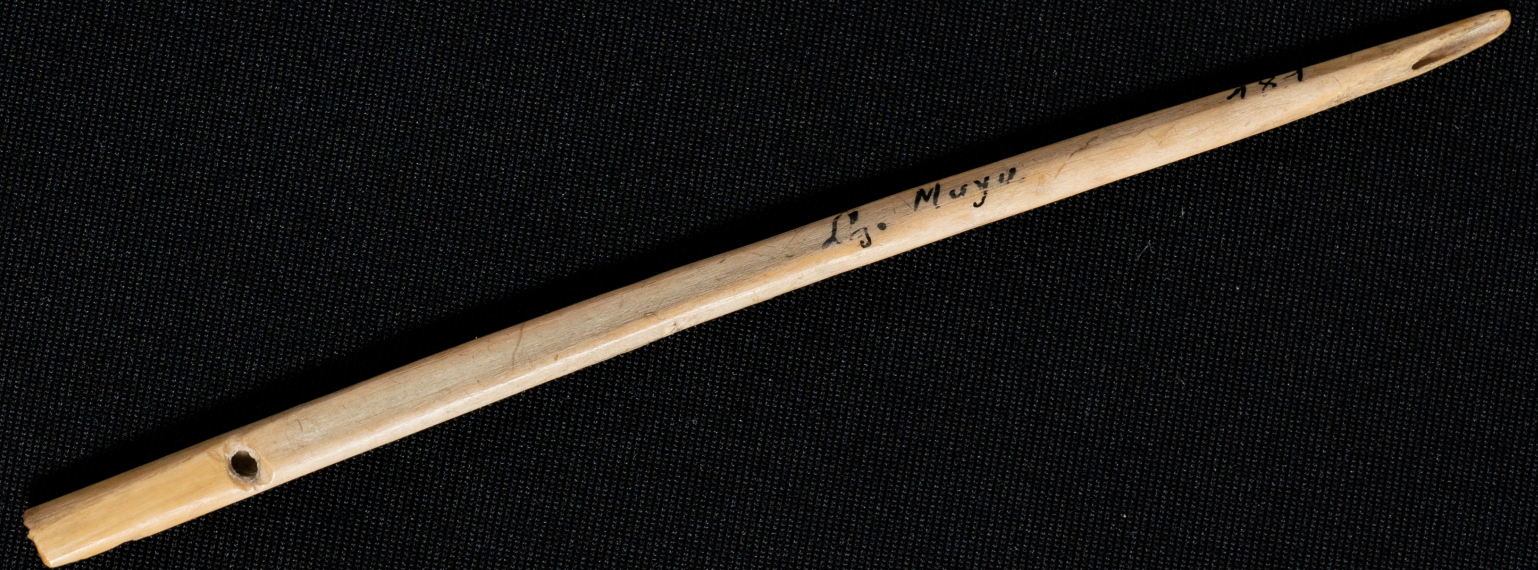


Pág. 232: Nro. 175 - Diversas puntas de flechas que pertenecen a la rama A de la Civilización Chaco-Santiagoña y se encuentran con la alfarería roja. Proviene de Chilca Pozo.
 Nro. 179 - Diversas puntas de flechas que pertenecen a la rama A de la Civilización Chaco-Santiagoña y se encuentran con la alfarería roja. Proviene de Laguna Muyu.



Nro. 180 - Diversas puntas de flechas que pertenecen a la rama A de la Civilización Chaco-Santiagueña y se encuentran con la alfarería roja. Proviene de Laguna Muyu.

Pág. 235: Nro. 181 - Aguja canaliculada con la pared perforada de un solo lado. Tipo común en esta región. Proviene de Laguna Muyu.



Nro. 191 - Tubos de diferentes tipos y usos, algunos de los cuales eran empleados para fumar.





Nro. 271 - Diferentes estilizaciones de la deidad antro-po-or-ni-to-ofí-dica cuya digresión se puede seguir en la lámina XV y subsiguientes de la obra "La Civilización Chaco-Santiagoueña etc."
 Pág. 239: Nro. 298 - Platito ceremonial y fragmento de un platito igual. Este platito ornitomorfo da idea de la colección de las cabecitas y colas que figuran con los N°87 y subsiguientes.



Nros. 364, 365 y 366 - Tres hachas enteras y tres fragmentadas, trabajadas en piedras duras.
Los distintos tipos indican diferentes usos. La que lleva el N°364 proviene de Rumi, la N°365 de Tulip Loman y la N°366 de 7 Quebrachos.





Pág. 242: Nros. 370 y 372 - Boleadoras en piedra con y sin surco. Proviene de Averías del Bracho.
Nros. 380 y 383 - Puntas de flecha en piedras duras, con y sin pedúnculo. La que va con el N°379 es de Laguna Muyu; 380 y 383 de Chilca Pozo; 381 de Guasayán; 382, 384 y 385 de Cheaj.



Nro. 381 - Puntas de flecha en piedras duras, con y sin pedúnculo. La que va con el N°379 es de Laguna Muyu; 380 y 383 de Chilca Pozo; 381 de Guasayán; 382, 384 y 385 de Cheaj.

Pág. 245: Nro. 382 - Puntas de flecha en piedras duras, con y sin pedúnculo. La que va con el N°379 es de Laguna Muyu; 380 y 383 de Chilca Pozo; 381 de Guasayán; 382, 384 y 385 de Cheaj.





Nro. 389 - Piedra excavada para moler. Proviene de Laguna Muyu.



Nro. 423 - Pucos provenientes de Tulip Loman pintados en rojo y negro sobre fondo blanco. Siete motivos de greca forman una guarda que da vuelta alrededor del pucos.



Nro. 426 - Puco de Averías del Bracho pintado con motivos escalonados en rojo y negro sobre fondo blanco. Este último color generalmente muy delicado ha dejado rastros de una tonalidad ocre en algunas partes de la pieza y en otras ha desaparecido por completo dejando ver el color rojizo de la alfarería.



Nro. 428 - Puco proveniente de Las Represas de los Indios, decorado con una serpiente negra en zig-zag pasando entre triángulos rojos, sobre fondo blanco. Del ecuador hacia abajo está pintado de rojo.





Nro. 429 - Puco grande pintado en negro sobre fondo natural. La serpiente constituida por cuatro líneas en zig-zag pasa entre triángulos. Proviene de Cañitas Puerta.

Nro. 431 - Puco sin ornamentación, de líneas elegantes, trabajado en arcilla roja y pulimentado. Proviene de Chilca Pozo.





Nro. 438 - Plato grande pintado en el interior con dibujos rojos y negros sobre fondo blanco.
Proviene de Averías del Bracho.



Nro. 439 - Asa zoomorfa de una vaso proveniente de Matico.

Nro. 449 - Fragmentos de alfarería negra grabada que muestran la técnica de este grabado. Todos provienen de La Isla "Las Mercedes" menos el N°450 que es de Sayana.



Nro. 462 - Puco de gran tamaño, de bordes volcados hacia afuera, y decorado con manos estilizadas. Las manos llevan inscripto en la palma un símbolo rectangular, en equivalencia de un ojo, que se encuentra en otras estilizaciones de manos. Este símbolo rectangular es empleado con diversas variaciones, pero siempre en la palma de manos estilizadas con el decorado simbólico de la alfarería de Santiago. Los bordes del puco llevan una lista de estilización ofídica . Proviene de las excavaciones de túmulos de Averías del Bracho (Río Salado).



Sobre los autores

Fausto Battaggia

Es Licenciado y Profesor Universitario de Antropología (Facultad de Humanidades y Artes, UNR). Actualmente se encuentra a cargo del Área de Arqueología del Museo Histórico Provincial “Dr. Julio Marc” (Rosario) y se desempeña como docente en las cátedras de Prehistoria General (Escuela de Antropología, UNR) y Bases biológicas y antropológicas de la vida (Facultad de Medicina de la Fundación H. A. Barceló). Es miembro de la asociación civil Centro de Estudios e Investigaciones en Antropología, Arqueología y Memoria. Participó en distintas pericias en el marco de causas judiciales por delitos de lesa humanidad en distintas provincias del país. Su campo de investigación articula la historia de la antropología con la conformación de las colecciones museológicas a escala local y nacional. Ha publicado trabajos en revistas y congresos nacionales, dictó cursos, charlas y talleres, y participó de jornadas y congresos como organizador, asistente, coordinador, relator y expositor. Desde 2021 se encuentra desarrollando una línea de investigación titulada “Excavando un museo: la conformación de la colección arqueológica “Wagner” del Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” (Argentina)” en el marco del Doctorado en Ciencias Antropológicas (UNC). Junto a la Dra. Laura Catelli son los coautores del presente catálogo.

Laura Catelli

Es Profesora Titular concursada de la cátedra Problemática del Arte Latinoamericano del Siglo XX en la Escuela de Bellas Artes, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Es Investigadora Independiente en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (Universidad Nacional de Rosario-CONICET), con el proyecto “Aproximaciones poscoloniales a la problemática racial en la construcción de imaginarios culturales en América Latina” y dirige la línea de investigación en Teoría Poscolonial en Latinoamérica. Es Directora del Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial (IECH, UNR-CONICET). Actualmente es Profesora Visitante de Estudios Coloniales en el Departamento de Español y Portugués en Princeton University. Publicó el libro *Arqueología del mestizaje: colonialismo y racialización* (Editorial de la Universidad de la Frontera Chile y CLACSO, 2020); los volúmenes compilados *Términos claves de la teoría poscolonial latinoamericana* (UNR Editora, 2012) y *Materialidades poscoloniales y de la decolonialidad latinoamericana* (UNR Editora, 2014), ambos editados con María Elena Lucero; *Condición poscolonial y racialización* (Editorial Qellqasca, Argentina), editado con Manuela Rodríguez y Patricio Lepe-Carrión; ha sido editora invitada de los números especiales *Tendencias, perspectivas y desafíos actuales de los estudios coloniales* (*Cuadernos del CILHA*, Argentina, 2012); y *Pensar lo colonial* (*Revista Tabula Rasa*, Colombia, 2018) con Mario Rufer y Alejandro De Oto; y varios artículos y capítulos de libro, “Pintores criollos, pintura de castas y colonialismo interno: los discursos raciales en las artes visuales de la Nueva España del periodo virreinal tardío” (*Cuadernos del CILHA* 2012), “Improntas coloniales en las prácticas artísticas latinoamericanas: versiones del retrato etnográfico en la *Serie* 1989-2000 de Luis González Palma” (*CAIANA. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte* 2014); “Dispositivos de memoria y repertorios de lo sensible en la *Serie* 1989-2000 de Luis González Palma” (Madrid, La Fábrica, 2014), “Mi pintura es un acto de descolonización: la encrucijada cultural y política de Wifredo Lam” (*Heterotopías*, 2021), “El mestizaje en el museo. Un acercamiento con “inflexión subalternista” a la colección chaco-santiagueña de los Wagner en el Museo Histórico Marc de Rosario, Santa Fe (Argentina)” (*Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 2023), “Humanidades y crítica poscolonial (territorios latinoamericanos) (*Badebec, Revista de Teoría y Crítica Literaria*, 2024), entre otros.

Judith Farberman

Es Doctora en Historia, Profesora Titular de la Universidad Nacional de Quilmes y Profesora Adjunta de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es Investigadora Independiente de CONICET y su campo de estudio se orienta hacia la historia indígena y agraria durante la colonia, aunque en los últimos años se ha desplazado hacia el siglo XIX. Entre sus publicaciones destacan los libros *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2005) y *Magia, brujería y cultura popular. De la colonia al siglo XX* (Buenos Aires, Sudamericana, 2010) y, en colaboración con Roxana Boixadós, *El país indiviso. Poblamiento, conflictos por la tierra y mestizajes en Los Llanos de La Rioja durante la colonia* (Buenos Aires, Prometeo, 2021). Ha escrito asimismo, individualmente y en colaboración con otros investigadores, numerosos artículos en revistas y libros argentinos y extranjeros.

Diego Catriel Leon

Es Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra Antropología de la Facultad de Humanidades, Cs. Sociales y de la Salud, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina. Es Investigador Adjunto en el Instituto de Estudios para el Desarrollo Social (Universidad Nacional de Santiago del Estero-CONICET), donde lleva adelante el proyecto “Las sociedades prehispánicas del sector sur de la actual provincia de Santiago del Estero: historia ocupacional y dinámica social”, dirige el Grupo de Investigación Arqueología, Sociedad y Patrimonio Cultural y es Vicedirector del Instituto. A la par es Investigador Responsable del Sistema Integral de Relevamiento/Inspección Remoto con LIDAR (INDES-ILFyA- FHCSyS-JB de la UNSE). Fue parte del cuerpo editorial del volumen especial de la Revista del Museo de La Plata

(2013) y autor y coautor de diversos artículos y capítulos de libro: “El lado oculto de la localidad Para Yacu, sur de Santiago del Estero, argentina...” (revista *Chungara*, 2022), “Charred wood and plant microremains associated to Neosclerocalyptus sp...” (revista *Quaternary International*, 2020), “Los significados del búho entre las poblaciones indígenas pasadas...” (en el libro *El saber científico en la FHCSyS. Perspectivas, discursos, avances y resultados*, 2023).

Carlos Masotta

Es Licenciado y Doctor en Antropología. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Profesional Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Trabaja en el campo de la Antropología de la imagen y del arte. Realizó investigaciones sobre fotografía y representaciones visuales del racismo, de la memoria política y étnica en Argentina. Realizó curaduría de muestras de fotografía sobre esas temáticas y documentales etnográficos. Dirigió la revista “Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana”. Co-organizador del primer y segundo Congreso de Historia de la Antropologías Argentina y Latinoamericanas (CHAA, 2018 y 2024). Miembro de la Red de investigaciones sobre Antropologías Argentinas y Latinoamericanas (RIAsAL). Fue profesor en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y dictó seminarios de posgrado en universidades nacionales y extranjeras. En 2011 publicó “Álbum postal”, un ensayo y extensa compilación iconográfica en torno a la representación de la Argentina en las postales de las primeras décadas del siglo XX. Algunas de sus investigaciones fueron premiadas: “Iconografía de dos tipos nacionales” (Fundación Espigas, 2006), “Tenes que tener algo para responder. Discriminación étnica, transmisión y trabajo de la memoria (Fondo Nacional de las Artes, 2009)”; “La antropología como profesión”(en coautoría) (Colegio de Graduados en Antropología de la Argentina, 2023).

Constanza Taboada

Es Doctora en Arqueología, Arqueóloga y Técnica en Documentación y Museología Arqueológica. Es Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES) y en el Instituto de Arqueología y Museo (Facultad de Cs. Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán). Es Profesora a cargo de las Cátedras Práctica de Campo I y Técnicas de Documentación en la mencionada Facultad. Desde 2011 dirige una línea de investigación sobre arqueología e historia de la llanura de Santiago del Estero (*Yuyaqkuna*), que articula investigaciones en la zona donde actuaran los hermanos Wagner, estudio de sus colecciones, vinculación con comunidades locales y preservación del patrimonio cultural local. Es co-autora del libro *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)* con Ana Teresa Martínez y Alejandro Auat (UCSE, Santiago del Estero, 2003, reeditado por la UNQ, Quilmes, 2011). Gestionó, revisó y prologó el libro *Tukuma-Tukuymanta. Los Pueblos del Búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*, de Ana María Lorandi (Subsecretaria de Cultura, Santiago del Estero, 2015). Dirigió el desarrollo de *Yuyaqkuna*, un recurso comunicativo interactivo de actividades y producciones del proyecto que incluye audios en español y quichua santiagueño, con la participación de Silvina Rodríguez Curletto, Jimena Medina Chueca, María Rosa Rímini de Avendaño, Margarita Taboada y Héctor Andreani (ISES-CONICET, Tucumán, 2023). Ha publicado numerosos artículos científicos sobre arqueología de la llanura de Santiago del Estero (en el país y el exterior, sola y en coautoría con integrantes del equipo de investigación) que abordan, entre otros temas, la arquitectura prehispánica, los modos de uso del paisaje, las prácticas indígenas locales, el vínculo con el incario, el proceso de interacción hispana y la historia de la arqueología santiagueña.

Alberto Tasso

Se graduó como Licenciado en Sociología (UCA 1972) y Doctor en Historia (UBA 2002). Desde 1970 reside en Santiago del Estero. Es investigador del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo Social (INDES-CONICET) en la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud (FHCSyS-UNSE). Como estudiante y docente visitó aulas de UCA, UBA, UCSE, UNT, UNRC, COLMEX, UNAM y Curitiba. Fue delegado del Fondo Nacional de las Artes en Santiago del Estero entre 2003 y 2006. Tuvo a su cargo la dirección de la Biblioteca Sarmiento entre 2011 y 2014. Desde 2008 dirige la Biblioteca Popular Amalio Olmos Castro. Ha publicado once libros de poesía, cuento y novela. También obras de investigación social e histórica referidas a la ciudad y la provincia (*Santiago del Estero*, Serie Historia de Ciudades, N° 29, Colección Historia Testimonial Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984; fue reeditado en 2013 por la Subsecretaría de Cultura de Santiago del Estero;. *Crónica de provincia. Santiago del Estero antes y después de la Autonomía*, mención honorífica en el I Concurso de Ensayos sobre la Autonomía. Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura 2021). Es autor de *Aventura, trabajo y poder. Sirios y libaneses en Santiago del Estero*, Ediciones Índice, Buenos Aires 1989, con prólogo de Fernando Devoto; fue reeditado en 2023 por la Subsecretaría de Cultura de Santiago del Estero. Su tesis doctoral fue publicada en 2007: *Ferrocarril, quebracho y alfalfa. Un ciclo de agricultura capitalista en Santiago del Estero 1870-1940*. Alción, Córdoba. En esta línea ha publicado “La sequía de 1937. Causas y consecuencias de un acontecimiento ambiental” en *Trabajo y Sociedad*, 2011.

Rosario, Noviembre 2024.